

**MARIO ESCOBAR**



**EL INOCENTE**

# EL INOCENTE

MARIO ESCOBAR

Copyright © 2018 Mario Escobar  
All rights reserved.

## DEDICATORIA

A todos los que una vez fueron acusados de un crimen que no habían cometido.

## AGRADECIMIENTOS

A todos los que aman la intriga y el suspense.

“A veces el que tiene más ojos ve menos”.

**Benito Pérez Galdós**

“Toda felicidad es inocencia”.

**Marguerite Yourcenar**

“Inocente es quien no necesita explicarse”.

**Albert Camus**

“La fuerza más fuerte de todas es un corazón inocente”.

**Demócrates**

## NOTA DEL AUTOR

Todo lo que relato en este libro está inspirado en hechos reales, aunque muchos de los acontecimientos y nombres han sido modificados para proteger a las personas implicadas.

Mario Escobar

**INOCENCIA:**

Condición del que está libre de culpa o de pecado

Falta de malicia, mala intención o picardía.

# Índice

## PARTE 1

1. UNA NOCHE ESTRELLADA
2. DUELO
3. FAMILIA
4. SUEÑO
5. DUDA
6. CULPA
7. MIEDO
8. FE
9. ADIOS
10. MUERTE

## PARTE 2

11. SOSPECHA
12. TRAICIÓN
13. TESTIGO
14. DETENCIÓN
15. UNA VIDA EN OBSERVACIÓN
16. ESPAÑA
17. ARMA
18. NO ERES MI PADRE
19. AMOR
20. ESCALERAS

## PARTE 3

21. SOSPECHOSO
22. RECUERDO
23. AMBICIÓN
24. TENTACIÓN
25. OJOS DE ACERO
26. SUEÑO ETERNO
27. HIJOS
28. CONDENA
29. PRESUNTO INOCENTE

30. VIDA  
EPÍLOGO

# PARTE 1

## 1. UNA NOCHE ESTRELLADA

Lancaster, Pensilvania. Últimas noches de verano.

La pareja perfecta no existe. Al menos eso es lo que dice todo el mundo. Si hubiera alguna, sin duda esa sería la de Jeffrey y Annette. Los dos habían llegado a la edad en la que apenas afectan los comentarios hirientes de los adversarios, los halagos de aduladores o los abrazos de los amigos. Sabían quiénes eran, qué querían de la vida y qué debían disfrutar de cada uno de los instantes que les quedaran antes de que la muerte les separase. Se habían conocido a una edad en la que la mayoría de las personas comienza a desconfiar de las relaciones y prefiere vivir sola. Habían formado una familia maravillosa con los hijos de sus anteriores matrimonios y, sobre todo, eran conscientes del inmenso valor de las pequeñas cosas cotidianas. Si tuviera que ponerles un pero, seguramente sería que bebían demasiado. No lo hacían todos los días, pero los fines de semana se tomaban un par de botellas de oporto, algunas más de vino francés y media botella de bourbon. No eran alcohólicos, pero necesitaban distanciarse un poco de las cosas, mirarlas con perspectiva, como si fueran conscientes de que la felicidad es demasiado efímera para no temer perderla.

Aquella noche era encantadora. El final del verano, con su calor asfixiante y los días interminables, dejaba paso a tardes frescas y cielos tormentosos que inundaban de color el bosque que comenzaba justo en los límites de su jardín. Vivían muy próximos al río y les gustaba caminar por la ribera hasta que el sol parecía despedirse entre las ramas de los árboles. Después tomaban una cena frugal en el jardín, bebían un par de copas y se marchaban a la cama con la agradable sensación de haber vivido un día perfecto.

Después de un largo y tranquilo verano con sus hijos, un viaje a París y una breve estancia en su casita en Ocean City, la rutina de charlas, conferencias, giras y lecturas comenzaba de nuevo a llenar sus agendas. Era cierto que Annette tenía más éxito que Jeffrey, aunque era algo normal y asumido por ambos. Ella era una conocida novelista de ficción y él un ensayista especializado en libros sobre la Segunda Guerra Mundial. Las seguidoras de Annette se contaban por cientos de miles, mientras que los fans de Jeffrey apenas por millares. Por eso él se dedicaba más a la intendencia,

como le gustaba llamarlo. Sus hijos eran mayores, la más pequeña acababa de entrar hacía unos días en la universidad, y la mayor, hija del anterior matrimonio de Annette, estaba en el último curso de la universidad estatal de Carolina del Norte. De no ser por sus multimillonarios ingresos como escritores hubiera sido imposible tener a cinco hijos en la universidad al mismo tiempo.

Jeffrey preparó dos copas de vino. Al día siguiente su esposa debía viajar en avión a Washington para participar en la lectura de una de sus novelas y no quería acostarse muy tarde.

—Ya es suficiente.

—Yo terminaré el resto —dijo Jeffrey giñando el ojo. Tenían la costumbre de nunca dejar una botella a medias. Desde su viaje a Burdeos quince años antes, sabían que el oxígeno era el peor enemigo del vino.

—¿No tienes que escribir? Tu agente llamó otra vez ayer por la mañana, mientras paseabas por el río.

—No estoy tan retrasado. Le prometí el primer borrador hace una semana. No soy un robot —dijo Jeffrey con una sonrisa. Le encantaba escribir, pero le gustaba mucho más holgazanear, preparar la comida o salir de caza.

Ella frunció el ceño y se llevó la copa a los labios. Aquella era una de las cosas en las que eran más diferentes. Annette siempre cumplía sus compromisos, su marido podía tardar semanas en hacerlo. A pesar de haber servido en el ejército durante veinte años, Jeffrey era de todo menos disciplinado.

—¿Cómo ves a Jane? —preguntó la mujer cambiando de conversación.

—Jane es una buena chica. Algo tímida, pero no creo que tarde mucho en espabilarse. La universidad es una de las mejores escuelas de la vida.

—Ella es la que peor lleva lo de su madre.

—Sí, pero a veces los que parecen más débiles son los más fuertes.

Annette tenía sus dudas. Su exmarido era un hombre depresivo y tristón que le había amargado la vida durante más de una década. Algunas personas no cambiaban nunca, a menos que tuvieran ayuda profesional y se empeñaran en hacerlo.

—A veces tengo miedo de ella. No sé cómo puede reaccionar. Cuando no está depresiva se comporta algo nerviosa e incluso agresiva.

—Tiene dieciocho años, cariño. He criado a cuatro hijos yo solo. La adolescencia y la juventud son etapas complicadas. Encontrará su propio camino.

Annette dio un profundo suspiro. La pequeña Jane era uno de los hijos de su esposo por la que tenía mayor predilección, pero a veces la sacaba de sus casillas. Aquel mismo día habían chocado entre ellas, aunque había preferido no decirle nada a su padre. Annette le había reprochado que apenas hubiera tocado un libro desde que había comenzado las clases, la chica se puso como loca, tirando todo por la habitación y después se marchó dando un portazo y saliendo con el coche que le dejaban para ir a la universidad.

Annette sospechaba que estaba tomando algún tipo de droga, pero aún no quería alarmar a su marido. Ella siempre había sido bastante conservadora, chapada a la antigua, pero era consciente de que en la actualidad en los campus el alcohol y la droga parecían campar a sus anchas.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó su esposo algo preocupado. Sabía perfectamente cuando algo le rondaba la cabeza.

—Nada. Creo que me voy a ir a dormir.

La mujer miró la piscina iluminada y escuchó el gorgoteo de la depuradora. Estaba comenzando a refrescar. Dejó la copa a un lado y se acercó a su marido. Le dio un beso en la frente y él le aferró los muslos.

—Pensé que esta noche...

—Esta noche no Jeffrey. Tengo que descansar para el viaje de mañana — dijo retirándole los dedos y volviendo por el sendero hasta la casa. Las luces del suelo iluminaron su piel blanca y se giró antes de llegar al porche, para despedirse con la mano.

Jeffrey se quedó un momento con la vista perdida. Su esposa llevaba unas semanas algo rara, pero él lo achacaba a su bloqueo creativo y al peso de la casa. Ella prefería viajar y dejar las cosas de los chicos en sus manos, pero en verano no podía evitar estar con todos ellos a la vez. Annette necesitaba su espacio. Él también, pero sabía que uno de los dos debía estar encima de los chicos, al menos hasta que terminaran sus carreras y echaran a volar por ellos mismos.

Miró el teléfono móvil. Tenía un correo nuevo. Era de su amigo Peter para preguntarle cómo iba la precampaña. Hacía unas semanas se había presentado a candidato para la alcaldía. Aún quedaba mucho tiempo para las elecciones,

pero muchos le veían como favorito. Era la primera vez que se presentaba al cargo un candidato independiente, pero Jeffrey y otros miembros de la clase alta de Lancaster estaban hartos de la corrupción de casi todas las instituciones municipales, incluida la policía de Lancaster.

“Tenemos que hablar. Me he enterado de algo grave”.

El hombre frunció el ceño y se recostó de nuevo, tomó la copa de su mujer y la vació de un trago. Después se pasó algo más de una hora relajándose mientras veía estúpidos vídeos caseros o fotos de ejercicios físicos. Era un gran aficionado al culturismo y a pesar de rondar los cincuenta y cinco años se conservaba en perfecta forma. Después se puso en pie y notó cómo la cabeza se le iba un poco.

—¡Te estás haciendo viejo! —se dijo en voz alta mientras guardaba el teléfono en el bolsillo lateral de su pantalón corto. Caminó titubeante hasta el porche y entró en la casa. Era pronto y no había regresado ninguno de sus hijos. Un sábado por la noche era normal que intentaran disfrutar de los últimos fines de semana en casa. Subió las escaleras aferrado al pasamanos y en un par de ocasiones sintió que perdía el equilibrio. Notó un fuerte dolor en la espalda, lo que parecía significar que al día siguiente regresarían las lluvias. Hacerse viejo no era agradable. Te levantabas cansado, te dolían los huesos y sentías que el tiempo se esfumaba cada vez más deprisa, pero también tenía su parte positiva, había logrado alcanzar la paz en muchos sentidos.

Abrió la puerta de la habitación. La luz estaba apagada y apenas entraba claridad por la rendija de las cortinas. Se metió entre las sábanas y sintió un frío desagradable y húmedo. Le extrañó, esperaba que Annette hubiera templado la cama. Extendió el brazo, pero en lugar del cuerpo cálido de su esposa encontró un inmenso vacío; una soledad infinita que le hizo estremecerse de nuevo.

## 2. DUELO

Lancaster, Pensilvania. Últimas noches de verano.

Le parecía raro salir de fiesta con sus otras dos hermanas. Dakota era realmente hermanastra, aunque llevaban tanto tiempo juntos que la consideraba una hermana más. Carroll también era hermanastra, aunque su padre la había adoptado junto a su hermana Jane, al poco de nacer ellos dos. Siempre habían estado juntos, al menos desde que ella tenía uso de razón.

Mark era el primogénito. Estaba haciendo un máster en ciencias políticas por la universidad de Columbus. No sabía qué iba a hacer con su vida cuando terminara al año siguiente, aunque con toda probabilidad entraría al servicio de algún candidato demócrata a gobernador o senador. Su padre despreciaba la política tradicional. Su familia siempre había sido demócrata, pero desde los Clinton, Jeffrey se había pasado a la política independiente. Él le había ayudado a organizar su candidatura, aunque no estaba plenamente convencido de que fuera una buena idea. Sabía que el servicio público no era tan sencillo como parecía a simple vista. Un hombre no podía cambiarlo todo. Tenía que rodearse de un buen equipo, pero sus verdaderas dudas estaban en la capacidad de su padre para capear con toda la basura que había detrás de una campaña electoral.

Mark le había preguntado si tenía algo que esconder. Muchos candidatos lograban ponerse en cabeza, para después hundirse por algún caso turbulento de su pasado. Su padre le había contestado muy ofendido que no. Su vida había sido ejemplar y él no tenía ninguna razón para dudar de su palabra. Héroe en la segunda guerra de Irak, padre de familia ejemplar, esposo ideal, escritor de éxito y gran orador. ¿Qué más se podía pedir? Hasta aquella noche, en la que había recibido aquel misterioso mensaje anónimo y sus dudas no habían hecho si no crecer.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Dakota mientras se acercaba a él bailando.

—Nada, cosas del trabajo —contestó apagando el teléfono.

—¿Del trabajo? ¿Te refieres a la campaña de papá?

Afirmó con la cabeza y tomó su copa de la mesita de al lado.

—¿Crees que es buena idea que se presente a la alcaldía?

El joven encogió los hombros. Después dio un nuevo trago y suspiró.

—Todo el mundo parece emocionado con su candidatura —dijo por fin,

mientras miraba a la pista. Sus hermanos Anthony y Carroll bailaban frenéticamente con el resto del grupo de amigos.

—¿Dónde está Jane? —preguntó Mark echándola por primera vez en falta.

—Se ha ido hace un rato a casa. Está muy rara últimamente.

—El cambio del instituto a la universidad no es fácil. Además, siempre ha sido la niña mimada de papá.

Dakota tomó su vaso. El hielo ya estaba derretido y el vodka algo aguado, pero el alcohol del local era mucho mejor que el que solía tomar en la universidad.

—Bueno, son cosas de la edad, ya se le pasará.

Mark se puso en pie y se dirigió hacia la pista, el teléfono comenzó a sonar en el bolsillo trasero de su pantalón, pero la música a todo volumen apenas le permitía escuchar sus pensamientos.

Jeffrey se sentó en la cama medio mareado. No sabía si se había quedado dormido. Al acostarse le había extrañado que Annette no estuviera en la cama, pero lo cierto es que no recordaba lo que había hecho. Al menos desde que había dejado la piscina. Miró el reloj, eran las dos de la madrugada. No había escuchado a los chicos, por lo que seguramente todavía estaban solos en casa. Miró al otro lado de la cama y se sorprendió al comprobar que ni siquiera estaba deshecha por aquella parte. En la mesita no estaba el vaso de agua que su esposa solía llevar todas las noches y el cable del teléfono estaba suelto.

—¡Annette! —dijo en voz alta. Esperaba que se encontrara bien. A veces la bebida y la comida le caían mal y pasaba unos días revuelta.

Nadie le contestó. El hombre se puso en pie después de calzarse las chanclas. Caminó torpemente arrastrando los pies por el suelo de madera y sintió un fuerte dolor en las piernas, pero ya estaba acostumbrado. Después se tocó la mano izquierda, le dolía por debajo de la muñeca, se miró el antebrazo, pero la poca luz de la habitación no le permitió ver nada.

Miró en el baño, pero estaba vacío. Salió de la habitación y anduvo por el pasillo a oscuras. El único ruido que escuchó fue el crujido de los listones de madera. Bajó las escaleras y registró el salón, el comedor y se dirigió a la cocina. Todas las luces estaban apagadas. En la cocina todo parecía en orden. Entonces vio la puerta entornada. Apenas era una rendija, pero un rayo de luz

penetraba en el pasillo a oscuras. Después miró al suelo y vio algo parecido a un charco. Abrió la puerta y la cabeza de Annette se lanzó para atrás, él pegó un respingo y estuvo a punto de caerse de espaldas.

¡Annette! ¿Estás bien? —preguntó mientras se agachaba.

Ahora podía ver que el charco era de sangre de un color brillante parecido al vino. El pelo de su mujer, parte de la cara y la ropa estaban empapados y algo resecos.

Al tocarla lo primero que sintió fue la frialdad con que la muerte envuelve siempre sus regalos. Le soltó el brazo, como si sintiera un calambre. Entonces comprendió lo que sucedía.

Era un soldado, había visto en muchas ocasiones la muerte, incluso había sentido su aliento en la nuca, como si intentara helar su carne y sus huesos, pero aquello era diferente. Annette, su esposa, la mujer que le mantenía atado a la tierra, la que había conseguido que sintiera de nuevo, que cada día lo tomara como un regalo, le miraba con sus ojos vacíos y asustados. Sintió que las fuerzas le fallaban, como si el cuerpo inerte de su esposa fuera tan pesado como el mundo con el que Zeus castigó a Atlante a cargar. Todo lo bueno, lo puro, lo que hacía su existencia leve y satisfactoria había dejado de respirar.

—¡Annette! —gritó con todas sus fuerzas, como si su voz pudiera atravesar el espeso velo que separa a los vivos de los muertos. Sus ojos se enturbiaron y se secó con la palma de la mano libre los párpados, extendiéndose, sin darse cuenta, la sangre de su mujer por toda la cara.

—¡No me dejes solo! ¡Por favor!

Dejó la cabeza sobre sus piernas. Abrazó el cuerpo y notó que la sangre le calaba los pantalones. Su calor no fue suficiente para templar el cuerpo de su mujer. La fría muerte se resistía a que el amor lograra devolver a la vida aquello que le pertenecía.

Jeffrey sintió cómo el cieno, que siempre parecía reposar en lo más profundo de su alma, comenzaba a ascender. Se le pasó por la cabeza tomar el rifle de caza y terminar en ese momento con su vida, pero percibió que el cuerpo de su mujer se movía. ¡Estaba viva!

Dejó a Annette con cuidado y corrió hacia el teléfono de la cocina. Marcó el número de emergencias con torpeza. Esperó unos segundos y escuchó una voz al otro lado.

—Emergencias. ¿En qué puedo ayudarle?

—Mi esposa está herida. Por favor, envíen ayuda cuanto antes.

—¿Su esposa? ¿Qué le ha sucedido?

—No lo sé. Está llena de sangre, parece muy grave. Por favor, envíen una ambulancia cuanto antes.

—¿Respira? ¿Está herida?

—Sí, estoy en el 2045 de Charles Dickens Street. Es muy grave.

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sé. Está junto a las escaleras, rodeada de sangre y fría... Manden a alguien cuanto antes.

Jeffrey colgó el teléfono, no quería dejarla sola por más tiempo. Se dirigió de nuevo a la puerta de la escalera auxiliar. Annette seguía con los ojos abiertos, pero su cara carecía de toda expresividad.

La abrazó mientras sus lágrimas se mezclaban con la sangre que tintaban sus mejillas.

—¡Por favor, aguanta! Ya están en camino.

### 3. FAMILIA

Mark paró el Ford en seco y sin aparcarlo corrió por la cuesta hasta la entrada de la casa. Media docena de coches de policía estaba parada en la puerta, sus luces parpadeaban en medio de los árboles, como si la casa de sus padres pareciera una feria de verano. Se escuchaban las radios de los coches oficiales y la única ambulancia que se encontraba aparcada emitía un ronroneo molesto. El cordón policial estaba justo enfrente de los setos del jardín delantero. Una larga cinta amarilla retorcida, algo humedecida por las gotas que comenzaban a caer del cielo negro sin estrellas, parecía delimitar la realidad de la pesadilla que estaba a punto de descubrir. Sus otros tres hermanos le siguieron a toda prisa. Habían recibido una llamada de la policía local unos minutos antes, pero los agentes no habían dado muchas explicaciones. Sabían que algo le sucedía a su madre, aunque desconocían la gravedad y la importancia de lo sucedido.

Un policía extendió las manos al verlo llegar y Mark se paró primero. Tenía el rostro descompuesto y, por un instante, todo el cansancio de la noche de fiesta había desaparecido, sentía cómo la adrenalina le golpeaba las sienes y le levantaba un fuerte dolor de cabeza.

—No se puede pasar...

—Somos los hijos de Annette y Jeffrey...

El hombre levantó la barrera con la mano. Su impermeable transparente salpicado de gotitas mostraba el uniforme marrón y la placa brillante sobre su pecho.

—No toquen nada y no se salgan del plástico blanco del suelo —les advirtió sin mostrar la menor consideración o pena ante lo sucedido.

Caminaron a toda prisa por el pasillo hasta el salón. Su padre estaba sentado en el sillón, inclinado hacia delante, con las manos en la nuca y visiblemente afectado. Se acercaron hasta él y le rodearon entre abrazos. El hombre únicamente acertó a repetir el nombre de su mujer, pero fue incapaz de explicarles qué sucedía.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó al final Anthony, que era el más impaciente de sus hijos varones.

—Vuestra madre... Lo siento, está...

Las palabras se negaban a salir de su garganta. Sentía como si unas tenazas

le apretaran el cuello y le costara respirar. La única vez que había sentido algo parecido había sido en Irak, cuando sus compañeros caían alrededor y las balas acariciaban su pelo y rasgaban las mangas de su guerrera.

Un inspector de policía se acercó hasta ellos. Llevaba un traje gris, guantes de látex azules y una especie de *tablet* entre las manos.

—¿Son los hijos de Annette Green?

Mientras el padre permanecía con la cabeza hundida y sollozando, los cuatro se pusieron en pie, formando una perfecta línea.

—Falta mi hermana Jane —contestó Mark, que parecía ser el que tenía la mente más despejada.

—Siento lo sucedido. Hace una hora su padre llamó a emergencias para informar de un accidente. Cuando los servicios de emergencia llegaron su madre ya había fallecido. Al parecer se cayó por las escaleras mientras se dirigía a la habitación. De alguna manera se golpeó en la cabeza, provocándose algunas heridas y murió desangrada. Lo lamento mucho —dijo el agente bajando la mirada. La ciudad no era muy grande, casi todo el mundo se conocía. Además, los Green eran una de las familias más famosas; no de las más queridas, pero sí de las más polémicas.

Una agente se aproximó a su compañero y le dijo algo al oído. El hombre frunció el ceño y miró a su espalda. La forense le hizo un gesto y se disculpó ante los tres hijos de la víctima.

—¿Qué sucede? —le preguntó mientras se acercaba hasta Mary Anderson. No le gustaba la forma de trabajar de la forense, parecía siempre demasiado ansiosa por ascender y llamar la atención. Se conocían muy bien y en otro tiempo habían sido mucho más que amigos.

La mujer le llevó hasta los pies de la escalera. Un gran charco de sangre semiseca se había extendido por el suelo de madera. Ya habían retirado el cuerpo, pero se podían ver las salpicaduras de sangre por todas partes.

—Hay demasiada sangre —dijo mientras señalaba con un bolígrafo la pared, el suelo, los escalones y la puerta.

—La víctima se ha desangrado —dijo el inspector sin darle mucha importancia.

—Sí, pero no parece normal. La mujer al parecer se cayó hacia atrás mientras intentaba subir las escaleras. Eran muy empinadas, es cierto, pero, aunque se diera con la esquina o el quicio de la puerta, una brecha normal en

la cabeza no parece ser suficiente para que perdiera toda esta sangre.

—Cuando le hagas la autopsia ya veremos la causa de la muerte.

—La víctima ha muerto desangrada, tiene una fuerte contusión en la cabeza, aunque aquí no he podido examinar el cuerpo a fondo. Será mejor que interrogues al marido. Puede que se trate de un caso de violencia doméstica.

El policía arqueó la ceja derecha. El señor Green era un capullo arrogante, se pasaba el día criticando a la policía y a la fiscalía en su columna del periódico, pero no era un asesino. Todos sabían que se trataba de un héroe de guerra.

—No voy a tratar como sospechoso a un marido desconsolado —le dijo cruzándose de brazos. En ese momento sonó su teléfono y el policía lo descolgó. Era el número del fiscal, no era normal que le llamara directamente.

El policía salió de la cocina y se dirigió a la entrada de la casa.

—Señor. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me he enterado de lo que ha pasado en la casa de los Green.

—Un desgraciado accidente. La mujer de Jeffrey Green se ha caído por las escaleras y se ha abierto la cabeza. No hemos podido hacer nada para salvarla.

—La forense no piensa lo mismo. ¿Ha ido ya el juez Jackson?

—Sí, hace un rato, para el levantamiento del cadáver —contestó el inspector extrañado de que el fiscal estuviera al tanto de todo lo que había sucedido.

—Muy bien. ¿Se ha marchado ya?

—No, señor —contestó extrañado el agente.

—Estupendo. Dígale que curse una orden de detención contra el señor Jeffrey Green por homicidio.

—¿Con qué acusación, señor? —le preguntó sorprendido. Aquella forma de actuar no era la habitual.

—Bajo la sospecha de que el señor Green haya podido atentar contra la vida de su esposa Annette Green —dijo con un tono irritado. No le gustaba que los subalternos le pidieran explicaciones.

El hombre colgó el teléfono, alcanzó al juez justo cuando estaba subiendo al coche y le indicó la petición de la fiscalía. El juez tardó unos minutos en rellenar la orden y entregársela a la policía.

El inspector se dirigió hasta el salón con el papel algo mojado por la lluvia y una expresión de perplejidad que no se les escapó a ninguno de los miembros de la familia.

—Señor Green, lamento comunicarle que está detenido, acusado del homicidio de su esposa Annette Green.

El hombre levantó la cabeza y le miró directamente a la cara. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados. Sus cuatro hijos se interpusieron como si de alguna forma pudieran impedir la detención.

—¿Se han vuelto locos? —preguntó Anthony mientras cerraba los puños.

—Mi padre es inocente —dijo Dakota con los ojos cubiertos de lágrimas.

El hombre se adelantó y tomó del brazo a Jeffrey. Este se dejó llevar. Parecía confuso y en parte indiferente a lo que sucedía a su alrededor.

—Mi padre es inocente —dijo Mark. Fue la primera vez que Jeffrey escuchó esa palabra, pero no sería la última. Nunca imaginó que la inocencia fuera aún más pesada que la culpabilidad. Durante su larga vida se había arrepentido de muchas cosas, había cometido muchos errores, pero lo que nunca había experimentado era el peso de la inocencia, hasta el punto de que no estaba seguro de que lo fuera realmente, al menos por completo.

## 4. SUEÑO

Lancaster, Pensilvania. Un día más tarde.

El alcalde Sam Nell no podía negar que se alegraba de que el cabrón de Jeffrey Green estuviera en la cárcel, aunque solo fuera durante una noche. Lamentaba lo de su esposa. Annette era mucho más agradable que Jeffrey, pero ese desgraciado merecía que le bajaran un poco los humos. Al principio la relación con la pareja había sido excelente. Eran el tipo de vecinos que cualquier alcalde desea tener: ricos, famosos, con una familia ejemplar..., pero en seguida comenzaron a dar problemas. Jeffrey se creía con el derecho de llamarle a cualquier hora o presentarse en su despacho sin más. Cuando le puso algunos límites, comenzó a atacarle en público, primero desde su columna en el periódico y ahora quería quitarle el puesto. Levantó el teléfono y llamó al fiscal. Quería que le comentase brevemente cómo estaba el caso.

—Hola. Soy Sam.

—Sí, señor alcalde.

—Bueno, quería saber cómo está todo por ahí. ¿El señor Green continúa en prisión?

—Sí, señor, pero el juez va a disponer si el sospechoso puede salir de la cárcel bajo fianza.

—Imagino que tiene dinero suficiente para eludir la cárcel por el momento. ¿Piensas que ha sido él?

—No lo sé. Todavía no está la autopsia, pero es algo muy raro, no parece que una caída pueda producir esas heridas.

—¿Habéis encontrado algún tipo de arma? ¿Hay más pruebas?

El fiscal se quedó pensativo. No le gustaba mentir, pero en un caso como ese era mejor una pequeña mentira a que toda la mierda de la ciudad se cayera sobre él.

—Sí, pero todavía es pronto. Ya veremos qué decide el juez.

El fiscal colgó el teléfono. Sabía que el alcalde estaba nervioso. Todo el mundo conocía la relación que los dos tenían con el acusado. Si el caso no era sólido la ciudad podía echárseles encima.

Mark se despertó a primera hora, tomó un café en la cocina y miró angustiado el suelo manchado de sangre y los restos de polvo gris que los agentes

utilizaron para buscar huellas. Le había costado mucho conciliar el sueño. Su madre había muerto, bueno, mejor dicho, su madrastra. Ya que su verdadera madre vivía en España, en una ciudad al este de Madrid. Miró el reloj, era una hora prudente y decidió llamar a su madre para informarle de lo ocurrido. Su relación no era muy estrecha, un océano los separaba, pero debía ponerla al tanto de lo sucedido.

—Susan —dijo al escuchar que descolgaban el teléfono. Nunca la llamaba madre o mamá, para él era poco más que una extraña.

—¿Qué sucede? —preguntó la mujer con la voz entrecortada. No era muy normal que su hijo mayor la llamara.

Mark le explicó todo, intentando suavizar lo máximo posible los detalles escabrosos.

—¿Que tu padre está detenido por asesinato? —preguntó Susan perpleja. No podía creerse lo que le estaba contando su hijo mayor.

—Sí, pero hoy mismo le intentaremos sacar de la cárcel. Hemos llamado al abogado de la familia. En una hora le veré en el juzgado...

—Tomo el primer avión para Atlanta, imagino que mañana estaré por allí.

—No, quédate tranquila en España, todo se aclarará —dijo Mark. Su madre era poco estable, podía convertirse más en una carga que en una ayuda.

—No se hable más...

Después de colgar Mark subió a su habitación, Sus otros tres hermanos se estaban arreglando para acompañarle, pero continuaban sin localizar a Jane. La habían llamado una docena de veces. Siempre saltaba un contestador. Le habían dejado varios mensajes. No era la primera vez que desaparecía sin dejar rastro.

Los cuatro hermanos se subieron en el coche familiar. Era mucho más amplio y cómodo que el Ford de Mark. Se dirigieron al centro de la ciudad y apenas cruzaron palabra hasta salir de la lujosa zona residencial en la que vivían.

Carroll estaba apoyada sobre el hombro de su hermanastra Dakota, Mark y Anthony estaban en la parte delantera.

—¿Habéis llamado a los tíos? No quiero que se enteren por los periódicos —dijo Carroll. Los Green eran una familia muy unida. Cinco hermanos que

vivían en el estado y siempre se reunían para las ocasiones especiales.

—Llamé al tío Johnny, le pedí que se lo contara al resto. Imagino que estarán todos esperándonos a la puerta del juzgado —dijo Mark.

Dakota miró por la ventanilla. El fresco de la noche anterior se había tornado en un ambiente húmedo y bochornoso, abrió la ventanilla para poder respirar un poco de aire.

—¿Cómo ha podido suceder? Hace unas horas éramos una familia feliz. Ahora nuestra madre está muerta y nuestro padre en la cárcel —dijo Dakota con un nudo en la garganta, mientras intentaba aguantar las lágrimas.

—Hoy debemos centrarnos en sacar a nuestro padre de la cárcel, mañana lloraremos a mamá. Eso es lo que ella habría querido.

—Sí, pero ¿qué pasó anoche? Nuestra madre era una mujer fuerte y gozaba de buena salud. ¿Cómo se cayó por esas escaleras? Había mucha sangre por todas partes —dijo Dakota, que era la más afectada. Al fin y al cabo, Annette era su madre, aunque sus hermanastros la quisieran mucho, no se podía comparar con lo que ella sentía.

—Los accidentes son así —dijo Carroll. Era la más apegada a su padre, aunque fuera adoptada, para ella Jeffrey era el mejor padre del mundo.

Llegaron a los juzgados, dejaron el coche en el aparcamiento al aire libre y se dirigieron hacia la entrada principal. Al girar la esquina se quedaron sorprendidos al ver una nube de periodistas y curiosos. Se abrazaron instintivamente y entraron a toda prisa, después subieron las escaleras de dos en dos.

Los periodistas se lanzaron sobre ellos pero, en cuanto los chicos cruzaron la puerta acristalada, volvieron a su sitio en espera de una próxima presa. Los cuatro hermanos de su padre estaban en uno de los bancos del gran recibidor de mármol. Corrieron hasta ellos y comenzaron a abrazarlos.

—Lo siento mucho —dijo Johnny, el mayor de los hermanos.

El grupo ascendió por la escalinata de mármol y se dirigió directamente a la sala del juicio. Estaba más llena de lo habitual. Medio centenar de personas desperdigadas por los bancos se giraron al verlos entrar.

Mark miró a la primera fila, el abogado de la familia estaba sentado frente a una mesa, pero no había ni rastro de su padre. El anciano letrado se puso en pie y extendió los brazos. Le consideraban uno más de la familia, llevaba todos sus asuntos desde hacía décadas.

—Lo siento mucho, esto es una terrible desgracia —dijo mientras abrazaba a las chicas. Llevaba un traje algo desgastado y una pajarita torcida, parecía recién sacado de la película *Matar a un ruiseñor*.

Jeffrey apareció por una de las puertas laterales. Llevaba las manos esposadas, dos alguaciles enormes le custodiaban, tirando de él por los brazos. Le sentaron en la mesa y se quedaron de pie justo al lado.

—Hola chicos —dijo con las manos. Intentó esbozar una sonrisa, pero no lo consiguió. Sabía que tenía que ser fuerte. Era su familia, su mujer ya no estaba y debía mostrarles la confianza que habían perdido.

Los cuatro hijos le saludaron con las manos y también sus hermanos. Entonces una puerta, situada al fondo del estrado, se abrió y salió una jueza. Su pelo blanco brillaba sobre un rostro negro lleno de arrugas y una toga igual de oscura.

—Todos en pie. Entra la honorable jueza Margaret Sullivan.

La sala al completo se levantó y Jeffrey se giró por primera vez, dando la espalda al resto de la familia. Había dormido en una celda minúscula, sobre un banco de madera, con una manta fina que olía a pies y sin almohada. Su aspecto no podía ser peor. La barba sin afeitar, los ojos hinchados, las ojeras enmarcando sus ojos pequeños y enrojecidos. La camisa estaba arrugada, el traje le quedaba un poco grande y el nudo de la corbata ladeado. Parecía el invitado borracho de una boda, que había estado toda la noche sin pegar ojo.

En la mesa de al lado estaba la ayudante del fiscal y un becario. No le habían mirado durante el par de minutos que había tardado la jueza en presentarse, pero Jeffrey si los observó varias veces. Ella era Lea Salvin, la mano derecha del fiscal general. Algunos la llamaban el perro de presa, una verdadera depredadora al servicio del fiscal y el alcalde. Aquella elección no presagiaba nada bueno, se dijo mientras observaba la cara bobalicona de su abogado.

—Señores, estamos aquí para determinar la libertad bajo fianza del señor Jeffrey Green por el caso de la muerte de Annette Green. He leído el informe de la policía, el informe forense provisional y la orden de detención del juez de guardia. El acusado no ha pasado ni veinticuatro horas en prisión, la fiscalía no tiene todavía perfilado el caso. Todo esto parece muy irregular —dijo la jueza quitándose las gafas de concha de los ojos. Sus pupilas claras contrastaban con su piel; aunque la edad los había oscurecido un poco,

seguían siendo vivaces y despiertos.

—Señoría, sabemos que aún no hemos reunido todos los datos, pero lo que sucedió anoche en la casa de los Green es muy grave. El señor Green es una persona muy conocida en la comunidad, su esposa fue hallada muerta en su domicilio con visibles muestras de violencia y todo parece indicar que el señor Green pudo golpearla en la cabeza, tal vez después de una disputa familiar...

—He leído el informe de la fiscalía, pero aquí no estamos juzgando al señor Green, estamos determinando si puede salir bajo fianza hasta la próxima celebración del juicio —dijo la jueza cortando a la fiscal.

—Señoría. El señor Green tiene una gran fortuna, ha vivido en el extranjero y podría intentar huir...

—El señor Green tiene cinco hijos, nunca ha cometido un delito y está integrado en la comunidad. No hay peligro de fuga, pero para su tranquilidad le retiraré el pasaporte. Señor Green, póngase en pie.

Jeffrey se levantó con dificultad, tenía un fuerte dolor en las piernas y la cadera.

—Este tribunal le retira el pasaporte, no podrá abandonar la ciudad hasta la celebración del juicio y se le impone una fianza de doscientos mil dólares.

El hombre abrió mucho los ojos. Disponía de una pequeña fortuna, pero tenía la mayor parte de su dinero invertido.

El abogado se puso en pie y pidió poder dirigirse a la jueza.

—Sí, letrado.

—La cantidad impuesta es muy elevada, mi cliente no puede reunirla. Su mujer será enterrada en uno o dos días y...

—Lo siento, pero este tribunal no pone las fianzas que mejor le convienen a los acusados, las pone en función al delito y el informe de la fiscalía. Hasta que no se deposite el dinero, el acusado tendrá que estar encerrado. Hoy mismo será trasladado a la prisión federal. Se cierra la sesión.

La jueza se puso en pie, toda la sala se levantó y cuando hubo salido, un murmullo se extendió por todo el amplio salón. Los alguaciles levantaron al acusado y no le dejaron que se despidiera de su familia. Mientras caminaba cabizbajo hasta la puerta, escuchó la voz fuerte de su hermano Johnny.

—Antes de que acabe el día estarás en casa.

Aquellas palabras le animaron un poco. Aunque realmente se sentía culpable de lo sucedido. Si la hubiera encontrado antes, si no se hubiera quedado dormido, tal vez Annette estaría viva. Les había quitado su madre a sus hijos. Todos ellos la necesitaban. Tal vez debía pagar por su negligencia y sus secretos. Ahora que ella ya no estaba, sabía que ya no podría ser totalmente sincero. Había dejado que el cieno de su alma creciera bajo aquella leve capa de normalidad y felicidad. Sin duda Dios o quien estuviera dirigiendo ese absurdo mundo, le estaba haciendo pagar todos sus pecados.

## 5. DUDA

Mark acercó el coche hasta la puerta del edificio de justicia. Su tío les había prometido que reuniría el dinero antes de que las oficinas del juzgado cerrasen. Debían regresar a casa y esperar pacientemente, mientras ellos lo arreglaban todo.

Sus hermanos corrieron entre la muchedumbre. Algunos los insultaron y otros gritaron que estaban en sus oraciones. Subieron al coche y salieron a toda velocidad hacia su casa. Al llegar delante de la fachada, comprobaron horrorizados que varias televisiones se habían instalado en el camino. Mark metió el coche en el garaje para evitar las cámaras y después se dirigió a la cocina. Dakota le siguió, se sentó en una de las banquetas altas junto a la barra y miró por la ventana. Al fondo estaba la piscina, los restos de la cena de sus padres aún se encontraban en una de las mesas y sintió el impulso de limpiarlo todo, pero aquel desorden le ayudaba a pensar que todo era como antes, que nada de aquello había sucedido, que en cualquier momento aparecería su madre sonriendo y la abrazaría. El sitio más seguro del mundo estaba siempre en el regazo de la persona que te había dado la vida.

El timbre del teléfono los sacó a todos de su ensimismamiento. Mark miró la pantalla: era el número de su hermana Jane.

—¿Jane? ¿Estás bien? ¿Dónde te has metido? Ha pasado algo terrible, tenemos que hablar...

Al principio hubo un silencio incómodo, después escuchó unos pucheros y por fin su hermana pequeña se decidió a hablar.

—Mark, necesito que vengas. Estoy muy nerviosa. No quiero que digas nada a nadie.

—¿Dónde estás? ¿Qué sucede? —le preguntó preocupado. ¿Cómo era posible que no se hubiera enterado de nada?

—Por favor, ven cuanto antes. Anoche sucedió algo horrible, tienes que saberlo.

El joven se quedó callado. Desconocía a qué se refería su hermanastra, pero parecía muy asustada.

—Necesito saber dónde estás —le dijo de nuevo.

—Te mando mi ubicación —dijo justo antes de colgar.

Mark miró el WhatsApp. La ubicación de su hermana era muy extraña, en

una zona boscosa al norte de la ciudad.

—¿Era Jane? —preguntó Dakota.

—Sí —dijo mientras se dirigía de nuevo hasta el garaje de la casa.

—¿Dónde vas? —le preguntó mientras le seguía.

—Necesita que vaya a buscarla de inmediato —contestó lacónico. No sabía qué le pasaba a su hermana pequeña, pero estaba preocupado.

—Te acompaño.

—No sé si es buena idea —dijo Mark mientras se subía al coche.

—Mierda. No puedo quedarme aquí encerrada —contestó mientras se montaba en el asiento del copiloto.

Salieron en cuanto las puertas del garaje se abrieron, los periodistas se acercaron hasta ellos, pero Mark apretó el acelerador y todos se echaron a un lado. Mientras iban a toda velocidad al encuentro de su hermana, lo único que podían pensar era en cómo estaría su padre. Su familia se desmoronaba por momentos y ellos se sentían como los supervivientes de un naufragio, aferrados a una tabla de salvación.

## 6. CULPA

Lititz, Pensilvania.

Mark y Dakota condujeron durante una hora hasta llegar a las inmediaciones de la reserva de caza. Jane los había citado en las lindes del bosque, justo al lado de una carretera secundaria. Aparcaron junto a los árboles y salieron del coche para esperarla. Les extrañó que no estuviera allí, pero no tardó en aparecer por un sendero. Tenía la ropa mojada, cara de no haber dormido en toda la noche y tuvieron la sensación de que había tomado alguna droga. Se abrazó a Mark y después le dio un beso a Dakota.

No le preguntaron nada, ella se montó en el asiento trasero y apoyó la cabeza en el cristal.

—¿Cómo estás? ¿Tienes hambre? —preguntó Mark.

La chica afirmó con la cabeza y su hermano paró en el primer lugar decente que encontraron en el camino. Se sentaron en una mesa y pidieron unos cafés y un poco de tarta. Miraron cómo su hermana devoraba el pedazo con avidez, después tomó el de Mark y se lo comió en pocos minutos.

—¿Qué estabas haciendo en el bosque? ¿Sabes lo que ha pasado? —preguntó Dakota impaciente. No soportaba la actitud de su hermanastra. Siempre parecía al borde de un ataque de nervios. Sin duda era la más débil de toda la familia.

Al principio no contestó. Se limitó a fruncir el ceño y a tomar el café a pequeños sorbos, pero un minuto más tarde dejó la taza y mirando a su hermano dijo:

—Ayer fue un día horrible. Me iba a reunir con vosotros por la noche, pero discutí con Annette y sucedió algo terrible.

Los dos se miraron extrañados. ¿Podía su hermanastra saber algo sobre lo que había pasado la noche anterior? Tal vez eso pudiera explicar lo sucedido.

—¿Qué pasó? —preguntó Dakota impaciente.

—Bueno, ya sabéis que Annette y yo no nos llevamos muy bien. Con papá las cosas son distintas.

Dakota entornó los ojos. Su padrastro siempre estaba justificando a la menor, en cierto sentido la había malcriado. Jeffrey era demasiado bueno, siempre dejaba que sus hijos se salieran con la suya. Su madre, en cambio, era mucho más estricta.

—¿Qué pasó, Jane? Sabes que puedes contárnoslo —dijo Mark. Se sentía muy desanimado por todo lo sucedido. En el juzgado había tenido que soportar la tensión. Era el mayor y tendía a cargar con las culpas de los demás.

La chica se limpió las lágrimas con las manos y después se sonó los mocos con una servilleta.

—Le pegué.

—¿A quién pegaste? —preguntó algo alterada Dakota.

—A Annette, ella registró mi habitación y encontró marihuana. Ya sabéis cómo se pone con las drogas. Ella que bebe como una esponja.

—¡Maldita hija de puta! —gritó Dakota abalanzándose sobre su hermanastra.

Mark tuvo que separarlas y cuando la camarera se acercó para ver lo que sucedía la tranquilizó con la mano.

—Estamos bien. Es una pequeña riña familiar.

Mark les pidió a las dos que se comportasen. Después tomó la mano de Jane para que se calmara y le pidió que les contase todo lo sucedido.

—Cuéntanos todo. Es muy importante que no omitas nada.

—Bueno, estaba en el baño cuando Annette me llamó. Sabía que iba a echarme la bronca por algo, me vestí rápidamente e intenté escabullirme, pero no logré bajar las escaleras. Papá estaba en el jardín preparando la cena. Annette me enseñó una bolsa con la marihuana. Le dije que era un simple estimulante, que ellos bebían vino y otras cosas. Ella me gritó y se dirigió al baño para tirar la hierba por el retrete, entonces se la quité y corrí por las escaleras que van a la cocina. Ella me siguió. Me agarró de la coleta y me giré. Fue algo instintivo, la golpeé con todas mis fuerzas en la cabeza.

—¿Con qué la golpeaste?

—No lo sé. Algo que logré tomar de la mesa. Me miró furiosa, me quitó la droga y yo me marché a toda prisa.

—¿Cuando te fuiste, mamá se encontraba bien?

—Sí, no dejaba de gritarme. Me dijo que estaba harta y que hablaría con papá. Me puse tan nerviosa que quedé con unos amigos, terminamos viniendo a un lago cercano. Esta mañana me he levantado muy triste. Lo que hice fue horrible. No sé cómo pedirle perdón.

Dakota la miró con el ceño fruncido y le contestó.

—Mamá está muerta.

Jane se quedó muda, con los ojos muy abiertos y una expresión de angustia.

—¿Muerta?

—Sí, la encontraron desangrada en las escaleras. Papá está en la cárcel acusado de asesinato.

—¡Joder! ¡No me lo puedo creer! El golpe no fue tan fuerte. La dejé consciente y gritando —dijo mientras las lágrimas le surcaban las mejillas. Sentía cómo la angustia la invadía por momentos. Sabía que no era una asesina. Todo debía tratarse de un error.

—¡Eres una maldita asesina! —gritó Dakota. Haciendo que la mitad del salón se girara para mirarlos.

—Tranquilicémonos. Mamá después cenó con nuestro padre. No creo que el golpe de Jane la matase.

Dakota no sabía qué pensar.

—Hay conmociones que pueden aparecer horas después.

—Tranquila, Dakota. Estamos especulando. No sabemos con qué le dio, pero no debió de ser demasiado fuerte. Será mejor que por ahora dejemos este asunto en secreto. Se lo contaré a papá esta tarde, no creo que el tío tarde mucho en sacarlo de la cárcel. Él sabrá mejor qué hacer.

—No estoy de acuerdo. La policía debería saberlo —dijo furiosa, tomó el teléfono y comenzó a marcar.

—Estate quieta. Si hablamos de lo sucedido antes de tiempo, puede perjudicar a ambos. La policía podría decir que nuestro padre encubrió lo sucedido. Deja que hablemos con el tío Johnny y con el abogado.

Al final Dakota entró en razón, guardó el teléfono y se dirigió al baño, tenía ganas de llorar, apenas había podido expresar sus sentimientos. Su madre era lo único que le quedaba en el mundo. Su padre era un viejo egoísta que no le prestaba la menor atención. Quería a su padrastro, pero no podía sustituirla a ella. Apenas conocía a los hermanos de su madre. Nunca había pensado que el sentimiento de orfandad pudiera ser tan fuerte. De alguna manera, al faltar Annette, toda su infancia y adolescencia desaparecían de repente. Ya no podía ser niña ni en los brazos de su madre. Su pasado había

dejado lugar a un inmenso vacío en el que únicamente había soledad.

Se recompuso y cuando salió del baño sus hermanastros ya estaban en el coche. No quería perjudicar a Jeffrey, pero si Jane tenía algo que ver en la muerte de su madre, no saldría de rositas. Tendría que asumir las consecuencias, aunque se tratara de un acto involuntario.

Jeffrey se puso su ropa y no pudo dejar de esbozar una sonrisa cuando atravesó la última reja y vio a su hermano. Johnny era más alto y delgado que él, siempre había sido la columna de la familia y, desde pequeño, le había sacado de muchos apuros. Los dos habían sido una institución en la escuela secundaria. Jeffrey llevando el periódico y Johnny como capitán del equipo de fútbol americano.

—Gracias —le dijo mientras ambos se fundían en un abrazo.

—Lo siento mucho, hermano. Dios mío, la buena de Annette.

Salieron abrazados al aparcamiento, era media tarde y el cielo comenzaba a nublarse de nuevo. Subieron al coche, no había prensa y pudieron salir del aparcamiento sin contratiempos.

—En la puerta de tu casa hay varios canales de televisión. ¿Quieres que te lleve a otro lugar? Podrías pasar la noche en mi casa.

—No, los chicos están solos. En un momento como este todos debemos permanecer unidos.

—Creo que deberías buscar otro abogado, el bueno de Mike no es experto en homicidios.

—No tienen caso —dijo Jeffrey algo molesto—. Soy inocente.

—Ya lo sé, pero hay una acusación formal y mucha gente quiere joderte en la ciudad.

Jeffrey apoyó la mano en su barbilla.

—¿Quién puede haber hecho esto? —le preguntó Johnny.

—Ha sido un accidente. Un desgraciado accidente. No creo que nadie esté detrás.

Johnny no estaba tan convencido. ¿Cómo era posible que alguien se desangrara de esa forma? No tenía sentido.

—Conozco a un abogado, es un experto, el mejor del condado. Saldrá caro, pero es mejor tener preparada una buena defensa.

—Tengo que devolverte la fianza y buena parte de nuestro dinero está invertido. No creo que el seguro pague nada por la muerte de Annette, al menos mientras las cosas no se aclaren. Mis cinco hijos están en la universidad y...

—No te preocupes por el dinero. Somos una familia unida. Cuéntame lo que pasó la otra noche.

Le costó revivir lo sucedido, pero sabía que tendría que hacerlo decenas de veces y ante gente totalmente desconocida.

—¿Cuántas horas pasaron?

—No lo sé. Puede que dos o tres. Me dormí, estaba algo mareado y no recuerdo gran cosa.

Johnny se giró un poco hacia él.

—Únicamente te voy a preguntar esto una vez. Quiero que me entiendas bien. Antes de continuar debo estar seguro. ¿Os peleasteis Annette y tú? ¿De alguna manera la agrediste o la empujaste sin querer?

—¡Joder, Johnny! Ya sabes que nunca he pegado a una mujer. Puede que en algunas ocasiones beba demasiado o que pueda levantar la voz, pero soy incapaz de hacerle daño a una mujer y mucho menos a Annette. Ya sabes cómo era nuestra relación. Llevábamos casi dos décadas juntos, éramos felices. Annette siempre fue el amor de mi vida.

—Lo sé, pero si voy a estar contigo hasta el final, quiero que seas completamente sincero.

Jeffrey se quedó pensativo de nuevo.

—No le hice nada. No estábamos enfadados. Ya sabes que al comienzo de curso los padres nos estresamos un poco. Jane lo está pasando mal y no se lleva muy bien con Annette, pero con respecto a todo lo demás, éramos muy felices.

—¿No había otra persona?

Jeffrey miró a su hermano, pero no contestó a la pregunta. El silencio incómodo de los últimos minutos, únicamente se interrumpió cuando llegaron a la puerta de la casa. Mientras esquivaban a los periodistas y entraban precipitadamente en la mansión, Johnny no pudo evitar pensar de nuevo en la pregunta. No dudaba de su hermano, pero como psicólogo sabía perfectamente de lo que eran capaces los seres humanos en situaciones

extremas.

## 7. MIEDO

Lancaster, Pensilvania. Día segundo.

La forense colocó el cuerpo con cuidado y después le rapó el pelo. En la nuca pudo comprobar varias laceraciones y cortes. También lo que parecía dos golpes fuertes. El escáner le había confirmado que tenía el cuello roto y el cráneo fracturado cerca de la nuca. Había logrado determinar la hora de la muerte, aproximadamente a la una de la madrugada, por lo que cuando su marido llamó a emergencias su mujer ya estaba muerta. Había perdido casi una tercera parte de toda la sangre, de hecho, cuando ella llegó estaba casi completamente seca. La muerte se había producido de forma paulatina, como si la hubieran dejado morir, sin llegar a socorrerla.

Examinó el resto del cuerpo y encontró otras contusiones leves. Tendría que volver al lugar de la muerte para intentar determinar el ángulo de caída, si se trataba de un accidente, debería poder localizarse el lugar en el que se había golpeado en la cabeza, aunque a ella apenas le quedaban dudas de que se había tratado de una agresión, posiblemente sin la intención de matar.

El inspector entró en la sala de la morgue y caminó sigiloso hasta llegar a la mesa metálica sobre la que descansaba el cuerpo. Llevaba casi treinta años en el departamento, lo que le convertía en el policía más experimentado de la ciudad. Había resuelto al menos una veintena de asesinatos, algunos homicidios y otros crímenes menores. Aquel asunto no le olía muy bien. Tenía la sensación de que sus jefes y, sobre todo, el público se ensañaría con el sospechoso y que estaba acusado de asesinato antes de tener ni siquiera un juicio. Robert era el primer inspector afroamericano que había tenido el departamento en toda su historia. Sabía lo que era sentirse discriminado y había visto muchas cosas, pero ahora se había producido lo que él llamaba la revancha de la historia, si eras blanco, rico y famoso podías acabar en la cárcel para satisfacer a las masas.

—¿Has terminado la autopsia? —le preguntó a Susan. No se caían bien, pero era una de las pocas personas en las que confiaba en el departamento.

La mujer dio un largo suspiro, los inspectores siempre parecían ansiosos por saber el motivo de la muerte, la hora y todos los detalles necesarios para comenzar su investigación, pero no eran conscientes de que en una autopsia había decenas de detalles que había que repasar, un error podía echar por tierra todo el trabajo.

—Mañana por la mañana estará sobre tu mesa —le contestó la forense mirándole de reojo.

—Este caso es especial. Tengo encima al alcalde, al fiscal, a los medios de comunicación y a la opinión pública. Todo el mundo está interesado en el homicidio o accidente en la casa de los Green.

—Me lo imagino, pero el procedimiento es el mismo para todos.

—Al menos dime qué te parece. ¿Crees que la mató?

—No lo sé. Eso lo tienes que determinar tú. ¿No crees? —contestó mientras se quitaba los guantes y comenzaba a escribir en una planilla.

El hombre se aproximó al cadáver y miró con detenimiento las heridas de la cabeza.

—¿Crees que esto se lo hizo al caer? —preguntó señalando con un bolígrafo los cortes y laceraciones.

—Lo veo difícil. Lo normal es que hubiera un fuerte golpe y un corte profundo. Si se cayó de espaldas, como afirma el marido, su cabeza se debía haber golpeado con el quicio de la puerta o una esquina. Ese golpe podría haberla matado o al menos aturdido. Imagino que intentó levantarse, pero la sangre manaba de la parte de la nuca y se escurrió, comenzó a perder las fuerzas y terminó por desangrarse. No he visto muchos casos como este.

—Yo tampoco —dijo el inspector, que había visto muertes muy violentas y crímenes que parecían imposibles de resolver.

—Tiene hasta cuatro cortes, dos golpes... Parece como si alguien la hubiera golpeado con algo contundente. Tal vez una barra de hierro, el mango de algo. El golpe es limpio y el objeto no pudo ser afilado. Aquí tiene otra lesión distinta. ¿Lo ves?

El inspector se fijó en el punto que le señalaba.

—Entonces, ¿cuál fue la causa de la muerte? —preguntó sonriente.

La forense le devolvió la sonrisa.

—Mañana podrás leer el informe. Será mejor que interrogues a los testigos, a los hijos o a quien te dé la gana. Tengo que terminar tu trabajo.

Robert se despidió de la mujer y salió al pasillo, en cuanto se alejó de la morgue, el teléfono de la forense sonó y la mujer lo buscó en su bolso.

—Hola —escuchó al otro lado del teléfono.

—¿Por qué me llamas? El maldito informe estará mañana —dijo mientras se colocaba el aparato en el oído y comenzaba a lavarse las manos.

—Necesito montar la acusación. La familia ya ha sacado al sospechoso, es un tipo muy poderoso y se escapará sin pagar su culpa si no somos diligentes.

—Eso no es asunto mío —dijo la mujer. Le molestaba que la presionaran.

—Creo que a los dos nos conviene que las cosas queden claras desde el principio. Este año es de reelección, el alcalde se presenta y yo seré el fiscal de nuevo, puede que postule para el estado y quién sabe si más arriba. Necesitaremos una forense general, pero no escogeremos a cualquiera. Debes de estar del lado correcto.

—Yo únicamente hago informes: digo la causa de la muerte, la naturaleza de las heridas y la hora aproximada. Si queréis demostrar que el señor Green mató a su esposa, deberéis encontrar el arma del crimen, una motivación y algún testigo.

—¿Cómo era el objeto con el que la golpearon? —preguntó el fiscal impaciente.

—No lo sé. Tampoco estoy segura de que la golpearan con algún tipo de objeto.

—Ya, pero si lo hicieron, para producir esas heridas. ¿Qué forma tendría?

—Largo, fino, no muy duro...

—Vale, con eso tengo suficiente por el momento. ¿Declararías que fue un asesinato?

—Lo único que diré es que no parece un accidente.

—Es suficiente para nosotros —dijo mientras colgaba el teléfono sin despedirse.

El inspector aparcó el coche frente a la casa. Iba con su compañera Alice, no la dejaba normalmente que interrogara a los sospechosos, pero le ayudaría con los hijos del señor Green. Eran cinco, ni más ni menos. Tardarían toda la tarde en interrogarlos.

Llamaron a la puerta y la abrió una mujer madura, debía ser una de las hermanas de Annette o Jeffrey.

—Buenas tardes, soy el inspector Robert Adams, esta es mi compañera Alice Foster. Tenemos que interrogar a algunos miembros de la familia y registrar el despacho del señor Green.

La mujer frunció el ceño, pero se echó a un lado y los dejó entrar.

El salón estaba repleto de gente. Además de los cinco hijos y el señor Green, había dos hermanos y una hermana del hombre y dos hermanos de la fallecida.

—Lamento las molestias. Teníamos que registrar la casa y, además, interrogar a sus hijos, pensé que era mejor que lo hicieran aquí y no que tengan que venir a comisaría.

Jeffrey se puso en pie. Parecía tranquilo, aunque en su rostro se reflejaba la tensión de las últimas horas.

—Se lo agradezco inspector.

—Mi ayudante comenzará a llamarles de uno en uno, si le parece bien. Puede interrogarlos en un lugar más privado.

—Hay una salita en aquel lado.

—Perfecto —dijo mientras su ayudante se llevaba al primero de los hijos. El primogénito, Mark Green.

Robert se dirigió a la cocina y comenzó a examinarla detenidamente. Todo estaba tal y como lo recordaba. Buscó algo alargado y duro, pero no lo encontró. Después se dirigió a las escaleras y visualizó la escena. Los escalones eran empinados y estaban mal iluminados, además la puerta se cerraba al pasar. La mujer pudo caerse perfectamente y perder el conocimiento. Esas cosas pasaban. Uno nunca sabía cuándo llegaba su hora. La sangre aún podía verse en la pared. Estaba seguro de que la fiscalía contrataría a un especialista en gotas de sangre. En la actualidad había mil y una especialidades. Ya nadie confiaba en gente como él, parecía que todo se dejaba en manos de los expertos. Aunque la mayoría eran unos charlatanes que habían escrito un libro y se ganaban la vida dando conferencias o realizando declaraciones en los juzgados.

Subió las escaleras y se inclinó hacia atrás. Calculó la trayectoria y vio que, al ser mucho más alto que la víctima, su cabeza se hubiera golpeado contra la pared, pero era posible que la mujer lo hiciera con la esquina. Examinó la madera, estaba un poco astillada. Subió las escaleras y llegó hasta el fondo de un pasillo que daba al resto de habitaciones. Había otra puerta en aquel lado. Alguien podía caerse sin que nadie le oyera o viera, además el hombre había declarado que se había quedado junto a la piscina al menos una hora más.

Bajó por las escaleras principales y llegó al recibidor, pasó por el salón sin prestar mucha atención a la gente que estaba congregada y se dirigió directamente hasta el jardín, se aproximó a la piscina y se sentó en una de las tumbonas. Desde allí los árboles tapaban los ventanales del salón, el ruido de la depuradora y las ramas de los árboles sacudidas por el viento le impedían escuchar las voces de la gente que estaba en el salón.

Entró de nuevo en la casa y se dirigió al despacho. El señor Green era muy ordenado. Las estanterías repletas de libros estaban impolutas. Los archivadores bien clasificados y justo en el escritorio había un Mac portátil. Tocó la pantalla y apareció el rostro del señor Green. Salió al salón y le pidió la contraseña.

Jeffrey se la escribió en un papel y el inspector volvió al despacho.

Mientras él registraba el ordenador, su ayudante continuaba interrogando al mayor de los Green.

—Si no lo he entendido mal son cinco hermanos.

—Sí, inspectora —dijo Mark. Su familia era un poco extraña, al menos no tan convencional como otras.

—Usted y su hermano Anthony son los hijos directos del señor Green, nacidos de su primer matrimonio. Ambos nacieron en España, en una base aérea, cerca de la ciudad de Madrid. ¿Es correcto?

—Sí, exacto.

—Mientras su padre servía en Europa, falleció primero el padre y más tarde la madre de sus hermanastras Carroll y Jane. Sus padres se convirtieron en sus tutores legales, pero cuando sus padres se separaron, ustedes cuatro vinieron a Estados Unidos y su madre se quedó en España. ¿No es un poco extraño?

—¿El qué es extraño?

—Que su madre se quedara en España y ustedes se fueran con su padre.

—En aquella época lo era más, pero mi madre nos abandonó. Se separó de mi padre y se casó con un hombre español. La vemos muy de vez en cuando. Ahora mismo está viajando de España aquí.

—Entonces, hace unos quince años su padre se casó con Annette, que tenía una hija llamada Dakota. Desde entonces los cinco han vivido con sus padres.

—Lo cierto es que en la actualidad todos estamos en algún campus, la

única que vive en casa es Jane. Venimos en verano y algunos fines de semana, todos estamos en universidades cercanas.

La mujer terminó de tomar nota y después comenzó a mordisquear el lápiz.

—¿Cómo era la relación de sus padres? ¿A veces se peleaban? ¿Alguna vez su padre agredió a su madre?

El chico frunció el ceño. Se sentía violentado, de repente su intimidad y la de su familia debían exponerse a la luz de todos.

—Mis padres son normales. Al menos para nosotros. Ambos son escritores, bueno mi madrastra lo era. Siempre estaban uno de los dos con nosotros, si el otro tenía que viajar. Se querían mucho. Alguna vez han discutido, como todo el mundo, pero no de forma violenta. Se respetaban mucho y, si pregunta a sus amigos, muchos los consideraban la pareja perfecta. Ambos habían aprendido de los errores de su anterior relación y estaban enamorados.

—¿Tenían algún problema con vosotros? Criar a cinco hijos, de diferentes madres, no debe ser sencillo.

—Los problemas normales, nada extraordinario. Ninguno de nosotros ha cometido ningún delito, si es a eso a lo que se refiere.

—Muchas gracias, ¿puede pedirle a otro de sus hermanos que venga?

El joven dejó la habitación y su hermano Anthony entró.

Mientras, en otra parte de la casa, Robert comenzó a mirar los archivos del ordenador de Jeffrey. Tenía muchas carpetas con textos, artículos, charlas y conferencias. También declaraciones de la renta y documentos para sus investigaciones.

Entró en el correo electrónico. Además de publicidad, correos de sus editores y otros personales, encontró varios correos en una carpeta llamada: “Soldados”. Al abrirlos, vio que eran de hombres, soldados más jóvenes que él la mayoría. Muchos mensajes eran de carácter sexual y uno de aquellos hombres parecía mantener una relación epistolar más continuada con Jeffrey.

Miró en un archivo parecido llamado también “soldados”. Allí, además de algunos relatos sexuales, había fotos y vídeos homosexuales de personas vestidas con uniformes. No le gustaba hurgar en la vida privada de nadie. Robert era consciente de que todo el mundo guardaba sus secretos, pero aquellos archivos no encajaban con la imagen de matrimonio idílico que ambos aparentaban. Tomó el ordenador y lo guardó en una bolsa.

Llamó a su compañera y le preguntó cómo iba.

—He interrogado a casi todos los hijos.

—Que el resto se presente mañana en comisaría. Tenemos que llevar esto a un experto.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó su compañera.

—Nada delictivo, pero lo que he visto no me encaja con lo que nos han contado hasta ahora.

Se pararon frente a toda la familia, Jeffrey miró la bolsa y puso un gesto de preocupación.

—Tengo que llevarme su ordenador —dijo el inspector.

—Dentro tengo mi próximo libro —dijo poniéndose en pie.

—No le borraremos nada. Espero devolvérselo lo antes posible.

—¿Cuándo nos darán el cuerpo de mi esposa? —preguntó Jeffrey.

—Imagino que mañana podrán disponer de él. Lamento mucho las molestias. El resto de sus hijos tendrán que ir a la comisaría.

Robert salió de la casa y se dirigió al coche. Los periodistas le pusieron sus micrófonos en la cara, pero él se limitó a gruñir y subir al vehículo. Cuando su compañera se sentó en el lado del copiloto, él frunció el ceño y ella le miró intrigada.

—Creo que podemos haber encontrado una posible motivación para un crimen.

—¿Cuál? —preguntó Alice.

—Un crimen pasional, celos, quién sabe —dijo mientras ponía el coche en marcha. Durante todos aquellos años había comprobado que más de la mitad de los asesinatos se producían por asuntos sexuales. Las pasiones seguían siendo el motor de la vida, pero también de la muerte.

## 8. FE

Lancaster, Pensilvania. Tres días más tarde.

Jeffrey agradeció la tranquilidad de aquella mañana. En unas horas sería el entierro y todos parecían demasiado ocupados para consolarle y animarle. Quería sufrir en soledad. Nunca le había gustado expresar sus sentimientos y, aunque con la edad se había hecho más emotivo, seguía sintiendo un gran pudor ante todo lo que fuera mostrar sus emociones. Su familia era de origen alemán. Llevaban un par de generaciones en los Estados Unidos y habían cambiado el apellido, pero había cosas que se llevaban en los genes. Su padre los había criado de una forma muy estricta. De jóvenes iban a campamentos militares y los varones debían expresar su hombría en todo momento. Puede que ese fuera el origen de todos sus problemas. Él se sentía más hombre que nadie, pero toda esa represión y la insistencia de su familia con la hombría le habían obsesionado con la figura masculina. Su madre era todo amor y comprensión, pero siempre ocultaba las cosas a su padre. Por eso se había criado en la filosofía del secreto, las apariencias y la hipocresía. Su madre le decía que no importaba lo que fuera o lo que pensara en su fuero interno, pero exteriormente debía ser intachable. El tener esa doble vida había terminado por corroerle por dentro. Había algo vacío en vivir dos vidas paralelas, que terminaban por anestesiarle el alma, hasta el punto de que ya no sabía quién era en realidad.

¿Era eso lo que había pasado aquella noche? ¿El Jeffrey reprimido en la más absoluta oscuridad había resurgido para cobrarse su más cruel venganza?

Él siempre había amado a Annette. Era la persona que más le conocía, que le quería tal y como era, con sus rarezas y peculiaridades. Sabía que necesitaba su espacio. Era buen padre, pero en algunos momentos era feliz a solas, leyendo un libro, cuidando su cuerpo o simplemente meditando sobre a dónde dirigía su vida.

Ahora se arrepentía de no haber sido totalmente franco con ella. La muerte era algo irreparable, ya no había marcha atrás. Lo que lamentaba es que dentro de poco todos descubrirían sus secretos. Aquellos que le odiaban, los que le aborrecían y los que pensaban que era un hombre intachable, con valores y principios superiores a la media, no perdonarían sus errores. En cambio, ella ya nunca podría conocerle por completo. La única persona con la que habría desnudado su alma, sin sentir que le estaban juzgando.

Miró al jardín, el otoño se aproximaba como la vejez, jugueteando con las horas, aumentando la oscuridad y estrangulando lentamente la vida con el frío gélido de la muerte. Estaba en esa edad en la que la existencia te había entregado casi todos sus frutos, pero aún te quedaban por probar los más amargos.

Se acercó a la cocina, abrió una botella de vino, lo sirvió en una copa, pero no llegó a llevárselo a los labios. Sabía que el alcohol era la puerta de salida de su otro yo. Cuando bajaba la guardia y se dejaba llevar por sus instintos más básicos. Después, se dirigió nervioso al despacho. Aquel lugar era su territorio vedado, el lugar en el que surgían sus mejores ideas, pero también donde ocultaba sus secretos. Miró a la mesa vacía y se estremeció. Sin duda la policía ya había descubierto todo. No era ningún delito, puede que en un viejo como él simplemente sonara patético y casi repulsivo, pero no era nada ilegal. Aunque era consciente de que su condición sexual sería aprovechada por el fiscal para probar su culpabilidad, para hacerle aún más sospechoso.

Se dirigió a la escalera y abrió la puerta. No lo había hecho en todos esos días. Contempló las salpicaduras de la pared, las manchas del suelo ya habían sido limpiadas, aunque aún permanecía un cerco oscuro en la madera. La vio allí tumbada, desvalida, perdiendo su último aliento. Sorprendida por la muerte, asustada ante lo desconocido.

¿Cómo sería su último día? Se preguntó, era consciente de que no tenía respuesta. Nadie conoce su último día. Conocerlo supondría la más dura condena, por eso la pena de muerte era tan inhumana. Nadie debería saber el día en el que va a morir.

¿Qué había sucedido aquella noche? Intentó recordar todo lo sucedido, incluso aquellos detalles que había pasado por alto.

Lo primero que le vino a la cabeza fue la cena. Mientras la preparaba Annette estaba con Jane en la cocina. Él entraba y salía llevando cosas, las dos parecían muy enfadadas. Al entrar la última vez, Jane se había marchado sin despedirse, algo muy raro en ella. Tenían una relación muy especial. En el fondo era su debilidad. Los dos chicos siempre habían sido muy independientes, le querían y admiraban, pero desde muy pequeños se las habían apañados solos. Durante su estancia en España no había sido un gran padre. Trabajando todo el día e intentando demostrar lo hombre que era con mil y una amantes. Sus dos hijas adoptivas en cambio se habían llevado todo el cariño y la atención. En especial cuando las trajo a Estados Unidos. Su

mujer los dejó y él, en cierto sentido, se sintió aliviado. Dejó de acostarse con mujeres, pasó una etapa de asceta y después conoció a Annette. Los dos escritores, los dos con relaciones pasadas difíciles y los dos con ganas de ser felices. Tras diez años de matrimonio surgió la primera tentación. Tal vez el aburrimiento, la rutina, el miedo a envejecer. Las pulsiones bisexuales de su primera juventud se volvieron más intensas. Nunca llegó a tener una relación con otro hombre, pero sí contacto con muchos y una vez estuvo a punto de ver a uno de ellos.

Después recordó que la cena había sido agradable. Annette parecía algo enfadada al principio, pero después se relajó. Se quejó varias veces y se tocó la nuca, pero ambos estaban en esa edad en la que los dolores forman parte de lo cotidiano.

Él se quedó mirando el teléfono móvil. Leyendo el periódico, los correos, escuchando algo de música y subió a la habitación. Entonces recordó algo, una especie de imagen que se había borrado casi por completo de su memoria. Mientras se dirigía a la casa creyó ver una sombra que corría hacia el bosque desde la cristalera de la cocina. Intentó agudizar la vista, pero el revoloteo de un ave le distrajo, después se fue a la habitación y se quedó dormido. Unas horas más tarde encontró el cuerpo de su mujer.

¿Cómo había muerto Annette? Se preguntó mientras se dirigía a la ducha. Todo indicaba que se había producido un macabro y desgraciado accidente. Otra posibilidad era que alguien entrara en la casa y al verse sorprendido por su mujer, la atacara, ella escapara hacia las escaleras y la matase allí. Tenían la mala costumbre de no encender la alarma. Aquella era una zona muy segura, pero nunca se sabía qué podía suceder. Otra de las posibilidades es que alguno de sus enemigos le buscara para hacerle daño y ella se cruzara en su camino. Desde que había decidido presentarse a las elecciones, muchos buscaban cómo sacarle de la carrera electoral.

Encendió el agua caliente y esperó a que la bañera se llenase, echó espuma y después se introdujo lentamente. Hubiera sido muy fácil terminar con su vida. Le quedaban siete u ocho años buenos, después sería demasiado viejo. Si le metían en la cárcel, saldría para morir. Aunque si le acusaban, sería de asesinato y eso era cadena perpetua. Pero. ¿cómo le iban a acusar? Él era inocente.

Escuchó que alguien golpeaba la puerta y se sobresaltó. Era su exmujer, había llegado la noche anterior. Se alegró de verla. El tiempo había

conseguido que tuvieran una relación mejor ahora que durante su matrimonio. Ambos se habían perdonado y habían puesto por delante las vidas de sus hijos. Ahora había cruzado el océano para apoyarle.

—¿Qué haces? —le preguntó abriendo la puerta.

—¡Joder! Estoy en el baño.

—Creo que ya te he visto desnudo antes. Lo cierto es que vas a peor — bromeó mientras dejaba la puerta entornada.

—Gracias, eso me anima mucho —contestó mientras se ponía en pie y comenzaba a secarse.

—Tienes la ropa sobre la cama. En cinco minutos te espero en el coche.

Se vistió a toda prisa. Sin pensarlo había estado postergando en su mente aquel momento. Sabía que ya no había nada de lo que amaba en el cuerpo inerte de Annette, pero en cierto modo era la despedida definitiva. En aquel instante echó de menos la fe de su juventud. Ya nunca oraba y, aunque no había cerrado completamente la puerta a la idea de la vida después de la muerte, se había resignado a esperar y ver lo que sucedía cuando llegara allí.

Salió al jardín delantero y corrió hasta el coche. Afortunadamente los cámaras y fotógrafos estaban en el entierro. Se puso el cinturón y miró melancólico la casa.

—¿Qué te pasa? —le preguntó su exmujer.

—Dios mío, cuánto la echo de menos. No sé si lograré superarlo.

—Pues tienes que hacerlo por tus hijos. Te necesitan, los padres no podemos permitirnos sufrir demasiado y mucho menos lamentarnos. La vida es mucho más que mirarse al ombligo y a ti siempre te ha gustado demasiado hacerlo.

—Eres única animando a un viudo.

—Ya sabes que no valgo para paños de lágrimas. No soy de esa clase de mujeres —dijo mientras salía a toda velocidad hacia el cementerio.

—¿Cómo ves a los chicos? —le preguntó. Quería saber su opinión, a veces uno estaba tan cerca de sus problemas que no podía ver las cosas en perspectiva.

—Jodidamente mal. ¿Qué te voy a decir? Pero lo superarán. Son fuertes como yo y listos como tú. A la que veo peor es a Dakota. Es normal, era su

madre carnal. Además, no deja de meterse con Jane y a ti te mira con desconfianza. Creo que sus tíos maternos le están metiendo malos consejos en la cabeza.

—Nunca les hice mucha gracia, pensaban que me casaba con su hermana por el dinero. ¿Has oído algo más estúpido?

—Seguro que el dinero no te echó para atrás. Siempre has sido muy sibarita. ¿La mataste? A mí me lo puedes contar.

Jeffrey la miró sorprendido.

—¿Qué me has preguntado?

—¿Lo hiciste? Sé que la querías mucho, pero esas cosas pueden pasar. Un acceso de ira o de celos, aunque Annette era demasiado mojigata para ponerte los cuernos. No se hubiera acostado con otro con tal de no despeinarse.

—Claro que no la maté. La amaba con toda mi alma —dijo sacudiendo las manos, como si estuviera reprimiendo las ganas de estrangular a su exmujer.

—Puedes contar con mi ayuda. No estaría nunca del lado de un maltratador y asesino, ahora me quedo más tranquila.

—Podría mentirte —dijo algo sorprendido de que le creyera sin más.

—Siempre he sabido si me mentías, incluso cuando tú creías que me la dabas con todas esas putas de la base.

Llegaron a las puertas del cementerio y entraron a toda velocidad, aparcó el coche cerca de la tumba abierta, donde más de un centenar de personas se había congregado bajo la lluvia. Jeffrey miró a la gente vestida de negro y a sus cinco hijos abrazados, sintió que el corazón se le partía en dos. La única mujer que había amado se había ido. Volvía a encontrarse solo; su compañera, su amiga, aquella con la que soñaba con los ojos abiertos ya no estaba. Annette le amaba hasta cuando no lo merecía, porque el amor es mucho más que cariño o pasión, sobre todo es la decisión de entregarte por completo a otro, aun a sabiendas de que puede hacer tu vida mil pedazos.

Salió del coche y caminó con paso lento sobre el césped empapado. Por un segundo tuvo la perspectiva adecuada de la muerte. La vio como un camino difícil que hay que recorrer, una especie de senda marcada de la que nadie se puede librar, por mucho que intente no seguir caminando.

## 9. ADIÓS

Lancaster, Pensilvania. Tres días más tarde.

Mark se despertó sobresaltado. No recordaba los detalles de la pesadilla, pero había sido lo suficientemente angustiada para que empapara la cama con su sudor y su mente intentara desconectar de ella. Salió con el pantalón corto y la camiseta sin mangas hasta el pasillo y bajó a la cocina. Se tomaría un buen trago de leche y regresaría a la cama lo antes posible. Al día siguiente había prometido a su padre que le acompañaría a la cercana Baltimore con su tío Johnny para contratar al abogado Jacob Goodman. Bajó las escaleras a oscuras y caminó por el suelo frío hasta la cocina, abrió la nevera y su luz iluminó por un instante la sala. Se miró reflejado en la ventana sobre el fregadero. Su rostro fantasmagórico le atemorizó un poco y dio un respingo. Aún no podía creer que su madre hubiera fallecido. Sacó la leche y estaba a punto de dejarla sobre la encimera para tomar un vaso, cuando creyó ver a alguien corriendo por el jardín en dirección a la calle. El reflejo había sido muy rápido, apenas una décima de segundo. Dejó caer la leche y corrió hacia fuera. Abrió la puerta de la cocina que daba al jardín y siguió a la sombra. No sabía si se encontraba todavía dentro de la pesadilla, pero decidió que se encargaría de descubrirlo. Al llegar a la calle miró a un lado y al otro, se encendieron las luces de un coche, era de un color verdoso, pero no logró ver la matrícula ni distinguir la marca.

Regresó a la casa con el corazón acelerado. No sabía quién podía haber entrado en el jardín, pero se le pusieron los pelos de punta. Cerró la puerta y después comprobó el resto. Una vez más su padre no había puesto la alarma. Metió el código y subió a la habitación. No tardó demasiado en dormirse. Se encontraba tan cansado que el sueño le pudo más que la angustia.

Por la mañana fue uno de los primeros en bajar al salón. Su padre ya estaba tomando un café y mirando el nuevo ordenador que se había comprado mientras la policía tuviera el suyo. Jeffrey levantó la vista y arqueó una ceja.

—¿Estás bien? Es muy temprano.

—No podía dormir más. Creo que alguien estuvo en nuestro jardín anoche. Bajé a tomar un vaso de leche y le pillé merodeando por la piscina. No teníamos la alarma puesta. No sabemos qué le pudo pasar a Annette. El que la mató a ella puede querer hacernos daño a los demás.

—De eso quería hablarte. Tú eres el mayor. Me quedaría más tranquilo si

tus hermanos regresaran a la universidad. No quiero que sufran más. Ya han perdido a una madre y no quiero que pasen todo el proceso de un juicio. Van a decir cosas terribles de mí, será mejor que cada uno regrese a su vida. Yo puedo pasar esto solo, además están los tíos, ellos me apoyarán.

—Tienes razón en parte: Jane y Carroll parecen muy afectadas, por no hablar de Dakota, pero yo me voy a quedar a tu lado. Anthony ya sabes como es, siempre está en su mundo.

Jeffrey conocía el carácter de todos sus hijos, no los juzgaba, como tampoco lo hacía consigo mismo.

—Sin duda eres el más fuerte y maduro, pero lo que va a suceder será terrible. Nadie está preparado para algo así.

Mark se acercó a su padre y se agachó para abrazarlo. Ninguno de los dos era muy expresivo, pero ambos sabían el afecto que se profesaban. En muchos sentidos el primogénito era muy parecido a él.

—Lo dejaste todo por nosotros. Afortunadamente encontraste a Annette, si no te hubieras quedado solo el resto de tu vida, pero ahora ella ya no está. Nadie puede sustituirla. Te están acusando de su muerte. No hay nada peor.

—He vivido una guerra, he visto morir a compañeros muy cercanos, pero jamás había experimentado un dolor tan profundo. Al mismo tiempo me siento culpable de lo que ha sucedido.

—Ha pasado algo. Dakota y yo fuimos a buscar a Jane. Aquella noche no apareció, al parecer se sentía arrepentida por haber golpeado a mamá. Ella piensa que de alguna manera aquel golpe fue el que desencadenó todo.

Jeffrey frunció el ceño.

—Eso es absurdo. Annette estuvo bien durante horas. No creo que le golpeará tan fuerte.

—Nunca lo sabremos —dijo el chico.

—Será mejor que por ahora no le contéis eso a nadie. Lo último que quiero es que la policía o el juez investigue a Jane.

—No saldrá de mí, te lo aseguro.

Una hora más tarde Jeffrey reunió a todos sus hijos para hablar con ellos. Les pidió que regresaran a sus estudios e intentaran tener lo más parecido a una vida normal. Todos se negaron a excepción de Dakota, que les anunció que regresaba al campus.

Johnny llegó a la hora acordada y los tres se dirigieron a Baltimore. Apenas hablaron durante el camino, hasta que aparcaron el coche en el centro de la ciudad y caminaron un par de manzanas para ir al despacho de Jacob Goodman.

El bufete de abogados se encontraba en un antiguo edificio de ladrillos rojos. Vieron la chapa dorada al lado del portero automático y, tras escuchar la señal de apertura, subieron los dos tramos de escaleras hasta el despacho. Les abrió una secretaria joven, de pelo rubio y ojos muy claros, casi transparentes. Les pidió que la siguieran y los condujo por un largo pasillo hasta una puerta cerrada, llamó y después todos entraron en la amplia y luminosa sala. Un hombre con barba cana, pelo oscuro y gafas redondas y doradas levantó la vista de unos papeles, les hizo un gesto para que se sentasen y, tras un par de minutos, levantó la cabeza de nuevo y los observó sin decir palabra, hasta que con una voz ronca comenzó a hablar.

—Jeffrey Green, supongo.

—Sí, vengo con mi hermano John y mi hijo Mark.

—Muy bien —contestó poniéndose en pie de un salto y comenzando a moverse nervioso por la sala.

—Creo que le han informado de mi caso.

Jacob se sentó en el filo de la mesa, a unos centímetros de Jeffrey y cruzando un brazo, apoyó el otro sobre él, se mesó la barba y lo miró fijamente.

—Le voy a ser sincero, su caso no pinta bien. Lo he examinado, he podido hacerme con algunos informes, tengo contactos en Lancaster, pero nada parece encajar. Los golpes en la cabeza no parecen los de una caída. ¿Está seguro de que contó a la policía toda la verdad?

Jeffrey levantó las cejas. Aquel tipo le parecía demasiado sobreactuado para llevar bien su defensa. Puede que la gente de Baltimore estuviera acostumbrada a ese parloteo, pero Lancaster era una ciudad conservadora.

—Soy inocente, si es eso lo que me pregunta. Aunque imagino que todos los acusados dirán lo mismo.

—¿Es inocente? ¿Qué es ser inocente? No importa si lo hizo o no. Deje que me explique: lo importante es parecer inocente. Crear una duda razonable en el jurado y en el juez. Usted tiene todas las papeletas para ir a la cárcel o la silla eléctrica.

El hombre no salía de su asombro. Aquel tipo era directo, demasiado para su gusto.

—La gente necesita desahogar todas sus frustraciones. Piénselo bien. Tienen vidas de mierda, trabajos aburridos, no llegan a final de mes y además les discriminan por ser pobre, pertenecer a una minoría o no tener estudios. Usted es blanco, culto, rico y famoso. No tiene esperanza de salir ileso de un linchamiento mediático. Ya está condenado.

Jeffrey se giró hacia su hermano, después a su hijo y se encogió de hombros.

—Creo que no tenemos nada que hacer aquí.

Después hizo un amago de levantarse, pero el abogado puso la palma de la mano sobre su hombro.

—Sin embargo, podemos revertir su aparente culpabilidad. No quiero que me malinterprete. Nuestro sistema judicial no es perfecto, pero usted tiene algo que normalmente inclina la balanza hacia la inocencia. Eso, naturalmente, es dinero. Necesitaremos contratar a varios especialistas y demostrar que todo se debió a un accidente. Normalmente la fiscalía tendría que probar su culpabilidad, al fin y al cabo, en este país, se defiende todavía la presunción de inocencia, pero en este caso no lo necesita. Además tengo entendido, que en los últimos años, ha tenido muchos problemas con el alcalde y el fiscal. Le aseguro que irán a por usted y, aunque consiga salvarse de esta, le dejarán tan hundido y desprestigiado que nunca más podrá volver a publicar un libro ni ganarse honradamente la vida.

## 10. MUERTE

Lancaster, Pensilvania.

Dakota miró la hora en el teléfono y después observó la calle cubierta de hojas, aquel año el otoño se había precipitado como la desgracia que había terminado destruyendo todo lo que amaba. Sentía que su padre era un completo desconocido, su madre estaba muerta y su padrastro era el sospechoso principal de haber acabado con ella.

Escuchó un motor y vio un vehículo ascendiendo por la cuesta de la calle. Era el de su tío Scott. Paró justo a su lado y la ayudó a guardar la maleta. Había preferido no decírselo a nadie. Las despedidas eran odiosas, pero en aquel caso mucho más. Había vivido con los Green la mayor parte de su vida, en muchos sentidos los consideraba su verdadera familia, pero le habían robado lo que más amaba en el mundo: a su madre.

Se sentó junto a Scott y echó un último vistazo a la casa. Un sentimiento de orfandad la invadió de repente, aquel lugar nunca más sería su hogar, se encontraba sola en el mundo. Dio un largo suspiro y miró al frente.

—Has hecho lo correcto. Yo no digo que tu padrastro sea un asesino, Dios me libre, pero hay demasiadas preguntas por resolver. No me creo que Annette se cayera por la escalera y se hiciera todas esas heridas, podía haberse desnucado, esas cosas suceden, pero morir desangrada con cortes en el cráneo. ¡Por favor!

—Prefiero no hablar de eso.

—Lo entiendo, pero la fiscalía se ha puesto en contacto con nosotros, le hemos dicho que testificaremos en su contra. Jeffrey siempre fue un bala perdida y un mentiroso. No fue condecorado en Irak, no contó todo lo que sucedió durante su servicio en España y ahora esto. Nunca pensé que se atreviera a tanto, pero tampoco puedo decir que me sorprenda.

—Jeffrey es una buena persona, he convivido con él durante muchos años y siempre trató a mi madre con respeto.

—Hasta que la mató. Lo siento cariño, pero tu padrastro es un hombre desequilibrado y violento. No creo que lo planease, pero seguro que la empujó o la golpeó. Ahora debe pagar por ello. ¿Testificarás en su contra?

Dakota no contestó. ¿Qué podía decir? Tenía el alma y la mente divididas. Amaba a Jeffrey, no podía olvidar en un momento todos aquellos años, pero

no se creía su versión. Él bebía más de la cuenta y, cuando la gente bebe, a veces hace cosas terribles. Su padre había sido alcohólico y lo sabía bien.

—El fiscal te llamará a declarar, me ha comentado que tiene pruebas contundentes contra Jeffrey. Está dispuesto a hablarnos de ellas si firmamos una declaración jurada y subimos al estrado.

Dakota sintió una fuerte opresión en el pecho, tenía ganas de vomitar, su madre había muerto y nadie podría traerla de vuelta, pero Jeffrey y sus hermanastros eran lo único que le quedaba.

—No estoy segura de si podré hacerlo. Ha sido como un padre para mí.

—Esa es la mentira que nos hizo creer a todos. ¿No lo ves? Parecía un hombre normal, un buen esposo, pero estaba lleno de secretos.

Le asustaron las palabras de su tío. Tenía los ojos inyectados en sangre y una expresión de odio que nunca había visto en una persona. Sabía que la familia de su madre y Jeffrey nunca había congeniado, pero no podía imaginar lo que realmente sentían hacia él.

Pensó en decirle que parara, bajarse del coche y caminar bajo la lluvia de vuelta a casa, pero no lo hizo. Era demasiado cobarde o estaba tan asustada que lo único que deseaba era cerrar los ojos y pensar que todo aquel infierno había terminado.

La mujer vio en las noticias el caso de Jeffrey Green y tomó el mando para subir el volumen. Hacía muchos años que no le veía. Su aspecto era el de un hombre mayor, con el pelo entre cano y pelirrojo y con gafas pequeñas y redondeadas. Ya no parecía el soldado apuesto que había conocido en Madrid muchos años antes. Sintió un escalofrío al contemplarlo y recordar todo lo que había sucedido en la base aérea. Las autoridades militares lo habían intentado ocultar; la policía española tampoco quería problemas con el gobierno norteamericano y todo había quedado en nada, pero ella sabía la verdad.

La mujer tomó el teléfono con manos temblorosas y marcó el número de su amiga.

—Hola. ¿Has visto las noticias? Por favor, es Jeffrey Green y lo ha vuelto a hacer.

—No he visto nada —dijo su amiga entre sorprendida y enfadada. Madeleine podía ser una persona muy obsesiva, sobre todo desde que le

habían dado la baja por incapacidad y se pasaba las horas muertas en su casa. Las dos habían conocido a Jeffrey casi veinte años antes, pero todo aquello ya formaba parte de su pasado.

—Lo ha vuelto a hacer —dijo con una voz angustiada.

—¿El qué ha vuelto a hacer? —le preguntó nerviosa, como si prefiriera no saber la respuesta.

—Matar a una mujer —dijo mientras comenzaba a llorar. Al fondo aún se escuchaban las noticias y el sonido monótono del tráfico. Madeleine temblaba mientras aferraba el teléfono, como si todo aquel horror estuviera sucediendo de nuevo.

# PARTE 2

## 11. SOSPECHA

Lancaster, Pensilvania. Cuatro días más tarde.

El fiscal estaba muy interesado en que el juicio se celebrara lo antes posible. Llamó a su ayudante y le pidió que buscara el teléfono de uno de los expertos más conocidos en manchas de sangre. Philip Mason se había hecho famoso unos años antes con la publicación de un libro titulado *La sangre delatora*. En el libro explicaba cómo, hasta hacía apenas unos años, la forma, dirección, cantidad y otros detalles sobre las manchas de sangre había pasado casi desapercibidos.

—Señor Mason, soy el fiscal de Lancaster y necesito su ayuda.

—Creo que sé por qué me llama —contestó sin andar con rodeos.

—Sabemos a ciencia cierta que el señor Jeffrey Green es culpable del asesinato de su esposa, pero es un tipo escurridizo, con mucho dinero y contratará a un buen abogado. No tenemos el arma y los motivos tampoco son demasiado sólidos. En la escena del crimen había mucha sangre, demasiada para un simple golpe en la cabeza al caer por las escaleras. Queremos que analice lo ocurrido y que escriba un informe.

—Será un placer —contestó el hombre desde el otro lado de la línea.

—¿Podrá estar aquí mañana mismo? Voy a pedir al juez que sea nombrado el jurado y espero que el caso esté en marcha en un par de semanas.

—Tomaré el primer avión.

—Le recibirá en el aeropuerto Helene Good, es la experta en pruebas del departamento del fiscal.

—Gracias, señor fiscal.

Cuando colgó el teléfono se puso en pie y caminó hasta la ventana. Al otro lado de la plaza se encontraba el edificio del gobierno municipal, esperaba estar sentado en la silla del alcalde algún día o convertirse en fiscal del estado, era un hombre ambicioso y sabía que aquel caso podía proporcionarle la fama que necesitaba.

Mark llamó a la puerta del despacho de su padre. Recordaba como desde pequeño le había encantado entrar a aquel territorio vedado donde su padre pergeñaba increíbles y misteriosas historias. Cuando Jeffrey se casó con Annette, su fascinación se acrecentó. Los dos solían escribir por la mañana

cuando la casa estaba más tranquila, pero a primera hora de la tarde pasaban una o dos horas en el despacho revisando los manuscritos o rumiando nuevas historias.

Su padre estaba sentado en el viejo y ajado sofá color marrón. Se negaba a deshacerse de él, lo había acompañado todos estos años, si no estaba equivocado, incluso lo tenían durante su estancia en España, cuando él era muy pequeño.

—¿Qué sucede Mark?

Sentía ser portador de malas noticias, pero ya no podía ocultárselo más.

—Dakota se ha marchado.

—¿Cómo que se ha marchado?

—No la encontraba por ningún lado, he mirado en su habitación y se ha llevado la mayor parte de sus cosas. Me he quedado un poco preocupado.

—Habría preferido volver a la universidad, esta presión es demasiado para todos nosotros. Ojalá todos hicieran lo mismo. No quiero que esta desgracia termine destrozando a la familia.

—No lo entiendes. Se fue con su tío Scott, ya sabes que siempre se ha llevado muy mal contigo. Creo que está manipulándola. No me extrañaría nada que intentara llegar a algún acuerdo con el fiscal para declarar en tu contra.

Jeffrey se quitó las gafas y las dejó sobre la mesita. Se frotó los ojos. Tenía la sensación de que la cabeza le iba a estallar. No podía creer que Dakota pudiera hacer una cosa así.

—Tu hermana no declarará en mi contra. La he criado como a una hija.

—Sí, pero Annette era su madre. La única persona que le quedaba en este mundo, ya sabes que no mantenía mucha relación con sus tíos —contestó molesto Mark. A veces tenía la sensación de que su padre no veía la realidad, que de alguna manera seguía anclado en lo que había sucedido aquella noche y se sentía culpable.

—Somos su única familia. Ella sabe mejor que nadie cómo quería a su madre, es imposible...

—No es imposible. Se ha marchado con ellos por algo. La he llamado varias veces y no me ha cogido el teléfono.

Justo en ese momento sonó el móvil de Jeffrey, miró la pantalla ansioso, como si esperara que fuera ella, pero en su lugar vio el nombre de su abogado.

—¿Jacob? ¿Hay alguna novedad? —preguntó con el corazón acelerado. Ahora cualquier cosa era capaz de alterarle, él que siempre se había visto como un hombre decidido que no tenía miedo a nada.

—Sí, hay novedades —contestó con la voz seca—. Mañana comienza la elección del jurado. Al parecer el fiscal está impaciente por meterte entre rejas.

El humor negro del abogado podía ser casi tan ácido como el ardor constante que sentía desde hacía unos días en el estómago.

—Además, creo que han conseguido que varias personas testifiquen contra ti. No tengo los nombres. ¿Sabes quién pueden ser?

Jeffrey lo pensó un poco. No tenía demasiadas dudas.

—Los hermanos de Annette, de alguna manera creen que yo lo hice.

—Eso es una mala noticia. Si son personas muy cercanas, su testimonio tendrá más peso en el jurado.

—Pero esa gente me ha odiado siempre, podríamos demostrar que me tienen animadversión.

Se hizo un largo silencio, Jacob creía que el caso estaba ganado, no había muchas pruebas contra Jeffrey, pero no tenía ninguna duda de que la fiscalía querría verle entre rejas y esa era una mala noticia. Sabía hasta qué punto el sistema se podía amañar en ambas direcciones. Algunos culpables andaban sueltos por ahí, porque alguien lo había decidido y muchos inocentes se encontraban entre rejas.

—No te preocupes. Mañana estaré en el juzgado. Quiero que estés a mi lado. Después comeremos juntos y mi ayudante y yo te enseñaremos cómo hablar y comportarte en la sala. Casi tan importante como ser inocentes es parecerlo. No te olvides.

—Soy inocente y eso debería ser suficiente —dijo Jeffrey algo alterado.

—Justo de eso hablaremos. Sé que eres un hombre recto, pero el mundo no funciona de la forma que imaginas —dijo Jacob intentando no sonar condescendiente.

—Me temo que sé muy bien cómo funciona el mundo. He estado en la

guerra, he vivido en una base aérea y tengo casi sesenta años.

—Ya lo sé, pero el mundo de la justicia es mucho más...sucio de lo que se ve a simple vista.

—Ok, eres mi abogado. Intentaré tener la boca cerrada y aprender de todo lo que ha sucedido. No hay mal que por bien no venga. ¿Verdad?

—No lo sé, Jeffrey. Puede que este mal no traiga nada bueno, el caso parece relativamente sencillo, pero no debemos bajar la guardia.

Mark le miró impaciente en cuanto colgó el teléfono, pero su padre apenas le contó nada. Prefería vivir toda aquella ansiedad y preocupación solo.

—Mañana iré contigo.

—No puedes dejarlo todo por ayudar a este viejo, el proceso podría ser muy largo y tú tienes que vivir tu vida.

—¿Lo dices en serio? ¿Crees que hay algo más importante en este momento que evitar que mi padre vaya a la cárcel?

Jeffrey sintió un nudo en la garganta. Mark le abrazó y mientras lo hacía notó una oleada incómoda de temor. ¿Qué pasaría si su padre terminaba en la cárcel? Su familia se disolvería. Aunque él era el primogénito no podría hacer nada por mantenerlos unidos. Dakota ya se había bajado del barco y no sabía cuánto tardaría el resto en hacerlo.

## 12. TRAICIÓN

Lancaster, Pensilvania. Cinco días más tarde.

Lea Salvin estaba acostumbrada a hacer el trabajo sucio, pero aquello le incomodaba. Si años más tarde alguien revisara el procedimiento se daría cuenta en seguida de que estaba repleto de irregularidades. Al menos debían guardar las formas. No quería que su carrera se fuera al traste.

Miró la hoja con los jurados, tenía que elegir a los doce miembros entre los dieciocho y los setenta años de edad, que estuvieran en sus cabales y no poseyeran antecedentes penales. Sabía que le convenía elegir a personas de color o hispanos, que no simpatizaran en demasía con un hombre blanco y rico. Preferentemente mujeres con pocos estudios o muy formadas. Prefería que fueran mayores, la gente de más edad solía tener más prejuicios e ideas preconcebidas. Tenía que enfocar el caso como violencia de género y demostrar que el acusado era agresivo, tenía mal carácter y que no mantenía una buena relación con su esposa. No sería tarea fácil, por lo que sabía, su familia le adoraba y sus amigos tenían a la pareja en un altar. Afortunadamente el testimonio de los hermanos de la víctima y la hija directa testificarían en su contra.

Levantó la vista y vio a los primeros candidatos sentados en la silla destinada al jurado, después se giró a un lado y contempló por unos segundos a Jeffrey Green. No le gustaba conocer demasiado a los acusados, prefería no llevarse los asuntos personales a su casa. Su marido era un buen hombre, pero no sabía escuchar. Sus dos hijas absorbían el poco tiempo que le quedaba libre. Por eso para ella, todas esas personas eran simples casos.

El abogado de Jeffrey parecía muy concentrado en la lista de candidatos. Nunca se había enfrentado a él en un juicio, pero conocía su fama de duro y concienzudo, no iba a ponérselo fácil.

—El honorable juez Jackson entra en la sala, todos en pie —dijo el alguacil con voz solemne.

En el juzgado apenas se encontraban la veintena de posibles jurados, el acusado, su hijo, el equipo de defensa y de acusación. Todos se levantaron maquinalmente y esperaron a que el grueso juez tomara asiento.

—Es el juicio más rápido de la historia de esta ciudad —dijo el juez mirando a la ayudante del fiscal.

—Únicamente queremos aplicar justicia lo más rápido posible y sacar de la calle a un hombre violento y peligroso.

—¿Está afirmando que no debería haber concedido la libertad condicional al acusado? Creo que mi colega hizo un buen trabajo al pedir la fianza y liberar al señor Green —preguntó el juez echándose hacia delante. Era de la vieja escuela, de los primeros jueces negros que habían llegado a la magistratura en la década de los ochenta del siglo pasado. No le quedaba mucho para jubilarse y no solía casarse con nadie. Sus decisiones eran imprevisibles, pero la fiscalía le había elegido precisamente por eso. Un hombre como él, vanidoso y soberbio era mucho más manipulable que alguien que se ajustara estrictamente a la ley.

—No, señoría, lo único que pretendía era explicar la premura de la fiscalía. No queremos que el caso sea dirimido por la opinión pública, el acusado es alguien muy famoso y su caso ya ha traspasado nuestras fronteras.

—Está bien, señora Salvin. Procedamos. ¿Tiene ya a sus candidatos?

La mujer leyó en voz alta la lista, doce candidatos, de los que le interesaban realmente ocho. Los otros eran paja, los que de forma más evidente rechazaría la defensa.

—¿Qué candidatos pide que se retiren? —preguntó el juez a la defensa.

—Señoría. Antes de nada, reseñar que es cierto que apenas nos han dejado tiempo para preparar nuestra defensa.

—Eso no es asunto mío. No duerma señor Goodman, para eso le pagan y creo que muy bien.

Jacob recusó a seis de los miembros, pero la fiscal logró mantener a cinco de los que había elegido a propósito. El abogado presentó sus candidatos, de los que recusó a cuatro, al final el jurado quedó compuesto por seis mujeres y seis hombres, de lo que se alegraba la defensa, pero la fiscalía, según sus cálculos, tenía a su favor al menos a siete de los doce, era mayoría simple, pero aún estaba muy lejos de la unanimidad que necesitaban.

El juez dio por finalizada la elección del jurado y la ayudante del fiscal guardó sus papeles y se dirigió hacia la salida.

—Señora Salvin —dijo Jacob al pasar a su lado.

—Abogado —respondió secamente.

—Espero que jueguen limpio. Mi defendido es inocente y ya sabe que

existe algo llamado la presunción de inocencia. Todo esto es muy anómalo, recurriré una y otra vez si veo que se saltan las leyes y me ocuparé de que sus carreras se hundan.

—Gracias por la advertencia. Pero si su cliente es inocente, ¿por qué tres miembros de su familia están dispuestos a testificar contra él? Además, su cliente ocultó su doble vida a todo el mundo. ¿Está seguro de que ha sido sincero con usted? El jurado no se creerá que esa pobre mujer se hizo todas esas heridas con una simple caída. Ya sabe lo sensibilizada que está la sociedad con la violencia de género.

—¿Esa va a ser su estrategia? ¿Violencia de género? Mi cliente no es un machista, se le conoce por sus ideas progresistas y su apoyo a la causa feminista.

—Esos suelen ser los peores, se les llama hipócritas —dijo la ayudante del fiscal con una sonrisa gélida. Después abandonó la sala y Jacob miró con preocupación a su cliente. Esos tres testigos únicamente podían ser su hija y sus dos cuñados.

Philip Mason fue directamente del aeropuerto hasta los laboratorios de la policía. Helen Good no había logrado persuadirle de que dejara la maleta en el hotel y se aseara un poco, llevaba casi toda la noche montado en varios aviones, pero Philip era una persona tozuda y vivía para trabajar, más exactamente, para ganar fama y dinero. Todo lo demás no le interesaba. Se había divorciado diez años antes, apenas veía a sus hijos y tenía una vida de ermitaño.

Philip miró las fotografías, observó las gotas de sangre, leyó varias veces todos los informes y tras dos horas sin levantar la vista del escritorio le preguntó a Helen, que llevaba toda la tarde medio aburrida mirando el teléfono mientras él se ponía al día.

—¿Han limpiado la escena del crimen?

—Imagino que sí, ya han pasado varios días y tardamos apenas unas horas en acusar al señor Green.

—¿Han limpiado la maldita escena del crimen? Joder, señora Good, cómo quieren que haga mi trabajo de esta forma. Tiene que conseguirme una orden para ir a la casa, espero que las paredes aún se mantengan intactas.

La mujer le miró incrédula, eran las seis de la tarde, los juzgados y la

fiscalía estaban cerrados y nadie se iba a molestar en darles una orden a aquellas horas.

A pesar de su escepticismo, llamó a su jefe y antes de una hora se encontraban con dos policías y una orden en la puerta de la casa. Helen nunca había visto tanto apoyo por parte del fiscal a un caso. El señor Green intentó impedir que accedieran a la casa, pero los policías le apartaron y Philip fue directo a la escalera, como si supiera dónde se encontraba.

El experto en manchas de sangre miró todo, hizo fotografías, tomó nuevas muestras y observó la pared con una lámpara ultravioleta. Los policías y ella se quedaron a un par de pasos.

—Por favor, señorita Good, ¿puede ayudarme?’ Colóquese de pie en la escalera.

La mujer se puso en la posición que el hombre le indicaba.

—Tírese hacia atrás. No se preocupe, yo la cogeré.

La mujer se lanzó hacia atrás.

—Ahora, quédese quieta.

El hombre hizo varios gestos con ambas manos.

Jeffrey y sus hijos los observaban desde el pasillo.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Carroll.

—No lo sé. Parece como si intentaran reproducir la escena —dijo Mark.

—¿No deberíamos llamar al abogado? —preguntó Anthony.

—Tienen una orden. No podría hacer mucho para impedirlo.

Jeffrey se había pasado buena parte del día ensayando con Jacob cómo debía comportarse en el juicio. Debía cuidar lo que decía, pero también sus expresiones corporales. Se sentía agotado, aunque lo que realmente había terminado por desanimarle era lo que Jacob le había contado. Al parecer Dakota iba a testificar en su contra.

Philip apuntó una cosa y su rostro cambió de repente, una sonrisa irónica sustituyó a su habitual semblante serio. Después se dirigió al salón y miró a un lado y al otro.

—¿Qué demonios está buscando? —preguntó Jeffrey perdiendo los nervios.

—¿Usan la chimenea? —preguntó al hombre ignorando el enfado del

dueño de la casa.

Nadie contestó.

—¿Usan la chimenea? —volvió a preguntar alzando la voz.

—Sí —dijo Jane, que lo que quería era que se marcharan cuanto antes.

—¿Dónde está el atizador?

Todos miraron hacia la chimenea. Lo cierto es que no la encendían demasiado. La calefacción de la casa era muy potente, apenas la prendían para alguna fecha señalada.

—¿El atizador? —preguntó Jeffrey.

—Sí, ¿tendrán uno? Imagino que no moverán las ascuas con las manos

—No lo sé, acaba de terminar el verano —contestó Jeffrey.

—Registren la casa —dijo Philip a los policías.

Estos le miraron vacilante, pero al final estuvieron buscando por la planta baja y el sótano, sin encontrar nada. Mientras la policía miraba cada rincón de la casa, Philip siguió escribiendo en su cuaderno, ya tenía una idea clara de lo que había sucedido, pero necesitaba encontrar el arma para poder probarlo.

Era muy tarde, casi las diez de la noche, aquella era la segunda llamada que recibía. Pensó que se trataba nuevamente de Philip, pero el número era del extranjero. Se lo pensó antes de contestar, pero al final aceptó la llamada.

—Dígame

—Perdone que lo llame a estas horas. En España son las cuatro de la tarde. Mi nombre es Daniel Torralba, soy el comisario jefe de la policía de Madrid. Tenemos a una mujer que dice tener información sobre un caso que investigan en su ciudad. Nos ha pedido que nos pongamos en contacto con usted. He logrado que me dieran su teléfono. La mujer está dispuesta a viajar hasta Estados Unidos para declarar.

El inglés del comisario no era muy bueno, pero logró entender casi todo lo que le había comentado.

—¿Qué es lo que sabe esa mujer? Están a miles de kilómetros de aquí —preguntó el fiscal algo incrédulo.

—Conoció hace años al señor Jeffrey Green. ¿Sabe quién es?

El fiscal se quedó sin palabras, no podía creer que tuviera tanta suerte.

—Sí, la ciudad está juzgándole por el asesinato de su esposa.

—El señor Green, bueno al menos eso es lo que dice la mujer y está dispuesta a jurarlo delante de un juez, mató a una mujer lanzándola por las escaleras hace algo menos de veinte años.

El fiscal se quedó petrificado.

—¿Puede repetirlo?

—Sí, señor. La testigo afirma que el señor Green empujó a una mujer por las escaleras terminando con su vida, mientras servía en España. Al parecer estaba en la base aérea de Torrejón de Ardoz. Antes de molestarle, investigué un poco. He encontrado un informe, al parecer hubo un atestado, una mujer murió dentro de la base, pero la policía dictaminó que fue un accidente. Imagino que era una situación engorrosa para todos.

El fiscal apuntó algunos datos en una libreta, aún no se creía lo que le estaba contando aquel comisario.

—¿Cómo se llamaba la mujer?

—Era la viuda del capitán Keller, su marido había muerto unos meses antes, pero ella quiso permanecer en la base hasta que sus dos hijas terminaran la escuela, pero no llegó a irse, murió cayéndose por unas escaleras.

—Muchas gracias.

—Le mando en un correo electrónico todo lo que tenemos, también los datos de la mujer para que contacten con ella, pero creo que deberían hablar con la base o con el ejército, ellos deben tener mucho más.

Cuando el fiscal colgó el teléfono fue directo al mueble bar, su mujer le vio ponerse un wiski doble.

—¿Vas a beber tan tarde? —le preguntó.

Ambos estaban a punto de irse a dormir.

—Acabo de recibir la llamada más misteriosa de toda mi carrera.

La esposa frunció el ceño. Su marido se caracterizaba por ser anodino, previsible y casi aburrido, pero aquella noche parecía absolutamente exultante, como si le acabaran de decir que le había tocado la lotería.

## 13. TESTIGO

Lancaster, Pensilvania. Un mes más tarde.

El juicio comenzó a primera hora de la mañana. Las televisiones y los reporteros regresaron como las setas en otoño. Los Green tuvieron que sortearlos y entrar en grupo hasta el juzgado. Jeffrey había pedido a sus hijos que no asistiesen a las sesiones. No sabía cómo todo eso podía afectarles, aún eran demasiado jóvenes para asimilar la muerte de su madre y que juzgaran a su padre por asesinato. Ninguno de ellos titubeó, todos le adoraban y estaban completamente seguros de que era inocente. Recorrieron el pasillo de la sala y se sentaron detrás de él. Al otro lado, en la misma fila, su hermanastra Dakota estaba con sus tíos. Evitó mirarlos a la cara, aunque si lo hubiera hecho más que reproche hubiera encontrado en sus rostros una inmensa pena.

El juez entró en la sala y comenzaron los alegatos del fiscal y después del abogado defensor.

—Señores miembros del jurado —dijo Jacob, que aquel día se había puesto su mejor traje—, estamos juzgando a un hombre inocente. La fiscalía no ha logrado encontrar pruebas en su contra o las pocas que tiene son circunstanciales y no demuestran nada. Como la fiscalía no posee un caso sólido, traerá a expertos que intentarán confundirlos, pero no se dejen engañar. El señor Jeffrey Green es un pilar de la comunidad de Lancaster, nunca ha cometido un delito, estamos ante un héroe de guerra, un buen padre y esposo. Sus amigos le podrán contar la relación que tenía con la desgraciada víctima, Annette Green, le hablarán de su espíritu humanitario y cívico, de sus desvelos por esta ciudad y los más desfavorecidos. No me malinterpreten, el señor Green no es un santo, nadie es perfecto, pero sin duda no es un criminal. La fiscalía tendrá que demostrar que asesinó a sangre fría a su esposa, pero no tiene ningún arma, ningún móvil, tampoco testigos que vieran lo que sucedió o una confesión de mi cliente. Este caso se fundamenta tan solo en el deseo de la fiscalía de condenar a un hombre inocente. ¿Quién mueve los hilos del fiscal general? Simplemente diré que en unas semanas, el señor Green se iba a presentar a la alcaldía de la ciudad. Alguien está aprovechando este desgraciado accidente para encerrar a un hombre inocente.

La fiscalía llamó a declarar al primer testigo, su estrategia era demostrar que el señor Green no era la persona pacífica y altruista de la que hablaba la

defensa. Llamó al estrado al cuñado del acusado, al señor Scott.

El hombre subió con paso torpe al estrado. Scott parecía haber envejecido tras la muerte de su hermana. Su rostro presentaba una mezcla de nerviosismo e ira, al verse justo enfrente del que consideraba responsable del asesinato de Annette. Tras tomarle juramento, la ayudante del fiscal se acercó hasta él.

—Usted es el cuñado del acusado.

—Sí, señora.

—¿Desde hace cuánto tiempo se conocen?

—El hombre miró directamente a Jeffrey, como si quisiera ver en su rostro los rasgos de un culpable, pero lo único que logró vislumbrar fue una media sonrisa irónica. Se odiaban desde hacía muchos años, aunque durante todo aquel tiempo habían intentado disimularlo por amor a Annette.

—No lo sé exactamente, pero más de quince años.

—¿Cómo ha sido su relación?

—Cordial —contestó apartando la vista del acusado.

Jeffrey hizo un ruidito, como si le hiciera gracia el comentario falso de su cuñado. Siempre le había odiado. No le gustaba que él administrara los bienes de su esposa, Su hermano Scott fue durante años su asesor y administrador. Robó a manos llenas los grandes beneficios de los derechos de autor de su mujer.

—¿Nunca se han peleado? ¿No han tenido una palabra más alta que otra?

—Lo cierto es que no. Yo he procurado evitar el conflicto por amor a mi hermana, aunque sabía a ciencia cierta que le engañaba.

Jeffrey dio un gran suspiro y su abogado le hizo un gesto para que se controlara.

—Todo lo que dice es mentira. Él es el que le robaba y engañaba —le dijo al oído.

—Está bien, pero no es el momento. Yo me encargaré del testigo.

La ayudante del fiscal se giró para ver al acusado. Todos aquellos aspavientos la favorecían. Lo importante no era ser culpable, sobre todo era parecerlo.

—¿Cómo calificaría la relación de su hermana con el acusado?

El hombre se lo pensó antes de responder.

—Parecía que se llevaban bien, pero mi hermana me contó algunas cosas. Jeffrey se podía poner muy violento, sobre todo cuando bebía. Siempre ha tenido un carácter de mil diablos.

—¡Protesto! —gritó el abogado—. Las opiniones del testigo no proceden. Únicamente debe confirmar si su hermana le contó algún detalle y si él vio alguna escena violenta.

—Mi testigo puede opinar sobre el acusado, se conocían bien.

—Se rechaza la protesta. Prosiga.

—Jeffrey normalmente es tranquilo, pero a veces pierde los estribos y puede ser muy agresivo. Yo mismo he sufrido sus cambios de humor, una vez me empujó en una cena familiar y me caí al suelo.

El acusado se revolvía en la silla. Aquel hombre mentía de manera descarada. Había sido él quien le había empujado, pero sin conseguir derribarle, lo suyo fue una respuesta a su agresión.

—Su hermana le describió esos hechos.

—Sí. Me dijo que Jeffrey la insultaba, denigraba y en una ocasión la golpeó. Después le pidió perdón y se reconciliaron. Estoy casi seguro de que ella descubrió algo sobre él y este la agredió.

—¡Protesto! Esos son especulaciones —dijo el abogado.

—Es cierto señor, límitese a contestar las preguntas y explicar los hechos —comentó el juez. Después observó al acusado, presumía de poder ver en el rostro de una persona si era inocente o culpable, pero la cara de Jeffrey Green era absolutamente indefinida. Aunque había hecho algunos gestos de reprobación a las palabras del testigo, era casi imposible saber lo que pensaba y lo que sentía.

—Ya no tengo más preguntas —dijo la ayudante del fiscal y se sentó en la silla.

El abogado se levantó de un salto y sonrió al jurado, después se abrochó el botón de la chaqueta, se apoyó en el estrado y miró de cerca al testigo.

—¿Es cierto que usted llevaba las cuentas de la víctima hasta que esta se casó con mi cliente?

—Bueno, era su hermano y la ayudaba con la declaración y esas cosas.

—Pero aparece en los papeles de la sociedad de su hermana y tenía acceso

a sus cuentas.

—Sí.

—¿Es cierto que tras la boda el señor Green descubrió que había estafado casi trescientos mil dólares a su hermana?

—Es falso. No hay ninguna prueba —dijo el hombre girándose hacia el juez.

—Aporto la documentación sobre el fraude del testigo a su querida hermana. Annette nunca denunció los hechos por la familia y para no ver entre rejas a su hermano, pero los papeles lo demuestran. De hecho, él tuvo que devolverle parte de la cantidad. Lo que no se había gastado en el juego, porque el testigo es ludópata. ¿Es cierto que tiene esta enfermedad?

—Sí, pero fue un préstamo, pensaba devolver cada dólar, de hecho lo hice...

—Por eso odiaba a mi cliente. Él terminó con sus embustes y cerró la caja fuerte.

—No, Jeffrey era una mala influencia. Por él, mi hermana bebía más de la cuenta y estaba dilapidando sus ahorros. Él siempre ha sido un escritor mediocre y de poca monta —dijo torciendo el gesto.

—No se la merecía, ¿verdad?

—No, ella era mucho mejor que él.

—Y que usted —dijo el abogado—. Robó y engañó a su hermana durante años, ella le perdonó y su cuñado también, pero viene aquí para acusarle de asesinato. Creo que su palabra no vale nada.

—¡Protesto! —gritó desde su asiento la ayudante fiscal.

—Se acepta —dijo el juez—. No tomen en cuenta las últimas palabras del abogado de la defensa.

El testigo se retiró del estrado y la fiscalía llamó a un nuevo testigo.

Jacob esperaba que la hijastra de Jeffrey subiera al estrado, pero en su lugar lo hizo una mujer morena de cierta edad, vestida con un traje completamente negro.

—Señoría. La testigo no está en la lista.

—Es una testigo de última hora —comentó la fiscal.

Después la mujer se dirigió al estrado e hizo el juramento. Jeffrey la

observaba como hipnotizado. La recordaba vagamente, pero su aspecto había cambiado mucho. Sintió un escalofrío, como si estuviera viendo a un fantasma.

—¿Quién es? —preguntó el abogado a su cliente.

—El pasado que viene a castigarme —contestó enigmáticamente Jeffrey; después se encogió en la silla y bajó la vista. Comenzó a recordar, le había costado mucho tiempo olvidar, pero ahora debía recordar de nuevo.

## 14. DETENCIÓN

Madrid, España, dieciocho años antes.

Jeffrey abrió la puerta con cuidado, no quería que su mujer se despertara. Los niños aún debían estar en la cama y en menos de una hora tendrían que llevarlos a la escuela. Se fue directamente a la cocina y se preparó un café. Después se tumbó en el sillón del salón y se tapó con una manta. Se sentía culpable, pero no podía evitarlo. Llevaba años intentando controlarse, centrarse en su familia y en su matrimonio, todo había sido inútil.

Unos minutos más tarde el agotamiento le pudo y cayó en un profundo sueño. Las voces de su mujer le despertaron, corrió escaleras arriba y cuando llegó al cuarto su esposa le observó con una mezcla de estupor y desprecio.

—¿Qué sucede? —le preguntó alarmado.

Ella no contestó, se puso a vestirse como una loca, mientras los niños, asustados por las voces, lloraban al otro lado de la casa. Él se dirigió a la habitación de sus hijos e intentó tranquilizarlos, después regresó al cuarto principal y vio a su mujer vestida, pero aún con los ojos hinchados por el sueño y el pelo despeinado.

—¿Me puedes contar qué sucede? —le preguntó angustiado.

—No lo sé, nuestra amiga Carolina ha ido a la casa de Johanna para ayudarlos con los niños. Hoy le tocaba a ella, pero se la ha encontrado muerta.

La testigo miró fijamente a la cara de Jeffrey, ahora parecía un viejo y amoroso padre de familia, pero ella no tardaría en desenmascararlo. Habían pasado muchos años, demasiados, aunque sabía que cometería algún error y esta vez no escaparía con tanta facilidad.

—¿Usted es Madeleine González?

—Sí, señora —contestó a la ayudante del fiscal. Apenas llevaba doce horas en el país. Su avión había aterrizado la noche anterior tras casi diez horas de vuelo, después había hecho escala en Atlanta y apenas había pegado ojo en toda la noche. Llevaba años sin ir a Estados Unidos. Su primer marido fue un soldado norteamericano de la base de Torrejón, cercana a Madrid, después de diez años juntos se habían divorciado, ella se había quedado con los niños y había regresado a España.

—¿Conoce al acusado?

—Sí, nos conocimos hace muchos años en España. Vivían a mi lado, cuando yo estaba casada con un militar norteamericano.

—Usted se puso en contacto con nosotros y ha venido desde España. ¿Por qué lo ha hecho?

—Hace años, Jeffrey y su esposa fueron buenos amigos. Éramos un grupo de cuatro matrimonios. Lo hacíamos todo juntos, nos ayudábamos con los niños. Ya sabe, las típicas fiestas, barbacoas y salidas al campo. Todo se torció cuando murió el marido de Johanna, Julio Florentino, que era sargento. Nunca se esclarecieron las causas de su muerte. Al parecer un accidente en los hangares de la base, mientras estaba con Jeffrey Green. Desde ese momento comencé a sospechar de él. Algunas amigas de la ciudad me habían comentado que frecuentaba prostíbulos y que le habían visto con varias mujeres. Aunque lo que me hizo sospechar es que, unas semanas antes de la muerte de nuestro amigo, vi al acusado y a Johanna en la cocina, estaban abrazados, al principio pensé que era una simple muestra de afecto, pero no, eran amantes.

—¿Está diciendo que el acusado era amante de Johanna Florentino? —preguntó la ayudante del fiscal. Se la veía satisfecha, las cosas no podían ir mejor. El jurado parecía hipnotizado ante las declaraciones de la mujer.

—Sí, eran amantes. Tras la muerte de su esposo, siguieron viéndose. Hasta que ella murió.

El abogado de Jeffrey se giró y le miró sorprendido, no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Por qué su cliente no le había contado nada de aquello?

—Señoría, protesto —dijo poniéndose en pie—. No estamos juzgando lo que ocurrió en España hace unos años. Estamos aquí para dirimir si mi cliente tiene algo que ver con la muerte de su querida esposa Annette.

—Creo que cuando escuchen todo el testimonio el jurado comprenderá la relación —dijo la ayudante del fiscal.

—Continúe —añadió el juez, que parecía tan intrigado como el resto de la sala.

—Bueno, una de nuestras amigas fue a ayudar a Johanna. Intentábamos apoyarla un poco, estaba desolada y las niñas eran muy pequeñas. Al llegar encontró a nuestra amiga tumbada en el suelo, al pie de las escaleras. Las niñas lloraban en la planta de arriba. Fuimos todos corriendo y llamamos a la

policía militar. Al parecer se había caído por las escaleras y se había matado.

Un murmullo recorrió la sala. La gente se miró sorprendida, aquello parecía demasiada coincidencia. Dos mujeres que habían muerto de la misma forma, aunque fuera en dos lugares distintos y tras muchos años de diferencia.

—Protesto, esto es circunstancial. No aporta nada al caso. Dos accidentes fortuitos no pueden ser considerados como una prueba.

—Cuando toque su turno podrá preguntar al testigo —dijo el juez algo malhumorado.

—La policía militar investigó el caso. La policía española no podía hacerlo, en aquel momento la base se consideraba suelo de los Estados Unidos de América. La policía militar examinó el cadáver, vio que tenía varios golpes en la cabeza, al parecer había perdido mucha sangre y llevaba más o menos una hora muerta cuando la encontraron. No se explicaban los golpes, pero la puerta estaba cerrada con llave y no había signos de violencia o robo, por lo que concluyeron que era un accidente —dijo la testigo con un nudo en la garganta. Recordar todo aquello le resultaba muy difícil.

—Entonces, nunca se acusó a Jeffrey Green de nada —dijo la ayudante del fiscal.

—No, pero la noche anterior hablé con Johanna. Estaba muy asustada, quería hablar conmigo, pero nunca llegó a hacerlo. Creo que él la amenazó de muerte. Seguramente cuando ella le dijo que iba a contar todo a su mujer.

—¡Protesto! —gritó el abogado—. Esos son meras especulaciones.

—Se acepta. Límitese a los hechos, por favor —dijo el juez.

—Lo siento, estoy muy nerviosa.

—¿Por qué cree eso? ¿En qué se basa?

—La mujer de Jeffrey me comentó que aquella noche no durmió en casa, además sabía que eran amantes. Al poco tiempo se divorciaron y él regresó a Estados Unidos, pero hay una cosa más —dijo la testigo señalando con el dedo al público.

—¿El qué? —preguntó intrigada la fiscal.

—Jeffrey se hizo cargo de las dos niñas. En el testamento los padres les habían declarado sus representantes legales. Se quedó con todos sus bienes y con sus hijas, Carroll y Jane.

Las dos chicas se miraron sorprendidas. Sabían que sus padres habían muerto, pero no cómo había sucedido todo. Jeffrey se giró hacia ellas e hizo un gesto para que se tranquilizaran, pero las dos se echaron a llorar.

El juez miró al jurado y después al acusado.

—Debido a las nuevas pruebas aportadas por la fiscalía y para asegurar la integridad física de los testigos, retiro la libertad bajo fianza al señor Jeffrey Green, desde este momento estará en prisión preventiva hasta nueva orden.

La sala comenzó a alborotarse, los periodistas corrieron hasta la salida y los hijos de Jeffrey, a excepción de Dakota, comenzaron a protestar. Jacob levantó las manos. Sabía que el caso no era sencillo, pero todo se había ido al garete. Dos muertes similares a dos mujeres con las que su cliente había mantenido una relación era demasiada coincidencia y, aunque esperaba aclarar las cosas, sabía que no sería fácil convencer al jurado de que todo se trataba de una maldita casualidad.

## 15. UNA VIDA EN OBSERVACIÓN

Lancaster, Pensilvania, algo más de un mes después.

Jacob Goodman había pedido un aplazamiento del juicio un par de días aduciendo que necesitaba reorganizar su defensa ante el giro de los acontecimientos. La última declaración le había dejado totalmente descolocado. No sabía por dónde dirigir el caso. Jeffrey había vivido dos situaciones parecidas, pero no le había contado nada a nadie.

El abogado pasó los controles de la cárcel y al final accedió a la sala en la que se encontraba su cliente. Parecía haber envejecido en unos pocos días. Estaba sin afeitarse, con unas profundas ojeras que empequeñecían aún más sus ojos, el pelo sin peinar y vestía el horrible uniforme naranja.

—¿Sabes que ese color te favorece? —dijo en tono de broma, para animarle un poco.

El preso intentó esbozar una sonrisa, pero en seguida cayó en su anterior gesto melancólico y ausente.

—¿Cómo te tratan aquí?

—Esto es una puta mierda, Jacob. Mala comida, frío, un colchón fino que me deja los huesos molidos, gente peligrosa y una hora de patio. Estaba mejor en Irak.

—Seguro que lo estabas. Aunque todos los gastos los paga el estado de Pensilvania.

—Creo que lo paga mi fianza, porque encima no me han devuelto el dinero.

—Estoy tramitando eso, aunque ahora mismo no es mi prioridad. Voy a viajar a España con un especialista. Ahora tenemos que demostrar que eres inocente en dos casos distintos. Es cierto que he pedido al juez que desestime lo sucedido en España hace años. Además, nunca te acusaron, por lo tanto eres inocente. No sé si servirá de mucho. Ya no podemos borrarlo de la cabeza del jurado. ¿Por qué no me lo contaste? —preguntó el abogado frunciendo el ceño. Aquello le sucedía muchas más veces de lo que podía creer nadie. A la mayoría de sus clientes no les gustaba parecer sospechosos, aunque realmente fueran culpables.

El preso se quedó callado. Realmente desconocía por qué no se lo había dicho, seguramente porque no se acordaba. Todo aquello había quedado muy

atrás.

—No lo sé.

—¿Querías ocultarlo? Si lo hubiéramos sabido habríamos podido rebatirlo, investigar a esa mujer, demostrar tu inocencia.

—Tengo dos hijas, dos hijas de Johanna, pensé que esas cosas no saldrían en el juicio, que era mejor que ellas no supieran los detalles. Fue todo muy difícil y traumático, terminó con lo que quedaba de mi matrimonio. Es cierto que era infiel, pero ella no estaba bien, al poco tiempo tuvo que entrar en un psiquiátrico. Ahora está bien, pero tuve que criar a cuatro niños yo solo. El ejército me expulsó, siempre pensó que tenía algo que ver, pero no era cierto. Joder, nunca haría daño a una mujer. ¿Entiendes?

—Ya, pero ahora tenemos un problema. Cuando la acusación presente a sus especialistas, nos machacarán, todo esto te hace parecer más culpable. Tu hija va a testificar en tu contra. Creo que deberíamos llamar a algunos de tus otros hijos para que lo hagan a tu favor, también a tu exmujer.

—Prefiero mantenerlos al margen. Ya están sufriendo demasiado.

—No tenemos otra opción. Bueno sí, que declares homicidio involuntario, no tienes antecedentes y podrías tener la condicional en diez a lo sumo doce años —le tanteó el abogado.

—¿Estás loco? Soy inocente. ¿Quieres mandar a un inocente a la cárcel? —le preguntó indignado.

—Cuando nos conocimos ya te comenté que lo menos importante, en muchos casos, es ser inocente, uno debe parecerlo.

Jeffrey agachó la cabeza y se frotó el pelo de la nuca con las manos, no podía creer que eso le estuviera pasando a él. Dios le estaba castigando por sus muchos pecados, pero ¿por qué permitía que tanta gente inocente sufriera?

—No me declararé culpable. Lo siento, si no quieres continuar con el caso lo entenderé.

El abogado se puso en pie, comenzó a moverse por la sala nervioso, su mente no paraba de barajar todas las opciones.

—Esto no debería cambiar las cosas. No tienen arma, móvil, tampoco te acusaron en el otro caso, si el jurado te condena recurriremos y saldrás en uno o dos años.

—Eso me parece más razonable, pero preferiría no estar ni un día más aquí.

—No puedo hacer milagros. Ni siquiera soy creyente.

—Ya lo sé.

—Sacarán lo de tu bisexualidad, te pondrán como un mal padre y esposo.

—No me importa. Puede que todo eso sea verdad, pero soy inocente.

—Está bien. Mañana salgo para España, intentaré traer algún testigo que desmonte a la de la acusación. Espero que tengamos más suerte que hasta ahora.

—Dios lo quiera —dijo Jeffrey mientras por un segundo sentía que aún había esperanzas de que toda aquella pesadilla terminase.

## 16. ESPAÑA

Madrid, España. En la actualidad.

Jacob y Peter Himura fueron directamente al hotel, tras cambiarse de ropa pidieron un coche y se dirigieron a la comisaria. Habían concertado una cita con Daniel Torralba, el comisario jefe. Cuando llegaron ya los estaban esperando. El comisario era un hombre relativamente joven para su cargo, delgado y con barba corta y canosa.

—No tengo mucho tiempo —se excusó el hombre en un mal inglés.

—Seremos breves —dijo Jacob

—Ya les hemos entregado el informe —dijo el comisario.

—Les estamos muy agradecidos. Hemos encontrado a otra de las amigas de la víctima y la entrevistaremos esta tarde, mañana regresaremos a Estados Unidos.

—Lo entiendo, imagino que el juicio tiene que continuar.

—¿Cómo describiría a Madeleine, la testigo? —preguntó Jacob.

—Es un poco extravagante, pero aparte de eso, parece encontrarse en sus cabales.

—Ya, aunque hemos descubierto que está bajo un tratamiento psiquiátrico, le han diagnosticado paranoia y bipolaridad.

—No lo sabía —dijo el comisario.

—Creemos que algunas partes de su declaración se las ha inventado. Por eso esperamos que la otra testigo aporte más luz sobre el caso.

—¿Eso es todo? —preguntó impaciente.

—No. Señor comisario. Necesitamos entrar en la base, creo que ahora está gestionada por el ejército español.

—Así es.

Jacob parecía sorprendido por la actitud indiferente del comisario.

—Necesitamos ver las escaleras de esa casa —dijo el abogado.

—Les hemos pasado las fotos.

—Ya, pero nuestro especialista necesita ver la escalera. Es imprescindible, no queremos que un inocente acabe en la cárcel de por vida.

—Me han dicho que tienen poco más de veinticuatro horas. ¿Qué quieren

que haga? No pueden entrar en una base militar.

Jacob se armó de valor y le dijo:

—No, pero si intercediera por nosotros ante el oficial al mando.

El comisario titubeó, estuvo a punto de responder que no, pero no era un hombre insensible. Creía que todo el mundo tenía derecho a una defensa justa.

—Hablaré con él, pero no les prometo nada. No tenemos jurisdicción allí dentro, llámenme esta tarde, después de su entrevista.

Salieron del despacho con la sensación de que al menos habían conseguido convencer al comisario. Esperaban que la entrevista de la tarde y la inspección de las escaleras tiraran al traste a la testigo de la fiscalía. Se dirigieron al hotel, para descansar un poco, pero Jacob no pudo. Se encontraba demasiado nervioso, sabía que si no llevaba algunas evidencias de la inocencia de su cliente, el caso estaría perdido. Era posible que le liberara recurriendo, aunque tampoco podía garantizarlo. La vida a veces no era justa, por eso existía la justicia, para al menos equilibrar un poco la balanza. Se había hecho abogado por ese deseo de equidad. Su familia había escapado de Europa huyendo de los nazis en los años treinta. Eran el resultado de lo que era capaz de conseguir la justicia de los hombres. No creía en otra, sabía que era imperfecta, pero estaba dispuesto a luchar con todas sus fuerzas para salvar a un inocente. Aquel caso le había devuelto de nuevo a los comienzos, cuando sus honorarios eran pocos y su deseo de justicia inagotable.

Unas horas más tarde se encontraba completamente agotado. Le dolía la cabeza y se sentía algo deprimido. Miró el reloj y vio que ya era la hora. Cuando bajó al recibidor Peter ya le estaba esperando. Era un hombre sistemático y ordenado, confiaba mucho en su criterio y esperaba que pudiera revertir las tesis de los expertos de la fiscalía. Tomaron un taxi y en una media hora estaban frente al jardín de la casa de su testigo. No estaban seguros de que accediera a acompañarlos. Pensaron en grabar la entrevista y presentarla como prueba, aunque su mejor baza había sido descubrir la inestabilidad psicológica de Madeleine.

Una mujer de pelo rubio con unos grandes ojos azules les abrió. A pesar de su edad se mantenía juvenil y dinámica. Los llevó hasta un salón que daba a la parte trasera de la casa y les sirvió un café con pastas. Jacob lo agradeció, se sentía agotado y sin fuerzas, pero la cafeína y el espíritu alegre de la mujer

le reanimó un poco.

—Gracias por recibirnos. Mañana por la mañana regresamos a los Estados Unidos —dijo el abogado.

—En un caso como este es lo mínimo que puedo hacer. Lamento mucho todo lo sucedido. Lo que le ha pasado a Jeffrey es una desgracia. Creo que su vida siempre ha estado perseguida por la fatalidad. Algunos nacen bajo el signo de esa estrella. ¿No sé si me entienden?

—Meridianamente. ¿Podemos grabar su confesión? Imagino que le será muy difícil viajar a los Estados Unidos.

La mujer cambió su gesto alegre por primera vez.

—Mis padres son muy mayores, mi madre está muy enferma y no puedo dejarlos solos. Viven en la casa de al lado.

—Lo comprendo. Bueno, ya sabe que el señor Jeffrey Green ha sido acusado de la muerte de su segunda esposa, la señora Annette Green.

—Algo he escuchado en las noticias.

—Se da las circunstancias de que la señora Green falleció de una manera similar a su amiga Johanna.

La mujer agachó la cabeza, como si los recuerdos supusieran una dura carga para ella.

—Éramos un grupo muy unido, fueron buenos tiempos. Aunque eso uno nunca lo sabe cuando los vive, siempre se da cuenta cuando ya han pasado. Es una pena, ¿no cree? Si lográramos entender que ese tiempo ya no volverá, tal vez viviéramos de otra forma. Johanna era una mujer maravillosa. La más alegre y bondadosa de todas nosotras.

—¿Cree que mantuvo una relación con Jeffrey?

—Su marido era un verdadero diablo. Jeffrey en cambio siempre fue encantador. Es un hombre muy sensible, casi tiene una sensibilidad femenina. Parecía sentirse mejor con nosotras que con sus amigos y compañeros. Eran muy amigos, pero si lo que pregunta es si se acostaban. No lo sé. Siempre fui un poco ingenua con esas cosas.

—Lo entiendo. ¿Puede contarme qué sucedió aquel día?

—Bueno, todo pasó de forma muy rápida. Me llamaron muy temprano, una amiga común encontró el cuerpo de Johanna en el suelo del salón, al pie de la escalera. La policía militar abrió una investigación, pero no pudieron

determinar que nadie matara a Johanna. La puerta estaba cerrada con llave.

—Entonces, ¿fue un accidente?

—No lo sé, pero le aseguro que no fue Jeffrey.

—¿Cómo puede estar tan segura?

La mujer se quedó en silencio, comenzó a hablar de nuevo, pero no llegó a terminar la frase.

—¿Se encuentra bien?

—No es fácil decir esto. Sigo siendo amiga de la exmujer de Jeffrey.

—No se preocupe. Necesitamos saber la verdad.

—Esa noche la pasó conmigo. Fue un error, pero fuimos amantes. Lo siento, pero eran otros tiempos, éramos jóvenes e hicimos cosas de las que ahora nos arrepentimos. Su matrimonio estaba acabado y el mío también.

La confesión de la mujer los dejó de piedra. Apagó el teléfono y después tomó un sorbo de café. Tras despedirse de la mujer salieron a la calle. En una hora tenían que ir a la base aérea. Al parecer aquel viaje al final sería mucho más productivo de lo que había imaginado.

## 17. ARMA

Lancaster, Pensilvania, dos meses más tarde.

Mark sintió un fuerte dolor en el pecho cuando vio aparecer a su padre por la puerta. Parecía haber envejecido casi veinte años en muy pocas semanas y, aunque había querido ir a verle, había estado muy ocupado intentando aliviar el sufrimiento de sus hermanas. Desde que se habían enterado de su origen y lo sucedido a su madre, se había desatado una crisis sin precedentes en la familia. Tenía la sensación de que todo estaba a punto de desmoronarse. Sus tíos les echaban una mano, pero sin Annette y con Jeffrey en la cárcel, el mundo de amor y armonía que habían conocido estaba destrozado por completo. Para colmo se acercaban las navidades, una de las fechas más entrañables para todos. En unos días sería el Día de Acción de Gracias, pero ninguno se sentía con fuerzas para celebrarlo.

Su padre se sentó junto a Jacob y después se giró para animarlos. Todos estaban allí, como una piña, intentando demostrarle que le querían y que le creían. Él esbozó una pequeña sonrisa y por unos segundos su rostro se iluminó de nuevo.

—Os quiero —logró decir antes de que entrara el juez a la sala.

Jacob había estado semanas reorganizando la defensa, después de los últimos varapalos. No era sencillo, la opinión pública estaba en contra de Jeffrey, como una parte de la familia, casi toda la ciudad y los medios de prensa, que parecían disfrutar de lo lindo con el caso. Para ellos tenía todo lo necesario: morbo, glamur y drama, mucho drama.

Jacob apoyó su mano en el hombro de su cliente para que recobrarla la confianza y esperó, para ver cuál sería la próxima sorpresa de la fiscalía.

La ayudante del fiscal se puso en pie y llamó a declarar a Jake Salomon, un joven de algo más de treinta años, de pelo moreno y aspecto hispano. No era muy alto, de complexión atlética y andares chulescos. El hombre hizo el juramento y se sentó en el estrado.

—¿Es usted amigo del acusado?

El tipo sonrió abiertamente y mirando a Jeffrey dijo:

—Yo no lo llamaría amistad. Nos conocemos a través de una red social.

—¿Cómo se llama la red social por la que se conocieron?

—¡Protesto! —exclamó Jacob—. Este testigo es irrelevante para el caso.

No conoce bien a mi cliente y no sabe nada sobre lo sucedido a Annette Green.

—Señoría, necesitamos su testimonio para demostrar que el señor Jeffrey Green no tenía el matrimonio idílico que pretende demostrar la defensa. El testigo tiene información relevante sobre los secretos del acusado.

—Prosiga —dijo el juez con gesto aburrido, como si aquel caso estuviera empezando a cansarle. No le gustaban los casos largos y complejos, prefería las sentencias cortas y, a ser posible, condenatorias. No le quedaba demasiado para jubilarse y lo último que deseaba era hacerse famoso por aquel juicio.

—Por favor, conteste —pidió la ayudante del fiscal al hombre.

—Bueno, es una red social de carácter sexual. Somos exmilitares y militares de tendencias homosexuales y bisexuales. La mayoría tiene relaciones matrimoniales, pero de vez en cuando fantasean con tener sexo con gente militar. Ya me entiende.

Los hijos de Jeffrey se miraron unos a otros. Si algo les repugnaba era saber los secretos sexuales de su padre.

—¿El señor Green estaba inscrito en esa plataforma?

—Sí, yo hablé en varias ocasiones con él.

—Entiendo. A lo mejor simplemente se entretenía con eso, pero nunca llegó a contactar con nadie —dijo la mujer.

El hombre se tocó la barbilla y volvió a sonreír, parecía disfrutar con todo aquello.

—No sé lo que hacía con los otros miembros, pero yo iba a pasar cerca de aquí por una cuestión de trabajo y concertamos una cita.

—¿Fue hace mucho tiempo?

—En algún lugar debo tener el nombre del hotel apuntado y la fecha, pero fue hace menos de un año, seguramente el invierno pasado.

—¿Se llegaron a ver? —preguntó incisiva la ayudante del fiscal.

—Bueno, pasó algo. A última hora tuve que suspender la cita, le mandé un mensaje. Quedamos en vernos más adelante pero nunca sucedió.

—¿Cree que su esposa sabía sus tendencias sexuales?

—Hablamos de ella, pero creo que no lo sabía.

—Gracias. Esto demuestra señores y señoras del jurado que el acusado tenía una doble vida y que su matrimonio perfecto era una farsa —comentó la ayudante del fiscal antes de sentarse en la silla.

El abogado se levantó con energía, parecía más animado después de las últimas sesiones y el viaje a España.

—Usted nunca llegó a ver en persona a mi cliente. ¿Verdad?

—Es cierto —dijo el hombre.

—¿Es norteamericano de origen? —preguntó el abogado.

—No, soy centroamericano, pero tengo ya la nacionalidad. Serví en los Marines y he derramado mi sangre por este país.

—Muchas gracias señor Salomon. Pero entonces no conoce en persona al señor Jeffrey.

—Hablamos mucho por el chat privado.

—¿Qué tipo de conversaciones?

El hombre sonrió pícaramente y después se inclinó hacia delante, como si quisiera contarle un secreto al abogado.

—Ya sabe, de carácter sexual, fantasías. Aunque en otras ocasiones hablábamos de nuestras vidas, de nuestras relaciones personales, de la infancia. Al parecer Jeffrey fue educado de forma muy estricta, con un padre autoritario y una madre pasiva. Le mandaron de joven a una academia militar. Yo creo que le faltaron los afectos.

—¿Le comentó algo de su esposa?

El hombre titubeó un instante.

—Lo cierto es que hablaba siempre muy bien de ella. Me decía que la quería mucho, que era la mujer de su vida y que no podría estar sin ella.

—Entonces ¿por qué tenía relaciones en internet con otros hombres?

—No lo sé. Imagino que por lo mismo que yo. Tenía fantasías reprimidas o para intentar bajar la presión y el estrés. Nadie puede ser padre, esposo, profesional y amigo las veinticuatro horas, todos necesitamos una válvula de escape.

—Entonces ¿usted no considera que su secreto convirtiera a Jeffrey en un mal esposo y un mal padre?

El hombre no respondió de inmediato. Miró a la fiscalía y después

contestó:

—No.

—No tengo más preguntas —dijo el abogado.

Tras la sesión Mark y sus hermanos regresaron a casa. En el trayecto en coche se hizo un largo silencio, como si todos intentaran digerir lo sucedido, después entraron en la casa y Mark decidió preparar un chocolate para animar un poco el ambiente.

Comenzó a buscar el chocolate en polvo, pero no lo encontraba por ninguna parte. Preguntó a su madre, que había preferido quedarse en casa. Llevaba desde el comienzo del juicio viviendo con ellos, aunque se limitaba a ayudarlos, sin querer participar en el caso. Todo aquello la superaba. Llevaba muchos años divorciada de Jeffrey y su contacto con sus hijos era puntual, pero Mark agradecía que estuviera junto a ellos en esos momentos.

—Imagino que está en el sótano. Allí está la despensa —dijo la mujer, que se había preparado un té y se subía a la habitación.

Mark bajó las escaleras de dos en dos y se puso a mirar en los estantes. No había ni rastro del cacao. Decidió ir hasta uno de los garajes, que nunca usaban y que sus padres utilizaban de almacén de trastos y en el que guardaban alimentos no perecederos.

Al final vio un bote y lo cogió feliz, como si tener el control sobre algo le animase un poco. Entonces se tropezó con algo. Un sonido metálico invadió la sala y el chico se agachó para observar con qué había tropezado. Era una vara larga de metal. Al principio no supo de qué se trataba, pero después comprendió que era el atizador perdido de la chimenea.

Se agachó para cogerlo, pero antes de que sus dedos rodearan el metal cubierto de telarañas y mugre, se paró en seco. Subió las escaleras a toda prisa y sintió cómo el corazón se le aceleraba. ¿Qué debía hacer? La policía había buscado ese utensilio, creían que podía tratarse del arma del crimen. Se hizo con unos guantes y una bolsa, bajó de nuevo al sótano y miró el atizador, lo metió en la bolsa con cuidado y abrió la puerta del garaje. Se dirigió directamente al coche familiar y dejó el atizador en el asiento de al lado. Condujo durante más de una hora, conocía un lago lejano en el que se podría deshacer sin problemas de aquel maldito artilugio.

La lluvia caía con fuerza cuando llegó a las inmediaciones del lago. Se puso la capucha y tomó la bolsa. Caminó bajo el aguacero hasta un

embarcadero solitario y levantó el brazo para lanzar el atizador a las profundidades del agua.

Estaba a punto de hacerlo cuando pensó en su padre. Siempre le había enseñado que la única alternativa en la vida era hacer lo correcto. Todo lo demás era inaceptable. Aquello podía llevarle a la cárcel, pero la inocencia de su padre no dependía de una prueba o un arma, dependía de la fuerza de sus convicciones. Si realmente creía que no había asesinado a su madre, no era necesario que destruyera pruebas. Tomó el teléfono y marcó el número del abogado. Esperó un rato y al final este contestó al otro lado de la línea.

—Jacob, creo que he encontrado el atizador.

Se hizo un silencio incómodo.

—¿Puedes repetirme lo que has dicho?

—Mirando en uno de los garajes he encontrado el atizador perdido de la chimenea.

—¿El mismo que buscaba la policía?

—Sí, señor.

—¿Dónde estaba?

—Tirado en el suelo y lleno de polvo —dijo el chico mientras las gotas de agua le recorrían la cara y las primeras lágrimas se mezclaban con ellas.

—¿En el suelo? ¿Cómo puede ser? La policía lo buscó por todas partes.

—No lo sé. Tropecé con él. Estaba tirado por el suelo.

—No lo toques.

—Estoy delante de un lago.

El abogado entendió lo que quería decir.

—Joder, Mark. No te muevas del sitio. Voy para allá —dijo el abogado corriendo hacia la salida de su despacho. Lo último que quería es que la policía pensara que estaban destruyendo pruebas.

Mark esperó bajo la lluvia, como si deseara que aquel aguacero le purificara. Dudaba de la inocencia de su padre; en el fondo le odiaba. Siempre había visto en él un modelo, un ejemplo, pero aquel padre perfecto se desquebrajaba poco a poco y con él todo lo que creía sólido y valioso en la vida.

## 18. NO ERES MI PADRE

Lancaster, Pensilvania, dos meses más tarde.

Jacob acompañó a Mark hasta su casa. Estaba chorreando y completamente ido, como si el hallazgo del arma y, sobre todo, su decisión de deshacerse de ella hubiera terminado por bloquearle. Ahora dudaba sobre la inocencia de su padre. Ya no estaba seguro si lo que le importaba era salvar a un inocente o librar de la cárcel a su padre, fuera culpable o no. El amor a nuestros seres queridos a veces era más poderoso que la fuerza de la razón y el deseo de justicia. Unos meses antes había perdido a su madrastra, a la que amaba más que a su verdadera madre. Ahora, si su padre era condenado, su familia se hundiría para siempre y ya nada podría volver a unirla de nuevo. Su hermana Dakota no les hablaba y había roto todo vínculo con ellos. Sus hermanas Carroll y Jane parecían sobrepasadas al conocer la misteriosa forma en la que había muerto su madre y Anthony había decidido no involucrarse, como si el simple hecho de negar la realidad la borrara de un plumazo.

Jacob miró una y otra vez el atizador con sus guantes puestos. Después se lo pasó a Peter, el especialista y ambos lo contemplaron a la luz de la lámpara de la cocina.

—¿Estáis seguros de que es el atizador de la chimenea? —preguntó a los hermanos que le rodeaban impacientes.

—Sí, lo hemos visto decenas de veces. Nos lo regaló el tío Scott, el hermano de nuestra madre —contestó Carroll.

—¿Por qué no lo encontró la policía? —preguntó Jane.

—No debieron examinar bien la casa —contestó Anthony, que por primera vez parecía involucrarse en el juicio.

—Es imposible. Han registrado tres veces la casa, la última con aquel especialista en manchas —contestó Jacob.

Todos se quedaron mirando la barra de hierro color bronce. Estaba algo abollada y vieja, se encontraba llena de telarañas, parecía que nadie la había usado en mucho tiempo.

—Tenemos que entregarla a la policía como prueba —dijo Peter Himura.

—Puede que eso nos perjudique —contestó Jacob—. Hasta ahora, que no hubiera arma nos favorecía.

Mark se arrepintió de no haber lanzado el atizador a lo más profundo del

lago.

—¿Crees que pudo utilizarse en la muerte de Annette? —preguntó Jacob a Peter.

—Es posible. No es tan dura como el hierro, por eso está algo deforme aquí, pero no hay manchas de sangre y parece que nadie la ha tocado durante meses.

—Entonces ¿cómo lo explicas?

Peter la examinó de nuevo detenidamente. Después la dejó sobre la mesa y dijo:

—Puede que alguien la envolviera en un plástico, la utilizará y después se deshiciera del plástico —comentó el especialista.

—Lo entiendo, pero por qué devolverla ahora. Dos meses más tarde y en medio del juicio —dijo el abogado confuso.

—Para perjudicar a Jeffrey, tal vez quien lo hizo tema que pueda escapar sin castigo. De alguna manera quiere asegurarse de que termine en la cárcel —comentó Peter.

—Pero el atizador no tiene huellas, restos de ADN de Jeffrey, ni siquiera manchas de sangre. Eso la invalida como arma homicida —dijo el abogado.

—Ya sabes que en los juicios a veces una duda razonable tiene más peso que una prueba determinante. Todos dudarán ahora de Jeffrey, incluso los que aún pensaban que era inocente.

Jacob llevó la prueba al juzgado, al día siguiente Dakota subiría al estrado a testificar contra su padre. El abogado tenía la sensación de que una tela de araña se cernía sobre su cliente y que sería muy difícil que lograra escapar de ella.

La mañana se levantó fría y con niebla. Jeffrey sentía cómo le dolía cada hueso y cada músculo del cuerpo. Se vistió con desgana, en presencia de los guardas y caminó torpemente hasta el furgón policial. Sabía que aquel día Dakota subiría al estrado. Su hija testificaría en su contra, hubiera preferido ahorrarse ese duro trance y declararse culpable, pero no lo era. En su mente y en su corazón había una lucha tremenda. No era un hombre perfecto, pero quería pensar que al menos era justo. Si él era condenado, el crimen quedaría impune, si alguien había asesinado realmente a su esposa, debía terminar entre rejas. Estaba casi completamente convencido de que todo se había

debido a un desgraciado accidente que ahora estaban usando sus enemigos políticos, pero aún recordaba aquella sombra que había visto merodeando aquella noche y la misteriosa llamada de su amigo advirtiéndole de que algo malo podía sucederle.

Llegó a los juzgados muy temprano. Se reunió brevemente con su abogado y Jacob le habló del hallazgo del atizador. Jeffrey le miró sorprendido.

—¿Cómo es posible? No pudo estar todo este tiempo allí.

—Lo entiendo. Puede ser bueno o malo para nosotros. Peter, el especialista, me ha comentado que hay muchas posibilidades de que sea el arma del crimen, si es que fue un crimen. La buena noticia es que tú estabas en la cárcel cuando lo hemos encontrado. ¿Quién lo guardó y quién lo ha devuelto para inculparte?

—Yo no sospecho de nadie. Si estaba lleno de telarañas, posiblemente ha estado todo el tiempo en el suelo. Ya sabes que la policía de la ciudad no es de las mejores del país. Son corruptos, ineptos y al servicio del alcalde. A lo mejor son ellos los que lo dejaron en el último registro.

—Es posible, pero no podemos argumentar eso. Al menos sin tener pruebas de ello.

—Bueno, me temo que eso me acerca un poco más al abismo.

—No tiene porqué.

—No me engañes. Ya soy demasiado viejo, no sé si demasiado sabio, para saber cuándo la mierda me llega al cuello. ¿Sabes? Al final todos nosotros no somos más que historias. Cuando desaparezcamos y nuestro cuerpo descansa en alguna tumba fría y distante, permaneceremos vivos en las historias que cuenten de nosotros nuestros seres queridos. Por eso me hice escritor: de alguna forma, cada vez que narramos algo, eso permanece vivo para siempre. Puede que me condenen, que muera en la cárcel, pero alguien hablará de mí a mis nietos y seguiré vivo con ellos en cierta manera.

—Muy poético, pero eso no va a pasar. Te voy a sacar de aquí.

Los dos hombres se separaron con un abrazo y los alguaciles llevaron a Jeffrey a la sala. El hombre caminó entre la gente como aturdido. Todo aquello le parecía un mal sueño del que despertaría en cualquier momento. ¿Dónde estaba su vida? ¿Qué habían hecho con ella? Todos esos años de felicidad y amor. El hombre notó cómo le caían las lágrimas por sus

enflaquecidas mejillas y se las secó con las manos esposadas. Después observó a Scott, su cuñado, este le hincó la mirada con tanto odio que de alguna forma supo que ya estaba condenado, al menos en la mente y el corazón de muchas personas.

La ayudante del fiscal llamó a Dakota al estrado. La chica subió despacio, como si aún albergara dudas sobre lo que iba a declarar. Tras el juramento la joven se sentó con la cabeza gacha y no la levantó hasta que la ayudante del fiscal la comenzó a interrogar.

—¿Es usted hijastra de Jeffrey Green?

Nunca se había visto como una hijastra, por eso tardó unos segundos en responder.

—Sí. Imagino.

—¿Cree que conoce bien al acusado?

—Sí, llevo viviendo con él y su familia muchos años.

—¿Cómo lo calificaría?

—Es un buen padre, siempre me ha ayudado. Durante todos estos años ha sido el padre que nunca he tenido.

La ayudante del fiscal hizo una tosecita y después cambió la estrategia. Tenía que ser más dura y directa para poder aprovechar el testimonio de la hija de la víctima.

—¿Cómo era la relación entre su madre y el acusado?

—Era buena, imagino que como la de todas las parejas. A veces discutían por cosas pequeñas. Por ejemplo, mi madre no quería que se metiera en política.

—Comprendo. ¿Llegaba a ponerse violento?

La chica titubeó antes de responder.

—Normalmente no.

—¿Normalmente? ¿Qué quiere decir?

—Jeffrey es un hombre tranquilo y comedido. Muy pocas veces le sacan de sus casillas, pero cuando está realmente enfadado grita y tira cosas. Los dos lo hacían alguna vez.

—¿Sus padres? —preguntó la mujer.

—Sí, pero no era habitual.

—Vivió alguna escena de esas en las fechas previas a la muerte de su madre. ¿Verdad?

—Bueno, mi hermanastra Jane estaba pasando una mala racha y Jeffrey creía que mi madre era demasiado dura con ella. Por eso discutieron acaloradamente un par de veces.

—¿Su padrastro llegó a agredirla verbal o físicamente?

—Verbalmente sí lo hizo, además la agarró por un brazo y la zarandéo, después le pidió disculpas. Todo el asunto de la campaña política le tenía muy estresado.

—Entonces, ¿la agredió?

—No sé si es agresión, la agarró de los brazos con fuerza —dijo la chica al borde de las lágrimas.

—¿Cree que Jeffrey es capaz de dañar a una persona en un momento de ira y que esto pueda conllevar una muerte violenta?

—¡Protesto! Eso es una suposición personal, no una prueba o testimonio del testigo.

—Se acepta. Señora Lea Salvin, no ponga palabras en la boca de su testigo. Por favor, continúe.

—Para terminar. ¿Ese hombre al que amaba y respetaba es a su parecer inocente?

La chica comenzó a llorar, notaba la garganta completamente seca. Levantó la mirada y vio los ojos pequeños de Jeffrey. Su expresión era de amor sin condiciones. Dakota se secó con la mano la cara y dijo:

—No, no es inocente.

## 19. AMOR

Lancaster, Pensilvania, dos meses más tarde.

Philip Mason se había tomado su tiempo haciendo pruebas para obtener manchas de sangre parecidas a las del lugar del crimen y había comprobado si el atizador era el arma utilizada por el asesino. Le presentó sus hallazgos a Helena Good y después mandó el informe al fiscal. Sabía que aquel caso podría aumentar su popularidad y, sin duda, lo incluiría en su próximo libro. Su agente esperaba impaciente el manuscrito. En los últimos dos años habían vendido casi medio millón de ejemplares y cada caso le acercaba aún más al sitio que le correspondía: la gloria.

Aquella mañana subió al estrado como solía hacer; parecía más una estrella de rock que un especialista en manchas de sangre. Su fama se había extendido por todo el país y gracias a él se habían resuelto decenas de crímenes demasiado complejos para los laboratorios de las pequeñas ciudades de provincias. Aunque en la actualidad también le llamaban de lugares como Nueva York, Los Ángeles o Chicago.

—Señor Philip Mason ¿usted es un especialista en manchas de sangre?

—Sí, señora. Aunque el nombre real es Inspector Ocular Técnico Policial.

—Entiendo. ¿Ha podido analizar las manchas en la escalera de la casa del acusado?

—Desafortunadamente cuando me llamaron ya se habían limpiado muchas de las manchas, pero logré examinar los restos de gotas las de las paredes y algunas que aún permanecían incrustadas en la madera. También en las manchas de la ropa de la víctima y del acusado.

—Tras analizar todo ese material. ¿A qué conclusiones ha llegado?

—No ha sido fácil, sobre todo al no hallarse el arma del crimen, aunque su descubrimiento hace unos días ha arrojado más luz sobre el caso. El acusado declaró que su esposa, tras regresar a su habitación desde la cocina, se cayó por las escaleras. Al comprobar la autopsia, las heridas de la señora Green en la cabeza y los moratones en otras partes del cuerpo concluyo que las heridas y cortes no han sido producidos por una caída.

El hombre pidió que pasaran algunas diapositivas en la pantalla.

—Estos cortes, más de seis, no pudieron producirse por una caída, miren este en concreto, se ve claramente que es un golpe producido por un objeto

contundente.

—Entonces, para que le comprendamos bien: ¿los cortes y golpes de la cabeza no se produjeron de forma accidental?

—No. Fueron realizados por un instrumento largo y no muy pesado.

—¿Podría ser un atizador de chimenea como este? —preguntó la fiscal mostrando el objeto.

—Sí, señora.

—Muy bien. ¿Qué le dijeron las manchas de sangre en la ropa y escalera?

—La forma y dirección de las manchas siempre nos aporta mucha información: en primer lugar, desde dónde se produjo la herida, el ángulo del cuerpo o, en el caso del asesino, si este efectivamente golpeó a la víctima o simplemente la ayudó, como dice el acusado.

—Tras examinar las pruebas ¿qué concluye?

En la pantalla apareció un vídeo en el que el especialista daba golpes y mostraba cómo las manchas se extendían en un espacio parecido a la escalera. Después hizo lo mismo con una ropa similar a la del acusado.

—Como observarán, en la primera prueba, simplemente sujetó la cabeza ensangrentada; en la segunda golpeó. Las manchas en ambas son muy distintas. En la primera vemos cómo salpicaría un golpe en la cabeza tras una caída; en la segunda es la producida por una barra rígida, como el atizador encontrado.

La cámara enfocó en primer plano las manchas.

—Como ven las manchas son casi iguales en las dos tomas posteriores, cuando se produce en forma de agresión.

—Entonces, ¿según su opinión experta?

—La señora Annette Green murió tras recibir varios impactos en la cabeza, no como consecuencia de una caída.

—¿Está completamente seguro?

—Esto es una ciencia, señorita. Las pruebas son concluyentes a este respecto, el señor Jeffrey Green mató a su esposa.

Un murmullo recorrió la sala, los hijos de Jeffrey comenzaron a agitarse en sus sillas.

—No tengo más preguntas.

Jacob se levantó nervioso de la silla, no parecía tan seguro como en otras ocasiones. Se dirigió al estrado y tomó la prueba.

—Al parecer usted es uno de los mejores especialistas en su campo.

—Eso dicen —comentó Philip con una amplia sonrisa.

—Usted se considera un científico, ¿verdad?

—Así es. No entiendo por qué lo pregunta.

—El método científico se basa en la experimentación. Se crea una hipótesis que tiene que ser corroborada por pruebas y experimentos.

—Exacto, pero creo que estamos aburriendo al jurado —dijo mirando a las doce personas.

—¿Cuántas pruebas realizó antes de llegar a ese resultado que nos muestra?

—Bueno, eso no es importante.

—Eso quiere decir que llegó al resultado a la primera.

—No he dicho eso.

—Veamos la grabación completa.

Jacob había conseguido que le entregaran las grabaciones completas de las pruebas del especialista. Philip y Helena realizaban las pruebas hasta veinte veces, hasta conseguir el resultado que deseaban.

—Han repetido el experimento veinte veces en cada caso. Lo han hecho hasta conseguir algo parecido a lo que buscaban. Es normal que tenga una hipótesis, pero no que tengan que repetir el experimento una y otra vez hasta obtener lo que quieren.

—Es habitual repetir los experimentos.

—Ustedes debían buscar si las gotas de sangre indicaban agresión o un mero accidente, pero repitieron la prueba hasta que demostraron que era una agresión. Sus experimentos estaban condicionados con una idea preconcebida.

—Eso no es cierto. De hecho, al encontrar la prueba, el atizador, se comprobó que realmente era el objeto con el que se golpeó a la mujer.

—Pero no hay restos de manchas ni de ADN de la víctima ni de mi cliente.

—Eso es cierto, pero sí hay señales de que fue el arma homicida —dijo furioso el especialista. No entendía cómo ese abogaducho se atrevía a

contradecirle.

—Aunque fuera cierto lo que dice. ¿Cómo prueba eso que fue mi cliente el que asestó esos golpes a la víctima?

—Lo prueban los pantalones. Las manchas de los pantalones —dijo el especialista señalando la pantalla.

—No tengo más preguntas —dijo el abogado alejándose del estrado.

Jeffrey sonrió por primera vez. No sabía mucho de juicios, pero era evidente que el testimonio de aquel tipo no valía nada. Los alguaciles le sacaron de la sala y mientras caminaba torpemente por el pasillo vio a Dakota junto a sus tíos. Sus miradas se cruzaron unos segundos. Jeffrey le sonrió. Ella no supo cómo reaccionar. Los ojos de su padrastro reflejaban un amor incondicional. Si alguien aún la amaba en aquel mundo era él y sus hermanastros, pero no podía perdonarle. Cada vez estaba más convencida de que había matado a su madre. Seguramente no había sido a propósito. La ira le había llevado a cometer aquel error imperdonable, pero cuando dos sentimientos se encontraban en pugna, siempre triunfaba el más potente y en ese momento había decidido odiar a Jeffrey.

## 20. ESCALERAS

Lancaster, Pensilvania, dos meses más tarde.

El juicio parecía interminable, el ánimo de la familia comenzaba a resquebrajarse y Jeffrey se deterioraba físicamente, cada día parecía más viejo y deprimido. Tras el paso de testigos y especialistas de la fiscalía, la prensa y la opinión pública ya daban por hecho la sentencia condenatoria del jurado. Jacob intentaba convencerse cada día de que lograría revertir el juicio, aunque sabía que no sería fácil. Pensaba que, si al menos lograra apelar y conseguir la revisión del juicio, las posibilidades de que Jeffrey saliera en un par de años eran muy altas. Lo que más temía era que su cuerpo y, sobre todo, su mente no fueran capaces de soportarlo. La cárcel era mucho más dura para un hombre inocente que para uno culpable. A la privación de libertad y los peligros normales de cualquier institución penitenciaria se sumaban el sinsentido de estar preso por algo que no habías hecho.

Jacob llamó aquel día a declarar a Peter Himura, su especialista. La fiscalía se había empeñado en unir la muerte de Annette con la ocurrida años antes en España, además de relacionar las manchas de sangre en los pantalones de Jeffrey con el arma homicida. El abogado intentaba demostrar que en ambos casos la mala suerte había sido el único factor coincidente. Peter le había recomendado que defendiera la inocencia de su cliente, pero negar la posibilidad del homicidio podría ser contraproducente.

—Señor Himura, usted es una de las mayores eminencias tanto en manchas de sangre, como en el análisis de escenarios de crímenes y heridas producidas por armas contundentes y cortantes.

—Es cierto —dijo el especialista.

—En el caso que nos ocupa y, tras analizar ambos escenarios, tanto las escaleras de la casa en la base aérea en España y la del señor Jeffrey Green. ¿Qué similitudes encuentra entre ambas?

—Bueno, en ambos casos dos mujeres murieron tras caer desde la parte alta de una escalera. Las dos murieron desangradas y en principio todo parece indicar que de forma accidental. Se ha querido demostrar que en los dos casos las mujeres mantenían una relación con el acusado. La primera era de amistad, la segunda de carácter marital, aunque se ha especulado que la primera víctima era amante del señor Green. Eso no podremos saberlo nunca.

—Además de estas, ¿qué otras coincidencias han encontrado?

—Los golpes de la primera son más leves y en menor cantidad. Al parecer, por la autopsia realizada y a la que he podido acceder, la mujer tenía un tumor cerebral, aunque ella no lo sabía. Pudo desvanecerse y caer por las escaleras. De hecho, tenía fuertes dolores de cabeza y había sufrido otro desvanecimiento con anterioridad.

—¿Qué se concluyó en la autopsia?

—Muy sencillo, la muerte no se debió tanto al golpe al caer, como al tumor, que estaba destruyendo rápidamente su vida. Al estar en la zona del cerebelo, de alguna manera produjo un fallo en el sistema respiratorio que le llevó primero al desmayo y más tarde a la muerte.

—Entonces. Las causas de su muerte fueron naturales.

—Exacto. En el segundo caso, el que juzga este tribunal y tras varias pruebas, no es posible demostrar que se trate de una agresión. La muerte se produjo por las heridas y, sobre todo, por la pérdida de sangre. Las heridas de la cabeza coinciden con un fuerte golpe en una de las esquinas de la escalera y más tarde en el borde del marco de la puerta, aunque hay al menos tres por determinar.

—Creo que lo ha explicado de forma muy clara. Ahora pido a la sala que ponga el vídeo de una declarante que no ha podido venir hasta Estados Unidos.

En la pantalla apareció la amiga de Jeffrey explicando que aquel día había pasado la noche con ella, por lo que era imposible que se tratara del agresor o asesino de Johanna, si es que esta había muerto de forma violenta.

—No tengo nada más que añadir.

La ayudante del fiscal se levantó y caminó pensativa hasta el estrado.

—El último testimonio que hemos visto es muy contundente. Lo reconozco, aunque pediré a este tribunal que lo ratifique. Después de escuchar su declaración concluyo que en el primer caso, las probabilidades de un crimen son casi nulas.

—Sí, señora. La mujer falleció por causas naturales.

—¿Cree que sucedió lo mismo en este caso? ¿La señora Annette Green falleció debido a un desgraciado accidente?

—No estoy cien por cien seguro.

—¿Por qué en este caso no lo está? ¿Ha analizado la barra, el atizador?

—Bueno, hay varias lesiones a las que no encuentro explicación. El atizador coincide en parte con dos de ellas, pero no con una tercera.

Jacob se movió inquieto en su asiento.

—Si no le he entendido mal. Esto demostraría que alguien agredió a la señora Green.

—Sí, pero no estoy seguro de que esas heridas sean las causantes de la muerte —dijo el especialista intentando puntualizar.

—La señora Green fue agredida, con un instrumento, pero dice que no cree que eso le causara la muerte. ¿No le parece una contradicción?

En ese momento Jane se puso en pie y todos la miraron. Jeffrey le hizo un gesto para que se sentara.

—¿Qué sucede? —preguntó el juez quitándose las gafas de lectura.

—¡Siéntate! —gritó Jeffrey a su hija, pero esta no reaccionó, se puso a llorar e intentó decir algo.

—Yo...

Jeffrey se puso en pie como si un resorte le hubiera levantado de la silla y grito a viva voz:

—Yo maté a Annette. No fue algo premeditado, me sorprendió hablando con un hombre y nos peleamos, la seguí hasta la cocina, me dijo que me iba dejar y que le diría a nuestros hijos cómo era realmente. La agarré por detrás y la golpeé. Ella comenzó a sangrar y llamé a emergencias.

Jeffrey comenzó a llorar, no podía dejar que su hija declarara, podían acusarla de asesinato y estaba dispuesto a ponerse en su lugar. Si alguien inocente tenía que ir a la cárcel, prefería ser él.

Jacob le pidió que se sentase y dejara de hablar, la gente comenzó a alborotarse y Mark tiró de Jane para que se callara. El juez miró al acusado y le preguntó:

—Entonces, ¿se declara culpable de homicidio involuntario?

—Sí, señoría.

—El jurado tendrá que deliberar una condena justa. Hasta que este tome una decisión, se aplaza el juicio.

La prensa corrió hacia la salida. Jacob se quedó sentado con las manos en la frente y la cabeza agachada. La ayudante del fiscal sonrió y miró a la

familia de Annette que le daba las gracias desde la distancia. Jeffrey se sentó, casi se derrumbó en la silla. Ya estaba hecho, se dijo mientras cerraba los ojos e intentaba recordar el rostro de su mujer, su cara comenzaba a difuminarse en su mente, pero mientras él siguiera contando su historia, ella estaría viva y al menos algo aún tendría sentido.

# PARTE 3

## 21. SOSPECHOSO

Lancaster, Pensilvania.

El inspector Robert Adams fue uno de los primeros en abandonar la sala. No le convencía para nada la declaración del acusado. Tenía la sensación de que su condena le convenía a todo el mundo. La fiscalía estaba contenta de haber ganado, como le sucedía al alcalde, a la prensa y hasta a la opinión pública, pero estaba claro que este repentino cambio se debía a otra cosa.

Se fue directamente a casa. La ventaja de vivir solo era que no tenía que dar cuentas a nadie y que podía dedicarse a lo que más le gustaba, investigar. Revisó sus archivos, miró las pruebas y después las notas que había tomado durante el juicio. Se dio cuenta de que Jane, la pequeña de los Green, no estuvo en casa aquel día, tampoco al día siguiente. Jeffrey había decidido inculparse justo cuando ella se levantó para hablar. Tenía que interrogarla. Al comienzo de la investigación su ayudante había hablado con todos los hijos, pero no le había preguntado a Jane qué había hecho durante esas horas. Ella sería la primera visita que haría al día siguiente. Después estaba Mark y la misteriosa aparición del arma. No podía ser casualidad que nadie la encontrase en tres registros y él se tropezara con ella al ir a por algo de cacao al almacén que tenían en el sótano.

Robert estaba casi convencido de que aunque Jeffrey no era el asesino, sabía quién podía ser y lo estaba encubriendo. El inspector llamó a la forense, necesitaba verla cuanto antes.

Susan le citó en un local muy cerca de su oficina. Acababa de salir y aún notaba el olor a muerto en su piel. Muchos pensaban que los cadáveres no desprendían un olor especial, además del de la propia putrefacción, pero ella podía olfatearlo a metros de distancia. Todos los días se duchaba un par de veces y se cambiaba toda la ropa tras llegar a casa, pero el olor no se iba con facilidad.

Robert entró en el local y le sonrió mientras se acercaba a su mesa. No sabía qué quería, pero de alguna forma se lo imaginaba. El caso de los Green le tenía obsesionado, como si no hubiera nada más importante en el mundo.

—Hola, muchas gracias por venir —dijo mientras se sentaba y dejaba a un lado su sombrero. Aquella noche hacía un frío de mil demonios.

—Bueno, siempre acepto una invitación tuya. No tengo mucha vida social si exceptuamos a los muertos.

—Siempre estás igual. Será porque no quieres. Guapa, joven y con un trabajo estable...

—Eres un zalamero. ¿Qué mosca te ha picado?

Robert sacó unos papeles doblados del bolsillo y los puso encima de la mesa.

—Este es el informe de Philip Mason, al parecer tenía más importancia que el tuyo.

—No me toques ese tema. El fiscal me pidió que fuera tajante, pero yo me limito a las pruebas, seguramente soy estúpida y pasaré el resto de mi vida en una morgue de mierda en una ciudad de mierda como esta, pero prefiero eso a no poder dormir por las noches.

Pidieron dos copas y a los pocos minutos se sintieron más relajados.

—¿Piensas que Jeffrey Green mató con un atizador a su esposa después de sufrir un ataque de ira?

—Es improbable. La fractura del cráneo no es muy grande. Si ese hombre le hubiera golpeado con ira a su mujer con un metal duro, le hubiera aplastado el cráneo. Si alguien lo hizo, de lo que no estoy segura, fue una persona más débil, con menos fuerza.

—¿Una mujer? —preguntó impaciente el policía.

—Posiblemente.

—Mierda, lo suponía.

—¿El qué suponías? —le preguntó intrigada.

—La familia está intentando proteger a la pequeña, a Jane. Al parecer ella y su madrastra se llevaban mal. He averiguado que Jane fue detenida en su universidad por posesión y tráfico de drogas. Posiblemente le pidió dinero a su madrastra, esta se negó y la agredió. Después estuvo desaparecida toda la noche. Todo apunta hacia ella.

—También tiene importancia la altura. ¿Cómo es Jane?

—Es pequeña —dijo el policía.

—La persona que golpeó a Annette no podía ser muy alta. El ángulo y las mellas en el atizador así lo demuestran.

—¿Por qué diablos no te llamaron a declarar? No lo entiendo —dijo Robert.

—Es muy sencillo, ellos esperaban que inculpara a Jeffrey, pero si alguien lo hizo, de lo que tengo mis serias dudas, fue una mujer.

—Mierda. El jurado no tardará en dar su veredicto —dijo Robert volviendo a ponerse nervioso.

—Pero ¿no se ha declarado culpable?

—Sí, pero el jurado tiene que dar su veredicto, aunque imagino que mañana mismo lo tendrán. Él se ha confesado culpable de homicidio involuntario, pero ellos pueden acusarle de asesinato en primer grado. La condena en ambos casos es muy diferente.

Robert acompañó a Susan hasta su apartamento, se paró en la puerta y la miró a los ojos.

—¿Quieres entrar?

Él titubeó, pero no porque tuviera ninguna duda, sobre todo se sentía sucio. La corrupción lo inundaba todo, sabía que tenía que descubrir la verdad. No era fácil poner en peligro lo que más amaba, su profesión.

—Lo entiendo —dijo Susan.

—No es eso. Simplemente dudo de que esta noche sea una buena compañía.

—No quiero que hagamos nada, simplemente estar juntos, tumbados en la cama y podamos imaginar que nos amamos, que no estamos solos en el mundo.

—Si eligiera a una mujer para pasar el resto de mi vida, te aseguro que serías la primera candidata.

—Gracias —dijo la mujer con una sonrisa—. Lo tomaré como un cumplido.

Ella abrió la puerta y cuando se giró para despedirse, él se abalanzó sobre ella y comenzó a besarla. Entraron por el pasillo a trompicones, se bajaron los pantalones e hicieron el amor en el pasillo, con una mezcla de rabia y de urgencia, como si el mundo se fuera a terminar en un instante o temieran despertar de un sueño efímero y cruel. Después se fueron a la cama y permanecieron juntos toda la noche. Justo antes de dormirse Susan le preguntó:

—¿Crees que lograrás descubrir la verdad?

—No lo sé. ¿Quién puede saber lo que hay dentro del corazón de otro ser

humano?

—Pensaba que reunías pruebas para encontrar a un culpable.

—No, eso es lo que cree todo el mundo. Los investigadores buscamos algo más fútil, se llama maldad, anida en el corazón de todos los seres humanos, a los que logra desbordar se convierten en criminales, pero en el fondo de nuestra alma todos somos asesinos potenciales —dijo con la seguridad del que ha explorado cientos de vidas y ha llegado al lodo cenagoso que se encuentra en lo más profundo de cada ser humano.

## 22. RECUERDO

Lancaster, Pensilvania.

Mark intentó controlar el desastre, pero no pudo, su familia se había destruido para siempre. Al menos era lo que pensaba y lo que sentía en ese momento. Intentaba rescatar lo que pudiera de aquel naufragio, pero Jane había desaparecido de nuevo, Carroll estaba haciendo las maletas para regresar a la universidad y Anthony no tardaría en imitarla.

El joven se acercó a las escaleras y se sentó en uno de los primeros peldaños. Justo allí había comenzado todo. Si al menos supiera lo que había sucedido realmente. Su madre llamó a la puerta que separaba la escalera del pasillo y después la abrió lentamente.

—¿Te encuentras bien?

El chico levantó la cabeza, sentía que la tierra que había debajo de sus pies le tragaba despacio, como si caminara sobre arenas movedizas.

—No, ¿cómo voy a estar bien? Nuestra familia está destrozada, cada uno escapa donde puede. Hoy o mañana condenarán a papá a cadena perpetua, Jane ha desaparecido.

—A veces es mejor que todo cambie. Te aseguro que la vida encontrará la manera de seguir adelante. Siempre hay una salida —dijo la madre sentándose a su lado. Eran casi dos desconocidos, pero los vínculos de sangre en ocasiones son más profundos de lo que parece.

—No lo creo. Ya nada volverá a ser igual.

—¿Crees que fue fácil para mí perderos? No lo fue, casi no lo supero, pero ahora pienso que era necesario que todo esto pasara. En ocasiones imaginamos que el fruto está podrido, que algo lo ha malogrado, pero muchas enfermedades proceden de la raíz y la única forma de que todo se cure es cortando el árbol y plantando otro nuevo.

Mark la miró con los ojos velados por las lágrimas y apoyó la cabeza en su hombro.

—Lo siento mucho, cariño. Lo siento por todos vosotros, pero lo superaréis.

Justo en ese momento escuchó el timbre del teléfono, miró la pantalla y vio reflejado el nombre de su hermana pequeña. Se levantó y caminó hacia la cocina.

—¿Dónde estás?

—Todo esto es culpa mía. No merezco vivir, he arruinado la vida de un buen hombre, de mi padre.

—No digas tonterías. Dime dónde estás e iré a por ti.

—Quiero que envíes al juzgado mi declaración, la he firmado y escaneado, te la he mandado por correo. Puede que sea demasiado tarde, pero no quiero que él se pase los años que le quedan encerrado por algo que no ha hecho.

El chico miró por unos segundos la pantalla, tenía un mensaje nuevo de su hermana. Después se puso de nuevo el teléfono en el oído.

—No hagas ninguna locura. ¿Dónde estás? Está lloviendo a cántaros, escucho agua. ¿Dónde estás?

—Siempre os he querido a todos. A Annette también la amaba, puede que no nos entendiéramos, pero la amaba, te lo aseguro. Diles a todos que los echaré de menos, que nunca los olvidaré.

—Jane, por favor, no cuelgues.

—Te quiero, Mark. Un beso —dijo antes de cortar la llamada.

Su madre le observaba desde la puerta.

—¿Era Jane? ¿Está bien?

—No, tengo que encontrarla.

Mark salió por la puerta de la cocina y corrió por el lateral de la casa hasta llegar al coche. Lo puso en marcha y salió a toda velocidad, aunque realmente no sabía a dónde se dirigía. En cuanto llegó a las afueras de la urbanización se paró en un stop e intentó aclarar sus ideas. ¿Dónde podía estar? Lo que había escuchado era el mar.

—¡Joder! ¿Dónde estás Jane? —dijo en voz alta, como si sus pensamientos necesitaran salir por un momento de su cabeza.

Entonces lo supo. La ciudad de Lewis, tenía que estar allí. Cuando eran pequeños y antes de comprarse la casa de la playa, algunos veranos pasaban una temporada en una casita muy cerca del gran espigón, justo donde el océano parecía ansioso por penetrar en la hermosa tierra de Delaware. Pisó el acelerador y no frenó hasta encontrarse a las afueras de la ciudad. Se dirigió hacia la playa y aparcó lo más cerca que pudo de la lengua de tierra que hacía de rompeolas. Después corrió entre las dunas. La lluvia caía con fuerza y la playa estaba completamente desierta. No la veía por ninguna parte, hasta que

justo al fondo, a la orilla del océano, una figura se movía hacia el agua. Corrió con todas sus fuerzas, mientras la figura comenzaba a desaparecer entre las olas espumosas. Cuando llegó a la orilla apenas se veía un poco de pelo sobre el azul oscuro del océano. Se lanzó al agua y comenzó a nadar. Sus brazadas eran largas, pero las olas le empujaban a la orilla, al final logró vencer la inercia y adentrarse mar adentro. Al llegar a la altura de la sombra de su hermana, ya no vio nada. El agua estaba gélida y le dolían las articulaciones. Si las olas no terminaban con él lo haría la hipotermia. No tenía mucho tiempo. Se sumergió e intentó ver algo debajo del agua, aunque la poca luz del exterior no le ayudaba demasiado. De reojo creyó percibir algo que se sumergía poco a poco. Buceó hasta la sombra y cuando estuvo casi encima, distinguió el cuerpo inerte de Jane. La agarró por la cintura y comenzó a ascender. Le faltaba el aire, pero justo cuando sus fuerzas flaqueaban, el aire frío y puro de la costa le devolvió a la vida. Luchó por sacarla hasta la orilla, después la arrastró hasta la arena húmeda llena de algas, la colocó de lado para que expulsara el agua de los pulmones y después la reanimó.

Jane tardó en reaccionar, pero al final comenzó a toser y retorcerse sobre aquella arena blanca como la harina, su cuerpo mojado se rebozó hasta que de una manera confusa y aterrorizada abrió los ojos.

—¡Jane! ¡Joder, Jane! —gritó su hermano como un grito de júbilo y desesperación.

—¿Por qué no me has dejado morir?

—¿Estás loca? Nunca te dejaría morir. Nada es tan terrible, para que la muerte sea la única salida. Siempre hay esperanza —dijo con los ojos llenos de lágrimas. Después la abrazó, sintió su cuerpo frío y húmedo, pero vivo.

—Yo la maté, Mark. Fui yo, lo siento.

—No estás bien, vámonos de aquí, te compraré ropa seca y tomarás algo caliente.

—¿No me has oído? ¡Yo la maté! ¡Esa noche regresé a casa a por dinero, me vio y la golpeé!

—No piensas con claridad. Hablaremos más tarde —dijo Mark, intentando borrar aquellas palabras de su mente. Jane era una cría, hacía unos pocos años los dos jugaban en la piscina. Era una niña, la pequeña de la casa, no podía hacer daño a nadie y menos a Annette, la que había sido la única madre que

había conocido.

## 23. AMBICIÓN

Lancaster, Pensilvania.

El fiscal abrió la puerta de su despacho y le dijo que pasara. Robert entró despacio, como si el suelo estuviera escurridizo y no quisiera dar un traspies.

—Siéntese, por favor.

El inspector tomó asiento y cruzó las piernas, para demostrar una tranquilidad que en el fondo no poseía. Era demasiado viejo, no tenía ganas ni fuerzas para comenzar una nueva vida, además, esa era la que quería tener.

—Le he hecho llamar porque estoy preocupado. Ayer estuvo con Susan, lo sé de muy buena tinta. Hablaron del caso del señor Jeffrey Green, ella le dio algunos datos nuevos y su opinión. Quiero que comprendan que ese caso está cerrado, el acusado se ha declarado culpable y en unas horas el jurado dará su veredicto. Entiendo su celo por la verdad, pero a veces es mucho mejor la armonía que la verdad. El señor Green, desde que llegó a la ciudad, ha sido un elemento perturbador, ahora ya no nos molestará más.

—Pero un inocente terminará en la cárcel. ¿Acaso eso no le importa? —le preguntó Robert intentando que el fiscal mostrara al menos algo de clemencia.

—¿Un inocente? No sea infantil. Nadie es inocente. A veces es necesario que un hombre muera y se salve todo el pueblo. No son palabras mías, son las que los fariseos dijeron para justificar la muerte de Jesús. Imagínese, alguien verdaderamente inocente, condenado a muerte de una forma injusta, pero el señor Green no es Jesucristo.

—No me importa que sea Jesucristo, le defendería si fuera el mismo diablo. El señor Green no mató a su mujer —le dijo alzando el tono de voz.

—Él dice lo contrario. ¿Acaso usted estaba allí y sabe lo que sucedió?

El inspector era consciente de que el fiscal tenía razón, pero el hecho de que le prohibiera investigar ya demostraba hasta qué punto era consciente de la inocencia de aquel hombre.

—¿Tanto le odia?

El fiscal se recostó en la silla, juntó las manos detrás de la nuca y comenzó a hablar despacio, como si no quisiera que se perdiera ni una de sus palabras.

—Odiar es un sentimiento demasiado puro. No odio al señor Green, creo

que es un oportunista, un sofista ansioso de poder y reconocimiento. Un tipo que se cree por encima del bien y del mal. ¿Sabe cuáles son los hombres más peligrosos? Muchos pensarían que los asesinos, los malvados, los genocidas, pero los más peligrosos son aquellos que se creen con una superioridad moral que les permite hacer casi cualquier cosa. Debemos protegernos de gente como él, puede que parezcan idealistas, pero lo único que aman en realidad es el sonido de su voz rebotando en la cara enfervorecida de la multitud.

—¿Usted se cree mejor? Todo esto lo ha hecho por puro afán de poder y ambición.

—Es cierto, me mueve la ambición, algo legítimo al fin y al cabo. No soy un idealista, pero tampoco me creo mejor que los demás. Los dirigentes firmamos un contrato con los gobernados, ellos pueden saltarse un poco las leyes, pueden creerse libres, pero deben permitirnos a nosotros hacer lo mismo. Es el juego de la democracia. Todos tenemos el derecho a robar y engañar un poco.

—Aunque eso suponga condenar a un hombre inocente y que otro culpable campe a sus anchas —dijo Robert intentando rematar el soliloquio del fiscal.

Se hizo un largo silencio, después el fiscal se puso en pie, como si diera la reunión por terminada.

—Le ordeno que cierre la investigación, si me entero de que continúa con ella, perderá su empleo.

—Haga lo que quiera —dijo Robert poniéndose en pie y mirándole directamente a los ojos.

—Imaginaba una reacción de ese tipo. Creo que se parece mucho al señor Green, son como dos almas gemelas. ¿Piensa que es mejor que todos nosotros? Un padre fracasado, un marido distante al que su mujer dejó hace mucho tiempo, un policía mediocre en una ciudad de provincias, un tipo acomplexado, pero se cree mejor que todos nosotros.

—Puede que sea todo eso, incluso algunas cosas más que no ha mencionado, pero le garantizo que sacaré a la luz la verdad, aunque sea lo último que haga.

—Si continúa la investigación me encargaré de que Susan no vuelva nunca a ejercer su profesión en este estado y si puedo en todo el país. Espero que eso le haga entrar en razón, si no deja el caso la arrastrará a ella con usted.

Robert apretó los puños y estuvo a punto de lanzarse sobre el fiscal, pero

se contuvo. Le hubieran detenido de inmediato, se dio la vuelta y cerró la puerta con un fuerte portazo. Mientras bajaba las escaleras de dos en dos no podía dejar de pensar en Susan. No quería hundir su carrera, pero tampoco que un hombre inocente terminara en la cárcel. Se sintió como el sabio Salomón ante aquel niño que dos madres reclamaban como suyo, el sabio decidió partirlo en dos, entonces la madre verdadera prefirió entregárselo a la otra. A veces había que apostar todo a rojo y negro y dejar que los dados tomaran la última decisión.

## 24. TENTACIÓN

Lancaster, Pensilvania.

Mark le pasó la ropa a su hermana en la tienda, después se fueron a una cafetería cercana. Mientras entraban en calor, sus ojos contemplaban el océano que embravecido robaba la arena de la playa, para devolverla poco después con una furia inusitada.

—No tenías que haberme sacado del agua.

—¿Eso crees? Acabas de cumplir dieciocho años, tienes toda la vida por delante.

—Mi vida es una mierda y yo soy la culpable. Podría lamentarme y decir que perdí a mi madre de niña, que no conocí a mi padre, pero sería una puta embustera. He sido una niña muy feliz, papá me ha dado todo el amor que necesitaba, vosotros también me habéis amado más de lo que merecía. Annette siempre fue una madre para mí, pero quiso ponerme límites. Merezco morir —dijo mientras comenzaba a llorar de nuevo.

—Puede que tengas razón, pero en ese caso, todos merecemos morir. Nadie mató a Annette, ella sola se cayó por las escaleras.

—No se cayó por las escaleras, yo la maté —dijo mientras se aferraba a la taza caliente.

—¿Por qué dices eso? Todos nos sentimos culpables por lo que ha sucedido, pero tú no la has matado.

—Sí lo hice, discutimos, esa misma noche, antes de irme.

—Sí, pero ella murió mucho después —comentó Mark, que no llegaba a entender lo que pasaba por la cabeza de su hermana.

—No me refiero a esa pelea, después regresé a casa y me vio. Buscaba dinero para comprar droga, necesitaba meterme algo. Annette me increpó y yo la golpeé.

Mark no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Era capaz su hermana de hacer algo así? Tal vez bajo la influencia de la droga sí era capaz.

—Creo que aquella noche ibas muy pasada y tu mente ha recreado todo eso. En el fondo te sientes mal y quieres liberar a nuestro padre. Ahora él se ha declarado culpable, antes tenía una posibilidad de salir de esta, pero la has jodido, hermanita.

Jane se echó a llorar, sabía que era cierto, pero no mentía, estaba segura de que había regresado aquella noche a la casa, aunque lo que había sucedido estaba confuso en su mente.

—Pregúntale a tu madre, ella lo sabe bien.

Mark la miró con asombro. ¿Qué tenía que ver su madre con todo aquello? Esa noche estaba a miles de kilómetros de allí.

—Estás desvariando.

—No, ella me ayudó, había venido unos días antes, me encontraba mal y decidió dejarlo todo para ayudarme. Las únicas que lo sabíamos éramos Carroll y yo.

—Eso no es posible, tomó un avión esa misma noche. Papá habló con ella y estaba en Madrid.

—No es cierto, ella estaba aquí, en Lancaster. Aquella noche me ayudó después de lo que sucedió, si no hubiera sido por ella me hubiera quedado allí pasmada y esperando a la policía.

El joven se frotó el pelo, le dolía la cabeza, como si su mente estuviera a punto de estallar.

—Será mejor que nos marchemos a casa. El jurado puede dar en cualquier momento su veredicto.

Mark ayudó a su hermana a subir al coche, fueron todo el trayecto de regreso en silencio. No tenía fuerzas para hablar, seguía rumiando lo que Jane le había dicho, aunque no se fiaba mucho de la palabra de una drogadicta, todo era tan descabellado que parecía verdad.

Llegaron a la casa antes de que anocheciera, no tenía noticias del abogado, por lo que el veredicto no estaría hasta el día siguiente, buscó a su madre, pero no estaba en la casa. Después se dirigió a la habitación de su hermana Carroll. Había varias maletas a un lado, ella se encontraba tumbada en la cama escuchando música.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

La chica pareció sobresaltarse al verle entrar.

—Me has dado un susto de muerte —dijo mientras se quitaba los cascos.

—Tengo algo importante que preguntarte.

Carroll se sentó con las piernas cruzadas y esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana por la mañana, ya no aguanto más este circo. Me supera, lo siento. Sé que hago mal, pero estoy al límite de mis fuerzas.

—No te juzgo, hermanita. Yo me largaría también si pudiera, pero alguien tiene que estar al lado de papá.

—¿Crees que yo no lo quiero? Claro que le amo con toda mi alma...—dijo mientras comenzaba a llorar.

Mark la abrazó y después le levantó la barbilla.

—No estoy aquí para reprocharte nada. Simplemente necesito hacerte una pregunta.

Carroll se secó las lágrimas y le miró a los ojos.

—¿Qué quieres preguntarme?

—He estado hablando con Jane, se encuentra muy mal.

—Todos estamos mal, pero ella siempre tiene que llamar la atención, parece que es la única que sufre en el mundo —dijo con la voz entrecortada.

—Ha estado a punto de suicidarse, la he sacado del mar hace un par de horas.

Carroll le miró sorprendida. Sabía que su hermana era capaz de eso y mucho más.

—Pero te llamó antes para que la rescatases, en el fondo es una melodramática.

Mark no le contestó, sabía que en parte tenía razón, aunque en aquel caso Jane había hecho más que llamar la atención.

—Jane me ha dicho que ella es la culpable, que aquella noche regresó y discutió de nuevo con Annette. Al parecer la pilló robando dinero, se puso furiosa y la golpeó.

—No me extrañaría, la droga la está destrozando, ya no es ella, a veces no la reconozco.

—Me ha contado que mi madre la ayudó, que llevaba unos días en la ciudad y que tú lo sabías. ¿Es eso cierto?

Carroll se puso muy seria, como si no supiera qué contestar, después cruzó los brazos y dijo:

—Yo no la vi, pero eso es lo que me contó Jane. Lo cierto es que no la

tomé en serio, a veces parece medio alucinada y me cuenta cosas raras.

—Entonces, tú no la viste.

—¿A tu madre? No, la vi cuando llegó a casa al día siguiente.

—Gracias —dijo Mark poniéndose en pie. Aquella conversación le sembró más dudas que certezas. La única que podía aclarar todo aquello era su madre, pero no sabía dónde diablos se había metido.

## 25. OJOS DE ACERO

Lancaster, Pensilvania.

Jeffrey esperaba la sentencia del tribunal en cualquier momento. Jacob le había informado de que en unas horas sabría su destino. No se arrepentía de haberse declarado culpable, lo último que quería era que Jane fuera a la cárcel. Lo que más lamentaba no era pasar los años que le quedaban entre rejas, lo que realmente le atormentaba era que la muerte de Annette fuera a quedar impune.

En la celda no tenía nada más que un catre frío y duro con una manta y una sábana ajada, una almohada destrozada y un pequeño escritorio, un retrete y una estantería en la que había logrado colocar los cuatro libros que las autoridades de la cárcel le habían permitido: las obras completas de William Shakespeare, *Las uvas de la ira*, *La guerra de las Galias* y la Biblia. Al menos la lectura lograba que se relajara un poco y el tiempo pasara más deprisa. Escuchó pasos por el pasillo, después alguien se detuvo frente a su puerta y la abrió.

—Tienes visita —dijo el carcelero mientras Jeffrey se colocaba las zapatillas y salía de la celda. No sabía de quién se podía tratar pero cualquier entretenimiento era mucho mejor que pasar las horas muertas entre cuatro paredes.

—¿Quién ha venido a verme?

—No lo sé, pero te esperan en la cabina ocho —comentó el carcelero señalando la última de la fila.

La sala de visitas estaba completamente vacía, pasó todas las cabinas y llegó hasta la última. Para su sorpresa, la persona que le esperaba sentada era el fiscal general.

—Hola Jeffrey, aunque no te lo creas lamento verte en esta situación. En especial por la pérdida de tu esposa. Hemos sido enemigos políticos y no voy a negar que me alegré cuando te detuvieron, pero no soy de los que hacen leña del árbol caído. He venido a hablar contigo porque tengo algo que ofrecerte.

—¿Algo que ofrecerme? Me pasaré al menos diez o quince años en prisión, cuando salga seré un anciano, si es que logro sobrevivir al encierro.

—Ya te he dicho que no deseamos que te pudras en la cárcel, al menos

durante el resto de tu vida. Ya que has confesado tu culpabilidad, podemos solicitar al juez homicidio involuntario y trastorno transitorio, puede que por buena conducta salgas en tres o cuatro años.

Jeffrey no podía creerse lo que estaba proponiendo el fiscal. ¿A qué se debía tanta magnanimidad?

—No entiendo —contestó confundido.

—Queremos que nos entregues las pruebas que tenías contra nosotros.

Jeffrey miró a los ojos fríos del fiscal. Ahora estaba casi completamente convencido de que eran ellos los que habían entrado en su casa y, por desgracia, Annette debía haberse cruzado en su camino. Lo que siempre habían estado buscando eran las pruebas que había reunido en su contra para la campaña a la alcaldía.

—No tengo nada que ofreceros —contestó furioso.

Le hubiera gustado poder atravesar el cristal y estrangularle.

—No me lo creo, eres un maldito hijo de puta. Siempre lo has sido. Si me entregas los papeles, podrás ver a tus hijos y futuros nietos, de lo contrario me encargaré de que te pudras en la cárcel el resto de tu vida.

—¿Os creéis intocables? Lleváis más de una década actuando impunemente en la ciudad, pero eso se ha acabado. A lo mejor, antes de lo que piensas, estaréis tu amigo y tú entre rejas.

El fiscal se puso en pie y su silla se derrumbó en el suelo.

—No sabes con quién te estás metiendo. No te olvides de que tienes hijos, puede que tú ya no tengas nada que perder, pero ellos sí.

Jeffrey tragó saliva, sabía que el fiscal tenía razón, pero era más seguro sacar a la luz aquellos papeles que les impedirían seguir gobernando en la ciudad, que tener que fiarse de las palabras de personas como el alcalde y el fiscal.

El hombre se alejó de la cabina y en unos segundos el preso se encontraba completamente solo. Miró a un lado y vio a un tipo alto y fornido que se dirigió hasta él y lo estampó contra el cristal, después tomó el auricular del teléfono y comenzó a golpearle en la cabeza. Jeffrey intentó gritar, pero el hombre puso su mano áspera y negra en su boca, mientras le pateaba las costillas. Creyó que aquello era el fin. Por un lado sería un descanso para todos, aunque no quería irse de este mundo con las costillas rotas y oliendo a

los meados de aquella pestilente cárcel.

Nadie elige el momento de su nacimiento, la mayoría tampoco el de su muerte, pero mientras sentía los golpes rompiéndole los huesos, se dijo que al menos sería dueño de la poca vida que le quedaba entre aquellas paredes grises y húmedas.

## 26. SUEÑO ETERNO

Lancaster, Pensilvania.

Mark escuchó el teléfono y se despertó medio aturdido. Miró la pantalla y comprobó que era el número del abogado. Apretó el botón e intentó incorporarse en la cama. Apenas había pegado ojo. Sus hermanas se marchaban a primera hora y Anthony al día siguiente.

—Sí. ¿Qué pasa? ¿Está todo bien?

—Es tu padre, Mark. Está en el hospital.

Aquellas palabras consiguieron despejarle casi de inmediato. En seguida pensó en un ataque cardíaco o algo por el estilo. Miró por la ventana de su habitación, el cielo gris plomizo apenas había dejado que la luz de un nuevo día iluminase la mañana.

—¿Qué ha pasado? —logró articular, aunque no estaba seguro de querer conocer la respuesta.

—Bueno, al parecer, según información de la prisión, ha tenido un desgraciado accidente. Se ha caído por unas escaleras. Tiene unas costillas rotas, la cara llena de moratones y la mandíbula dislocada. Le han hecho un escáner para comprobar si tenía daños internos graves. Afortunadamente todos son lesiones superficiales.

—Dios mío. Ahora mismo voy para allá.

—Está custodiado, pero te dejarán entrar —dijo el abogado mientras colgaba el teléfono.

Mark se vistió a toda prisa e informó a sus hermanos de lo sucedido, después tomó el coche y se dirigió directamente al hospital. Preguntó por la habitación y subió las escaleras hasta la segunda planta. Un policía esperaba sentado al lado de la puerta, en cuanto se identificó le dejó pasar sin problemas.

El abogado hablaba con su padre a un lado de la cama. Por el amplio ventanal se podía ver la lluvia torrencial golpeando los cristales.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó mientras le daba un beso en la mejilla a su padre.

—He tenido días mejores —bromeó mientras se quejaba un poco al recibir el abrazo de su hijo.

—Lo siento —dijo intentando reprimir sus emociones. Su padre tenía un aspecto terrible.

—¿No es irónico? Después de todo lo sucedido, voy y me caigo por las escaleras.

—No creo que eso sea lo que ha sucedido —comentó Jacob mirando con tono grave al joven.

Mark frunció el ceño. No entendía a qué se refería el abogado.

—Alguien ha ordenado que dieran una paliza a tu padre.

Jeffrey se incorporó furioso, miró al abogado y después a su hijo.

—¡Estupideces! Ha sido una caída estúpida, soy un viejo torpe e inútil.

—Si nos ocultas la verdad no podremos ayudarte.

—Déjate de zarandajas. ¿Cuándo van a anunciar la maldita sentencia? ¿Esto puede atrasarla?

—Normalmente es necesario que el acusado esté presente pero, en un caso de fuerza mayor, yo puedo representarte.

—Estupendo, era lo que necesitaba saber. No quiero que todo esto se alargue mucho más. No deseo que recurras, sea cual sea la sentencia la acataré. He tenido una buena vida, he sido muy feliz con mi esposa y mis hijos, puede que ahora me toque probar el lado amargo de la existencia.

—A veces te pones tremendista. Lo que hiciste el otro día te honra, pero debías haberme consultado antes. Otro en mi lugar habría dejado el caso, pero sé que eres inocente. Imagino que intentabas exculpar a tu hija, pero esto no la ayuda. Aunque el jurado te condene, alguien podría acusarla por complicidad.

Jeffrey no había pensado en esa posibilidad. Su expresión cambió de repente e intentó sentarse en la cama. Mark le colocó las almohadas y el hombre logró ponerse más derecho a pesar de los fuertes dolores.

—¡Está bien! No importa lo que me pasó ayer en la cárcel, lo que quiero es que saquéis unos papeles de una caja de seguridad que tengo en el banco. Tenéis que enviar todo al *The Philadelphia Inquirer*. ¿Lo habéis entendido?

Los dos se inclinaron sobre la cama, estaban sorprendidos por las palabras del hombre.

—He reunido algunos papeles que comprometen a varios ciudadanos ilustres de Lancaster, en especial a su alcalde y al fiscal. Creo que ellos están

detrás de la muerte de Annette. Debieron enviar a alguien a nuestra casa para buscar los documentos y ella los descubrió.

Jacob frunció el ceño. ¿Por qué no le había dicho nada hasta ahora? ¿No sabía que aquellos papeles podían salvarle de la cárcel?

—Ellos mandaron que te dieran una paliza. ¡Joder, Jeffrey, tienen el control de la ciudad! Pueden hacer daño a tu familia o...

—Por eso debéis llevarlos al periódico. Si regreso a la cárcel antes de que todo esto salte a la luz, soy hombre muerto.

## 27. HIJOS

Lancaster, Pensilvania

Mark se dirigió al banco con los poderes de su padre, la llave de la caja de seguridad y el número apuntado en un pequeño papel. Mientras conducía hacia el edificio de ladrillo rojo con inmensas columnas blancas no dejaba de mirar por el retrovisor. Aparcó muy cerca de la entrada, miró a ambos lados antes de salir y después subió los escalones y entró en el edificio. Se dirigió a la oficina del director y cinco minutos más tarde, acompañado por una de las empleadas, ya estaba en la cámara de seguridad. La mujer abrió con las dos llaves la caja, la depositó sobre la mesa y le dejó a solas.

El joven dudó unos instantes. Podía guardar el contenido en su mochila y dirigirse al periódico o echar un ligero vistazo a los papeles.

No entendía por qué su padre no le había contado nada. Si tenía información contra su contrincante, él como jefe de campaña lo tenía que haber sabido. Imaginó que era una forma infantil de protegerle, pero a veces el desconocimiento es mucho más peligroso que la certeza de encontrarse en peligro.

Mark abrió la caja y ojeó durante unos minutos los papeles, fotografías y el resto de documentos que su padre había guardado para terminar con la carrera del alcalde. Lo cierto era que con apenas un vistazo, Mark descubrió presupuestos, facturas falsas, números de cuentas secretas y fotografías comprometidas. Aquel material no terminaría únicamente con la vida pública del fiscal y el alcalde, los llevaría directamente a prisión.

Guardó todos los papeles y se colocó la mochila a la espalda, salió del banco con el corazón en un puño. Se acercó a su coche y tras abrirlo colocó la mochila en el asiento del copiloto. Después arrancó y se dirigió hacia el periódico.

La lluvia continuaba empañándolo todo. No había mucha circulación, pero el tráfico se encontraba lento y pesado en el centro de la ciudad. Logró salir a una de las calles secundarias y avanzó a toda velocidad, en unos minutos llegaría al periódico y entregaría esa pesada carga.

Se paró en el stop a dos manzanas del edificio del periódico y después salió a toda velocidad, apenas había avanzado unos metros cuando sintió un fuerte impacto lateral. Una furgoneta con un parachoques metálico le embistió. Notó un fuerte dolor en el costado. El coche dio un par de vueltas y

después se empotró contra un árbol. Sintió que algo espeso y caliente le mojaba la cara, se palpó la frente y la vio completamente roja.

—¡Dios mío!

Intentó quitarse el cinturón de seguridad, pero estaba atrancado. Los cristales rotos de su ventanilla brillaban, mientras el agua de lluvia se colaba por el hueco ahora vacío. Miró afuera, intentando buscar ayuda, pero no lograba ver con claridad. Entonces escuchó cómo alguien abría la puerta del copiloto. Se giró e intentó alargar el brazo para atrapar la mochila, pero su cuerpo no tenía fuerzas.

El desconocido se llevó la mochila y cerró de nuevo la puerta, entonces comenzó a oler a gasolina, notó calor a su espalda, el coche estaba en llamas.

Intentó liberarse, pero el cinturón estaba bloqueado y el volante incrustado en sus piernas. No estaba preparado para morir, ni siquiera se había parado a pensarlo con detenimiento antes. La vida parecía una larga prolongación de días infinitos, ahora sabía que no era cierto, que todos estaban sujetos a las mismas leyes de la existencia y que tarde o temprano la muerte lograba vencer, riéndose a carcajadas de los sueños y anhelos de los que no se habían parado a pensar en lo breve que era todo. Cerró los ojos y se dejó llevar entre el agua y el fuego, mientras el dolor comenzaba a desaparecer y dejaba paso a la inmensa nada.

## 28. CONDENA

Lancaster, Pensilvania. Dos semanas más tarde.

La vista para la lectura de la sentencia se retrasó tras conocer el desgraciado accidente de Mark Green. La ciudad quedó conmocionada por la pérdida de uno de los jóvenes más destacados de la comunidad. Por primera vez desde que saltara el caso de asesinato de Annette, los periódicos parecieron dar un giro y apoyaron a la familia en momentos tan difíciles, tras la pérdida de dos miembros de forma tan trágica y la posible condena del progenitor, no querían echar más leña al fuego.

Los Green se vistieron de nuevo de negro y acudieron al sepelio acompañados por amigos y familiares. Los únicos que imaginaban lo que había sucedido en realidad eran Jeffrey y Jacob, aunque otra persona más estaba intentando atar los cabos que parecían escaparse en aquel caso. El inspector Robert Adams esperó al otro lado del campo santo, observó la ceremonia de lejos y después se acercó al abogado.

—Siento lo sucedido —dijo mientras el abogado abría su coche.

—Ha sido un desafortunado accidente.

—Me temo, que en los últimos meses los Green han sufrido demasiados accidentes —contestó el inspector.

—A veces la desgracia se ceba con una familia. Hay maldiciones familiares muy difíciles de superar.

—Lo entiendo, pero esto no es ninguna maldición. Primero muere Annette Green al caerse de unas escaleras, después se encierra a Jeffrey Green por su muerte, este sufre un accidente en prisión y ahora su hijo muere al explotar su coche después de un choque con una furgoneta que se dio a la fuga. El olor a mierda se puede percibir desde el estado de Maine.

—Yo no sé nada. Dentro de una hora el jurado dará su sentencia y mi trabajo habrá terminado. Lo siento mucho por Jeffrey, pero no puedo hacer más.

El inspector se apoyó en el coche del abogado.

—Mark fue a un banco justo antes del accidente, tomó algo de una caja de seguridad y después sufrió el golpe. No había restos de papeles ni dinero entre los objetos encontrados.

—Seguramente ardieron —dijo el abogado.

—Yo me inclino a pensar que el conductor de la furgoneta se los llevó.

—Ya sabe que las especulaciones sirven para poco ante un juez.

—Eso es cierto, pero sí el testimonio de un abogado y su cliente. ¿Van a dejar que esa gente se escape? ¿Quedarán impunes de nuevo? Han amañado el caso, mandaron dar una paliza al señor Green y han matado a su hijo, además de a su mujer.

—El señor Green tiene otros cuatro hijos y le preocupa su seguridad, será mejor que dejemos las cosas como están —dijo el abogado abriendo la puerta del coche.

—¿Está seguro?

—Sí, tengo que ir al juzgado, en unas horas se leerá la sentencia. Al menos debo animar a mi cliente.

—Lo entiendo —dijo el inspector mientras cerraba la puerta del coche. Después se fue hacia su vehículo y antes de entrar encendió un cigarrillo. Los hermanos caminaron abrazados hacia los coches. La policía se llevó esposado a Jeffrey y unos minutos más tarde el cementerio estaba completamente vacío. En unas horas la ciudad de Lancaster comenzaría a pasar página y en poco tiempo los Green se convertirían en uno de los viejos fantasmas del pasado, como si nunca hubieran existido en realidad.

La sala se encontraba medio vacía, como si el caso hubiera perdido interés tras la desgraciada muerte de Mark. Además de la familia, apenas una decena de personas se sentaban dispersas por la sala. Entró el jurado y tras él, Jeffrey apareció escoltado por dos alguaciles.

Su pelo se había vuelto completamente blanco, su expresión de dolor dejaba ver con claridad que apenas quedaba nada del hombre orgulloso y luchador que había logrado enfrentarse a la vida en mil ocasiones y salir vencedor. Los tres hijos que aún le apoyaban le miraron con tristeza cuando se sentó en la parte derecha, junto a su abogado. Al otro lado, Dakota intentó no girarse para verle, había acudido al entierro, pero no había hablado con nadie.

El juez entró en la sala y percibió aquel aire cargado de tristeza y dolor. Se sentó en su silla y se dirigió a la ayudante del fiscal, después al abogado de la defensa y por último a los miembros del jurado.

—Hoy es el día que tendrán que expresar a este tribunal su veredicto. Sé

que no ha sido fácil mantener la cabeza fría en este caso y tomar una decisión justa. Por favor, puede leer el veredicto el portavoz del jurado.

Un hombre mayor, que debía rondar los setenta años se puso en pie, tomó un papel con manos temblorosas y miró al acusado, después comenzó a leer.

—Tras una larga reflexión y valorando las pruebas presentadas por ambas partes, el jurado ha declarado al acusado como culpable de asesinato en primer grado.

Nadie reaccionó a la lectura de la sentencia, pero el portavoz antes de sentarse se dirigió al acusado y le dijo.

—Queremos expresarle también nuestro pesar por el fallecimiento de su hijo. Oramos por su familia.

El juez le pidió el papel, lo miró con sus gafas por unos segundos y después se dirigió al acusado.

—El veredicto de culpabilidad es unánime, el jurado ha visto intención y alevosía en el asesinato de Annette Green, por eso tengo que imponer la pena máxima de veinte años de cárcel al señor Jeffrey Green.

El juez golpeó con su martillo y se levantó de la butaca. El resto de la sala se quedó quieta y en silencio. Únicamente se escuchaban los sollozos de los hijos de Jeffrey y el murmullo de los pasos de los miembros del jurado abandonando la sala.

Jeffrey se giró hacia sus hijos y con los ojos empañados por las lágrimas intentó animarlos un poco.

—No importa, seguimos siendo una familia. Mark y Annette querrían que permaneciéramos unidos. Intentad recuperar la relación con Dakota, ella os quiere mucho.

—Papá —dijo Jane extendiendo los brazos. La exmujer de Jeffrey la abrazó. Mientras los alguaciles le pidieron que se pusiera en pie.

—Os quiero. No lo olvidéis.

Jacob le dio la mano antes de que los dos alguaciles se lo llevaran por una de las puertas laterales. Parecía un hombre hundido, ya no tenía fuerzas para vivir. Ya no se sentía inocente. Era culpable de haber expuesto a su hijo, era culpable de no haber aceptado el trato con el fiscal y, sobre todo, era culpable de no haber sabido proteger a su familia. Deseaba con todas sus fuerzas morir, aunque era consciente de que sus hijos no podrían soportar otra

pérdida tan seguida.

Se paró justo en el umbral de la puerta y los miró por última vez, después desapareció de su vista, dejándolos solos en el mundo.

## 29. PRESUNTO INOCENTE

Lancaster, Pensilvania. Un mes más tarde.

Les había pedido a sus hijos que no fueran a verle. Prefería desaparecer poco a poco en la soledad hasta convertirse en una sombra. Su vida en la cárcel era muy monótona, acompañada por las lentas carencias de los días exactamente iguales. El director de la prisión, que era un gran admirador de su obra, le había permitido encargarse de la biblioteca de la cárcel. Al menos los libros, su reparación, préstamo y las nuevas adquisiciones mantenían su mente ocupada. Lo peor eran las noches. Se pasaba horas dando vueltas en el catre, mientras pensaba en su mujer, su hijo y todas las desgracias que habían convertido a su familia en la más desgraciada de Pensilvania. No tenía compañero de celda, lo que le permitía llorar, revolverse o gritar cuando la desesperación le invadía de repente y ya no podía soportar más su sufrimiento. Por eso, cuando le dijeron que tenía una visita, apenas le importó. Al parecer su exesposa se marchaba de nuevo para España y antes de irse había querido hablar con él, para despedirse.

Se dirigió con paso cansado hasta la sala de visitas. Tenía los tobillos y muñecas encadenados, se movía con dificultad y su aspecto se había deteriorado aún más desde la última vez que su exesposa le había visto.

Jeffrey se sentó en el otro lado de la mesa metálica, intentó esbozar una sonrisa, pero apenas se le dibujó una mueca en el rostro.

—Gracias por venir a despedirte —dijo mientras ponía las manos sobre la mesa.

—Era lo menos que podía hacer. Los chicos están más tranquilos, tardarán mucho tiempo en asimilar todo esto, pero pronto reharán sus vidas —dijo su exmujer mientras le miraba directamente a los ojos.

—Gracias por todo. No sé qué habríamos hecho sin ti. Has sido una gran ayuda para los chicos.

—Espero que sí, ahora tendrán que continuar el resto del camino por sí mismos. Ya sabes que la vida es un asunto solitario, a veces tenemos la vaga sensación de que estamos acompañados pero, sin duda, solos llegamos a este mundo y solos partiremos —dijo la mujer sin mostrar la más mínima emoción.

Jeffrey se recostó en la silla algo cansado, conversar con su exmujer

siempre le había resultado muy difícil, tenía la sensación de que era el tipo de persona que te absorbía la energía, no tanto por lo que decía, como por su actitud sacrificada, que sonaba a constante reproche. No había hecho nada con su vida, pero tenía la virtud de hacer sentir a los demás que eran ellos los que la habían desperdiciado.

—¿Sabes que los hermanos de Annette han reclamado la herencia para Dakota?

—Sí, mi abogado me tiene al tanto. No me importa darle a Dakota lo que se merece, pero el resto de mis hijos no pueden quedarse sin nada. El dinero no sirve para mucho aquí. Una de las pocas cosas buenas que he aprendido con todo esto es que nada vale demasiado, la mayoría de las cosas que tanto nos preocupan y por las que perdemos el sueño son superficiales.

La mujer puso una sonrisa irónica.

—Esa es una lección que yo aprendí muy pronto. Cuando me dejaste en aquel psiquiátrico en España sin dinero y sin hijos, tuve que apañármelas yo sola. Logré sobrevivir y rehacer mi vida, pero nunca los recuperé a ellos.

—Sabes que siempre fueron libres de elegir con quién se quedaban —le aclaró Jeffrey.

La mujer suspiró y después se aproximó un poco más a su exmarido, como si quisiera susurrarle algo al oído.

—Siempre fuiste un manipulador, puede que eso tenga que ver con tu vocación como escritor. Sabéis manejar las palabras y usarlas a vuestro favor.

—Soy consciente del daño que te hice, te he pedido perdón mil veces —le recordó el hombre.

—Eso es cierto. Siempre estás dispuesto a reconocer tus errores. Qué virtuoso eres.

—Lo único que quiero decirte es que te agradezco mucho lo que has hecho por los chicos —comentó Jeffrey intentando no caer en las provocaciones de su exmujer.

—De nada, también son mi familia. Mejor dicho, ahora mismo son la única que tienen. No sé cuánto tiempo durarás aquí, pero imagino que no mucho. Estabas acostumbrado a una vida llena de comodidades y ahora vives en esta cloaca.

Jeffrey hizo el amago de ponerse en pie, pero le agarró sus manos.

—No te vayas todavía, esta será la última vez que nos veamos. Tengo algo importante que decirte.

El hombre se sentó de nuevo y se la quedó mirando, entre intrigado e impaciente.

—A veces no sabemos de dónde vienen nuestras desdichas. Las achacamos al destino o a la mala suerte, pero en muchos casos provienen de nuestros pecados. Siempre pensé que terminarías saliendo impune de todo lo que hiciste, pero ahora veo que no. Tal vez haya sido la mano de la providencia para poner las cosas en su sitio.

—No te entiendo —dijo Jeffrey frunciendo el ceño.

—Siempre has sido un ingenuo, en el fondo tu maldad ha sido un rasgo de tu infantilismo, de ese niño maltratado por su padre, que nunca se sintió un verdadero hombre. Por eso tenías que acostarte con cualquiera que se te pusiera a tiro, no te importaba si era mi mejor amiga o una persona cercana.

Jeffrey comenzó a sentir cómo el corazón se le aceleraba.

—De alguna forma, todo esto empezó hace mucho tiempo, en España, aquella noche, cuando Johanna apareció muerta al pie de aquellas escaleras. Llevaba meses cambiando sus pastillas para la ansiedad por otras que fueron espesando su sangre, con un hipercoagulable. Por eso aquella noche se encontraba tan mal, me llamó y fui a su casa, tú no estabas, pensé que te acostabas solo con ella, pero después descubrí que lo hacías con varias. Me abrió la puerta, subí con ella a la planta de arriba y la empujé por las escaleras. Tardó un poco en morir, pero no demasiado, al menos no tanto como la cerda de Annette.

Jeffrey abrió los ojos como si intentase fulminar con la mirada a su exmujer.

—¿Qué has dicho?

—Que matar a la cerda de Annette fue mucho más pesado.

—¿Lo hiciste tú?

—Sí, llevaba unos días en la ciudad. Jane me había llamado, tenía problemas con Annette y estuve ayudándola. Aquel día las dos discutieron y Jane le pegó, después se fue y me lo contó todo. Vine a la casa de noche, quería hablar con ella, pero esa cerda arrogante me dijo que no me metiera en sus asuntos, que era su hijastra y no la mía. ¿Te lo puedes creer? Yo ayudé a Johanna a criar a sus hijas mientras estábamos en España.

—¡Dios mío, estás loca!

—Discutimos y me dio la espalda, vi el atizador y le di un buen golpe, se quedó aturdida y le di más veces hasta que comenzó a sangrar como un cochino, me llevé el atizador para no dejar rastro. Sabía que te acusarían a ti, atarían cabos con la otra muerte en España y yo recuperaría a mi familia.

Jeffrey no podía creer las palabras de su exmujer. Había guardado todo aquel odio durante años, esperando el momento oportuno para desatar sobre él toda su ira.

—Fuiste tú todo el tiempo.

—Sí. ¿Tanto te sorprende? Después, cuando pensé que podrías librarte, devolví el atizador a la casa, para que alguien lo encontrara.

—Estás loca.

—¿Loca? Eso también te lo debo a ti. Lo que tenía cuando me abandonaste era una depresión por tus engaños y mentiras.

—¿Te crees mejor que yo? Por tu culpa han condenado a un inocente.

—¿Quién es inocente? Tú no lo eres. Eres culpable. Mataste a Johanna y a Annette, tal vez no utilizaste las manos, pero con tu egoísmo las convertiste en dos arpías, dos cerdas que merecían morir. Lo que no esperaba era que Jane se creyera responsable, pero saliste muy airoso al confesar. Mereces pudrirte aquí para siempre, por tu culpa murió Mark, no sé qué hacía en aquel coche, pero estoy segura de que intentaba defenderte.

Jeffrey notó un fuerte dolor en el pecho, aquellas revelaciones le habían dejado sin aliento. Su exmujer había trazado un plan para destruir su vida y a su familia.

—No me has hecho daño a mí, le has hecho daño a muchas personas — dijo Jeffrey poniéndose las manos en el pecho.

—Siempre quieres evadir tu responsabilidad. No eres inocente, maldita sea, eres culpable. Yo te condeno y espero que te pudras en esta cárcel el resto de tus días.

Jeffrey comenzó a sentir que se le nublaba la vista, el corazón le latía a toda velocidad. Intentó incorporarse pero se derrumbó sobre la mesa metálica. Uno de los guardianes se acercó y pidió ayuda. Mientras le sacaban de la sala, la mujer se puso en pievideo y se dirigió tranquilamente hacia la salida. Mientras pasaba todas las puertas metálicas y escuchaba cómo se

cerraban a su espalda, tuvo la grata sensación de que por una vez en la vida había vencido a Jeffrey. Él, con toda su inteligencia y dinero, no había sido capaz de comprender nada, de observar las señales. Ahora había recuperado a su familia y ya nadie podría arrebatársela.

## 30. VIDA

Lancaster, Pensilvania, un año más tarde.

Robert Adams tardó mucho tiempo en comprender lo que había sucedido. Si no hubiera sido por aquella visita a la cárcel de la exmujer del señor Green nunca hubiera podido atar todos los cabos.

Jeffrey sufrió un derrame cerebral y tardó mucho en recuperar la movilidad de su lado izquierdo y el habla. Robert intentó que le contara lo que había sucedido aquel día en la cárcel, pero él no quiso hablar sobre el tema.

El inspector investigó a la exmujer del señor Green y descubrió que había llegado a los Estados Unidos unos días antes de la muerte de Annette, gracias a Jane supo que había estado en la casa aquella noche, supuestamente para hablar con la esposa de su exmarido. Además descubrió por unas cámaras de seguridad que se había ido unas horas antes de que Jeffrey encontrara el cuerpo de su esposa.

Gracias al análisis del atizador, había descubierto un cabello que correspondía, tras analizarlo en el laboratorio a la exmujer de Jeffrey, pero necesitaba que él testificara en su contra y le dijera lo que sabía.

El inspector fue a visitarlo a la cárcel, pero el hombre se negó a hablar. Cuando ya había perdido la esperanza de poder atrapar a la mujer por el asesinato de Annette, recibió un correo electrónico, era la testigo que había confesado a favor de Jeffrey, una de las viejas amigas de los Green en España.

El correo decía:

Señor Adams,

Le escribo en relación al caso de asesinato de Annette Green. Hace unos días recibí una llamada de mi amiga, la exmujer de Jeffrey para vernos en su casa. No estaba segura de presentarme, después de mi testimonio en el juicio y de que confesara que había sido amante de Jeffrey, nuestra relación se había terminado.

Al final acudí, sin saber muy bien por qué me llamaba. En cuanto la vi comprendí que algo iba mal. Estaba muy demacrada, había perdido peso y su cara pálida delataba un estado anímico nefasto. Tras un buen rato hablando de banalidades, al final me lo confesó todo. Mientras confesaba lo que había

hecho, acerté a conectar la grabadora de mi teléfono.

Le envió adjunto lo que me dijo aquella tarde. Me fui de la casa ansiosa y asustada, pensé en dirigirme a la policía española, pero un hecho me desconcertó. La exmujer de Jeffrey se suicidó aquella misma noche.

Hace unos días me animé a escribir al abogado defensor de Jeffrey, pero me comentó que ya no seguía el caso y me dio su correo electrónico.

Mi deseo es que Jeffrey recupere la libertad y espero que a su familia.

Un saludo.

Robert escuchó la grabación y al día siguiente la llevó al juzgado, pidiendo que se reabriera el caso. Jeffrey Green fue absuelto de todos los cargos y recuperó la libertad unas semanas más tarde. El inspector se alegró al ver que se hacía justicia, pero no logró que Jeffrey le hablara sobre el accidente de su hijo Mark y la implicación de altos cargos de la administración de la ciudad de Lancaster. La verdad únicamente había podido salir a la luz en parte, pero se sentía satisfecho.

## EPÍLOGO

El agua de la piscina estaba a su temperatura ideal. Los niños jugueteaban mientras sus padres los observaban desde las tumbonas, el único que estaba dentro era Jeffrey. Su rostro había recuperado algo de brillo, pero aun la mitad de su cuerpo se movía de forma algo torpe, como si el pasado se resistiera a abandonarle por completo. Después de siete años parecía que la vida le había devuelto un poco de lo que le había quitado. Carroll se había casado y le había dado dos hermosos nietos. Jane era una mujer feliz y una gran profesional y Anthony llevaba años viviendo en Canadá, donde se había casado y tenía otros dos niños. La única espina clavada en su corazón era la de Dakota, que no había vuelto a hablar con él a pesar de todos sus intentos.

Aquella tarde calurosa de agosto, cuando el sol parecía empeñado en mostrar a los habitantes de la costa Este que podía ser más cruel que el viento del norte, Jeffrey vio que alguien se acercaba por el sendero hasta la piscina. Sin las gafas no veía muy bien, pero cuando la persona se paró frente al agua, se apresuró a tomar sus lentes del borde de la piscina y mirarla detenidamente.

—Hola, papá —dijo una mujer que llevaba a un niño en brazos.

Jeffrey se quedó mudo por primera vez en su vida. Salió del agua y se acercó a la misteriosa pareja.

—Quería que conocieras al pequeño Jeffrey.

El hombre miró el pelo rojizo del niño, sus ojos pequeños y grises se parecían a los de Annette.

—¡Dios mío! —exclamó el hombre nervioso.

La mujer le ofreció al niño y Jeffrey lo tomó entre los brazos. Sintió cómo las lágrimas se mezclaban con el agua salina de la piscina y lo apretó con fuerza, pero sin hacerle daño.

—Lo siento —dijo la mujer, pero él no la dejó continuar. Se fundió en un abrazo con ella y ambos lloraron ante la indiferencia del bebé, que no dejaba de mirar a sus dos primitos que gritaban y corrían por el agua, mientras el sol continuaba iluminando la superficie cristalina y sacando destellos intermitentes que parecía convertir aquel lugar en un sitio especial, en algo parecido a la antesala del cielo desde donde, los que ya no estaban entre ellos, los observaban complacidos. Estaban todos unidos de nuevo y nunca nada

podría volver a separarlos.

## **AMNESIA**

### **¿Estás listo para recordar?**

Descubre la novela de la que todo el mundo hablará este año.

"A veces la memoria nos pone a prueba y no nos atrevemos a recordar quiénes somos".

Internacional Falls, Minnesota, 4 de julio, una mujer es encontrada inconsciente y cubierta de sangre en el Parque Nacional de Voyageur. El resto de su familia ha desaparecido y ella no parece recordar nada. El doctor Sullivan, director del centro psiquiátrico de la ciudad, y Sharon Dirckx, ayudante del Sheriff, intentarán que recuerde todo lo sucedido aunque sin saberlo pondrán en juego sus vidas, su idea de la cordura los llevará hasta dudar de lo que la paciente les está contando. El tiempo corre en su contra y cada minuto cuenta para dar con los tres desaparecidos, antes de que sea demasiado tarde.

Con un estilo ágil e imágenes impactantes, Mario Escobar construye un thriller que explora los límites del ser humano y rompe los esquemas del género de suspense. Amor, odio, venganza, terror, intriga y acción trepidante inundan las páginas de la novela.

Reseñas:

«Mario Escobar ha dedicado toda su vida a investigar los grandes conflictos humanos en dos docenas de libros publicados.»

Newsweek en Español

«Mario Escobar es en la actualidad uno de los escritores españoles auto publicados con más ventas.»

Europa Press

«Mario Escobar ha asumido perfectamente aquellos valores literarios que proponía Borges: “entretener y conmover”.»

Anika entre libros

«En la escritura de Mario Escobar encontramos ingredientes suficientes como para sobrevivir a todo tipo de añadidos en beneficio del marketing. Una narrativa ágil, una destacable ambientación, pequeñas dosis de enigma y misterio y sobre todo un fabuloso trabajo final.»

La Gangsterera

«Escobar ha encontrado una de las claves del mercado editorial electrónico.»

ABC

## **MARIO ESCOBAR**

Mario Escobar nació en Madrid, es licenciado en Historia y diplomado en Estudios Avanzados, en la especialidad de Historia Moderna. Es novelista, ensayista y conferenciante, director de la revista Nueva historia para el debate y colabora habitualmente con las publicaciones Más allá e Historia National Geographic.

Presencia habitual en la lista de los 100 libros más vendidos de Amazon, ha publicado obras de diversos géneros entre las que destacan novelas de suspense como Desaparecida, El círculo (traducida al inglés, francés, alemán e italiano) o En el lugar más oscuro, y las novelas de ficción histórica Canción de cuna de Auschwitz y El país de las lágrimas.

# Table of Contents

## PARTE 1

1. UNA NOCHE ESTRELLADA
2. DUELO
3. FAMILIA
4. SUEÑO
5. DUDA
6. CULPA
7. MIEDO
8. FE
9. ADIOS
10. MUERTE

## PARTE 2

11. SOSPECHA
12. TRAICIÓN
13. TESTIGO
14. DETENCIÓN
15. UNA VIDA EN OBSERVACIÓN
16. ESPAÑA
17. ARMA
18. NO ERES MI PADRE
19. AMOR
20. ESCALERAS

## PARTE 3

21. SOSPECHOSO
22. RECUERDO
23. AMBICIÓN
24. TENTACIÓN
25. OJOS DE ACERO
26. SUEÑO ETERNO
27. HIJOS
28. CONDENA
29. PRESUNTO INOCENTE
30. VIDA
- EPÍLOGO